ESTUDIOS SOBRE LA SOCIEDAD URUGUAYA
Nº 9: VIGENCIA DE CARLOS REAL DE AZUA

A diez años de la muerte de Carlos Real de Azúa, CIESU ofrece al lector un breve compendio de trabajos referidos a la obra de quien fuera miembro fundador del Centro y entusiasta colaborador en la empresa de reconstituir las Ciencias Sociales en los momentos más difíciles de la historia reciente del país. Su obra, de indudable importancia y vigencia actual, es presentada a través de textos del autor, comentarios y observaciones de quienes compartieron su trayectoria intelectual y una exhaustiva bibliografía de sus trabajos. Estos trabajos —con excepción de la "Introducción" y de "Las pequeñas naciones y el estilo de desarrollo «constrictivo»"— fueron publicados originalmente en separata por el Semanario Jaque del 13/7/84.

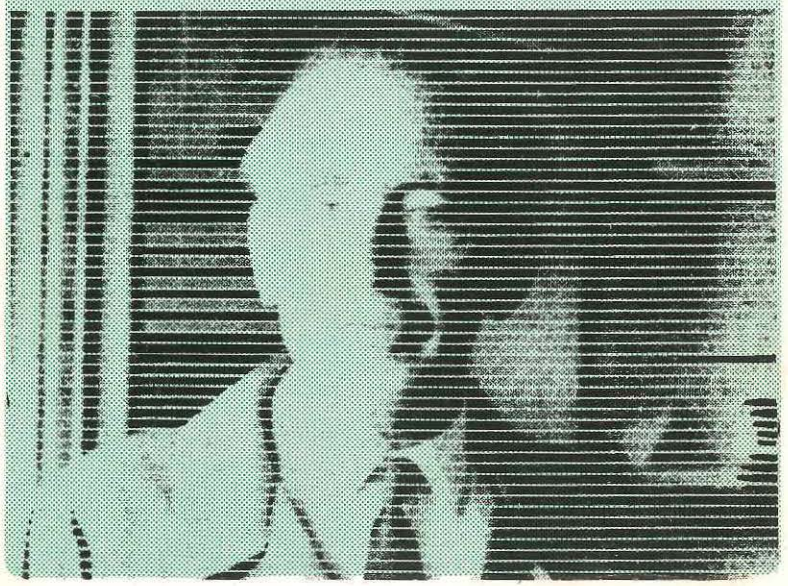
ciesu El Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay es una institución científica de carácter privada e independiente, constituida a partir de 1975. Sus fines comprenden la promoción y el desarrollo de las Ciencias Sociales en el Uruguay, la realización de investigaciones y estudios sobre la realidad del país y de América Latina, y el incentivo a todas las actividades conexas con las Ciencias Sociales. Desde su fundación ha desarrollado múltiples investigaciones, estudios, seminarios científicos, asesoramientos técnicos y publicaciones.

VIGENCIA DE CARLOS REAL DE AZUA

REAL
V .

ciesu

VIGENCIA DE CARLOS REAL DE AZUA



ntro de Informaciones y Estudios del Uruguay
Ediciones de la Banda Oriental

VIGENCIA DE CARLOS REAL DE AZUA

1550
REAL
N

Carlos Real de Azúa
Carlos H. Filgueira/Lisa Block de Behar
Emir Rodríguez Monegal/César Aguiar
Mariano Arana/Tulio Haperin Donghi
Mercedes Ramírez/Carlos Martínez Moreno
Martha Sabelli de Louzao
Ricardo Rodríguez Pereyra/Blanca Paris
Juan A. Oddone/Juan Rial

VIGENCIA DE CARLOS REAL DE AZUA

Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay
Ediciones de la Banda Oriental

Colección
ESTUDIOS SOBRE LA SOCIEDAD URUGUAYA
No. 9

Carátula: Sergio López
©
CIESU
Juan Paullier 1174 - Tel. 40.38.66
Montevideo - Uruguay

Ediciones de la Banda Oriental SRL
Gaboto 1582 - Tel. 43206 - Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - 1987

PRESENTACION

A diez años de la desaparición física de Carlos Real de Azúa, el CIESU ha creído oportuno difundir a través del presente volumen una serie de trabajos referidos a su obra.

Más que una oportunidad, apenas determinada por una fecha, este evento constituye para el CIESU un reconocimiento y un deber para quien fuera miembro fundador del Centro y colaborador entusiasta en la difícil tarea de generar un espacio de pensamiento independiente en uno de los períodos más complejos de la historia del país.

Para aquellos que tuvimos la oportunidad de compartir personal e intelectualmente su trayectoria durante los últimos años de su vida y, seguramente, para toda la generación que al mismo tiempo que Real de Azúa dedicó su mejor esfuerzo a la empresa de pensar, entender y cambiar el país, los textos que comprenden este breve compendio resultarán, a no dudarlo, autoexplicativos.

No así, probablemente, para las nuevas generaciones que comenzaron a despertar sus inquietudes intelectuales en la más absoluta oscuridad de un país virtualmente amordazado. El legado que Real de Azúa nos dejó, comprende un sinnúmero de trabajos, artículos, libros, notas periodísticas, ensayos y monografías publicados en el ámbito nacional e internacional. De los mismos hemos procurado presentar una referencia exhaustiva en la última parte de este compendio. Quedan, sin embargo, "en el tintero" una multiplicidad de esbozos y proyectos nunca finalizados, así como libros que lamentablemente aún no han conocido la luz pública.

La vastedad de esta obra, por otra parte, difícilmente pueda ser clasificada en lo que convencionalmente hoy llamamos "disciplinas". Es cierto que Real de Azúa transitó durante toda su vida por los más diversos intereses que lo llevaron a producir trabajos en historia, literatura, filosofía, política o sociología. Sin embargo, ninguno de ellos perdió nunca el hilo conductor marcado por la impronta personalísima de un observador y analista lúcido profundamente comprometido con el destino de su país.

Al editar este volumen, nada puede estar más alejado de nuestro interés que la apología o el "desempolvar" textos testimoniales de un autor que pasó y que hoy es historia. Ello es así, porque cuanto más leemos y releemos los textos de Real de Azúa, más nos convencemos de su vigencia actual. En lo que nos atañe más de cerca, y en donde más seguros nos sentimos para calibrar su obra, tal vez basta afirmar que Real de Azúa ha sido indiscutiblemente un "pionero" de la Ciencia Política en el país y que sus ideas, hipótesis y propuestas continúan hasta el día de hoy siendo una guía orientadora de la investigación contemporánea.

Por último, debemos agregar que este volumen pretende acercar al lector, y sobre todo al lector joven, a la obra del autor. Para ello, hemos preferido seleccionar un trabajo de Real de Azúa que se destaca por rematar una prolongada reflexión antecedente acerca del Uruguay como nación pequeña, y complementar el volumen con un artículo —inédito en libro— del autor y varios textos de indudable carácter didáctico (comentarios y observaciones acerca de su obra) a la vez que con una bibliografía completa de su trabajo, que fueran publicados originariamente en Separata del semanario Jaque de fecha 13 de julio de 1984, a cuya dirección agradecemos la autorización para incluirlos en el presente volumen.

CIESU
Octubre 1987

INTRODUCCION

El estudio de Carlos Real de Azúa que aquí se publica constituye uno de los últimos trabajos que realizara antes de su muerte el 17 de julio de 1977 (*).

Refleja ciertamente, muchas de las características que marcaron su trayectoria intelectual en el pensamiento uruguayo y latinoamericano; trayectoria que cubriera, desde su primer publicación significativa, España de Cerca y de Lejos (1943), casi cuarenta años de una constante e ininterrumpida producción.

Tulio Halperin Donghi en su Obituario publicado en la Hispanic American Historical Review, señaló inmejorablemente sus rasgos personales y los de su labor, destacando cómo los valores de su trayectoria fueron fruto de una excepcional excelencia intelectual, de la más exigente probidad y de una profunda vocación histórica y crítica. A ello se agregaría, su enorme disposición a emprender nuevas tareas y andar caminos ignorados, y una excepcional capacidad de trabajo, erudita y abrumadoramente documentada. Todo ello, —creo— se expresa nítidamente en este trabajo, y para quienes lo conocimos o tuvimos la oportunidad de estar muy próximos a su tarea intelectual, ninguno de estos rasgos es nuevo.

Sin embargo, en este último trabajo —y ello puede sorprender al lector— no se trata de un texto al que Real de Azúa nos tuviera acostumbrados.

En las últimas etapas de su vida, aunque nunca hubiera perdido el hilo conductor que motivara toda su producción, habían quedado atrás o por lo menos relegados muchos de los intereses multifacéticos que lo caracterizaron y le permitieron pasar de la literatura a la crítica del pensamiento social, o de la historia al análisis político y de la cultura.

(*) Este trabajo fue publicado originalmente como presentación de "El clivaje Mundial Eurocentro-Periferia y las áreas exceptuadas (1500-1900)", CIESU/Acali, Montevideo, 1983.

Dedicado intensamente a las lecturas de Ciencia Política contemporánea, incursionando a través de reiterados viajes a los Estados Unidos en el pensamiento y desarrollo de esa disciplina, y como titular de la Cátedra de Ciencia Política en la Facultad de Ciencias Económicas hasta 1973, Real de Azúa vendría a enriquecer su ya profundo conocimiento histórico y social, con una nueva dimensión que se hace cada vez más notoria en sus escritos finales.

Que fuera capaz de arriesgarse en los intrincados caminos de la "ciencia formal moderna", del lenguaje de las variables y de la metodología cuantitativa de investigación, casi a los 60 años, cuando en realidad su formación básica y su tradición de escritor habían estado marcadas por el humanismo especulativo más amplio y el puro conocimiento intelectual, indica una vez más su enorme capacidad de aceptar los desafíos que su propio compromiso intelectual le exigían.

Pero más importante aún para ubicar la obra y no al autor, es detenerse en las preguntas que se hace y cómo trata de responderlas.

En los últimos años fue transparente una preocupación intelectual que lo llevó a plantearse la cuestión latinoamericana y su destino. El Uruguay —o la cuenca del Plata— motivo de la mayor parte de su producción histórica y crítica, no quedaría atrás, pero sería visto desde una nueva óptica, más comprensiva y más latinoamericana.

Así, la transformación del Uruguay, seguiría siendo el motivo último de su trabajo pero más difícil de reconocer o menos explícito. Superadas —al menos así lo afirmaba— sus inquietudes intelectuales acerca de los procesos de formación histórica del Uruguay, y que dieran lugar al aún insuperable libro El Patriciado Uruguayo, *entraría Real de Azúa a una nueva etapa de su producción signada por la acuciante preocupación del futuro del país como parte del movimiento más general de la región hispanoamericana.*

El tema de este trabajo, por ello, puede parecer remotamente vinculado a su Uruguay. Sin embargo, una atención más detenida mostrará, como él mismo lo afirmara, que en un mundo de transformaciones "dualizantes o polarizadas" en que se dirimen las chances de emergencia, ascenso o caída de las naciones, el trayecto del Uruguay en las últimas décadas, sus pocos "impulsos" y sus

muchos "frenos", estaban hablando a las claras de la naturaleza intrínsecamente latinoamericana de su problemática. Quizás, o sin quizás, fue esta vívida conciencia del deterioro de su propia sociedad, del desbarrancarse de todo un modelo y forma de vida, y de la perplejidad ante la incapacidad de su país de reencontrar su camino, el motivo más obvio de su tarea última.

No parece sorprendente entonces, que la conciencia de la crisis y de un entrever primero vago y difuso y luego evidente de este tendencial proceso de "latinoamericanización" de su país, le hiciera poner en tela de juicio la idea siempre autocomplaciente y a veces esquiva de que el destino del Uruguay era "diferente" al resto de la región.

¿Por qué algunas sociedades en particular tuvieron condiciones de incorporarse al mundo de los "grandes" —tardía pero efectivamente— y son ahora parte del centro y no "áreas exceptuadas"? ¿Por qué Japón, Canadá, Nueva Zelandia, Australia, los Estados Unidos y Sud Africa lo hicieron, en tanto América Latina al igual que la mayor parte de Africa, Asia y Oceanía no superaron su condición de áreas "periféricas" relegadas en el mapa socio-económico mundial? ¿Cuál fue el punto de partida de aquellas pocas sociedades y cuál su trayectoria que les permitió desatarse del destino más general de la periferia? ¿Pueden reiterarse estas condiciones? ¿Existen algunas enseñanzas que puedan ser extraídas de las mismas?

Estas y otras preguntas —no siempre explícitas— que el lector podrá ir descubriendo a lo largo del texto, constituyen sin duda el núcleo de interrogantes que orienta el trabajo. Para abordarlo no le fue suficiente preguntarse por la cuestión del subdesarrollo en los términos convencionales conocidos, sino más bien por las condiciones o una "suerte de condición" previa.

Así le resultó mezquino retrotraerse al siglo pasado o a cualquier instancia inmediata anterior, para descubrir los clivajes en que se asentaba la condición previa de la polaridad centro-periferia. La empresa debía ser mayúscula y comprender como efectivamente lo hizo, el estudio del trayecto de la sociedad mundial desde 1500 al 1900.

Tarea sin duda ambiciosa, llena de obstáculos y dificultades que sólo tal vez una capacidad excepcional de erudición y trabajo como la de Real de Azúa podría sintetizar satisfactoriamente en

un corto texto.

Sorprende por ejemplo, la facilidad con que el análisis que presenta, sin perder el objetivo que lo guía, puede integrar tiempos y realidades de las más diversas. Allí están comprendidos en su discurso desde la restauración Meiji del Japón, hasta los sectores fundacionales de los "boers", pasando por los sistemas de producción "blanca" de la caña de azúcar en Australia, o como lo hace en algunos de los pasajes más disfrutables de las citas —que casi se vuelven artículos— en el análisis de la religión y la política en China.

También es destacable el apoyo documental y el recurso a las referencias bibliográficas y notas que apoyan el texto, donde logran convivir con significación y pertinencia vertientes intelectuales y teóricas "clásicas", como Weber o Toynbee con la más moderna y actualizada bibliografía especializada. Así, el texto incorpora y extrae lúcidamente de los mismos, integrándolos, todo aquello que sirve a la complejidad del pensamiento que se desarrolla.

En términos modestos, el mismo Real de Azúa evalúa su trabajo en la Introducción como un planteo esencialmente ensayístico y exploratorio. Coincido con ello aunque me permito discrepar en su afirmación de que el estudio es tan relevante como deficientes los medios con que trata de alcanzarlos. El estudio, —el tópico y su motivación— son sin duda relevantes, y los medios fueron aquellos razonablemente apropiados a una aproximación introductoria a tan vasto tema. Que su prematura desaparición haya interrumpido una línea de pensamiento y producción intelectual, y que por el camino hayan quedado un sinnúmero de borradores, bocetos e ideas apenas sugeridas que habrían conocido nuevas elaboraciones y reformulaciones, es apenas un hecho fortuito que no invalida la apreciación del trabajo como aporte destacado a la acumulación del pensamiento en las ciencias sociales.

A pesar de la naturaleza necesariamente exploratoria y preliminar, el trabajo deja sin duda para el pensamiento social y para los que como muchos se plantean los mismos problemas, un campo allanado y fértil sobre tópicos fundamentales para la comprensión de los orígenes y trayectorias de las "áreas exceptuadas".

Con respecto al Uruguay, no es difícil, por otra parte, ubicar el aporte del trabajo como crítica implícita a las perspectivas acerca de

la situación del país en el marco latinoamericano y mundial. Polémicas, discutibles, pero siempre valiosas, las ideas presentadas en el texto parecen ser muy bienvenidas como llamado de atención frente a los mitos de un fácil tránsito hacia la modernidad y el desarrollo o hacia los "modelos" de un progreso a imagen y semejanza de los países más desarrollados.

Aún hoy, frente a las tesis reiteradas de una aproximación gradual del país a modelos y tipos de sociedades determinadas, el trabajo contribuye a ir despejando equívocos y falsas expectativas.

La complejidad de los procesos históricos que contribuyeron a la incorporación de ciertos países al "club de los grandes" y la de la periferia de otros, demostrada por Real de Azúa a través de su estudio comparativo, parece sugerir más bien, —como él mismo lo puso en práctica—, la necesidad de una alta dosis de imaginación sociológica para entender similitudes y diferencias, matices y tonalidades. Con ello reitera también otro rasgo siempre presente en su producción: su rechazo a las ideas simplificadoras en el análisis social, a "ismos" de la moda intelectual y a esquemas fáciles y tentadores.

Carlos H. Filgueira

Textos de
Carlos Real de Azúa

LAS PEQUEÑAS NACIONES Y EL ESTILO DE DESARROLLO "CONSTRICTIVO" (*)

INTRODUCCION

1. *El tema de la dimensión nacional*

Una nación, o más precisamente una nación-Estado es el ámbito regular de ejercicio de un estilo de desarrollo y esta especificación tiene graves y sustanciales consecuencias. Como lote de recursos diversos, como área de viabilidad concebible el cuadro estatal-nacional puede ser uno de los determinantes más sensatos de la elección de un estilo; no sería, con todo, descaminada la inferencia de que la elección de los estilos es decidida por otros motivos y que la ponderación de viabilidad, condiciones y recursos es tarea estimativa realizada «a posteriori» con toda la contingencia de reajustes y correcciones que ella puede imponer.

De cualquier manera, naciones-Estado y estilos de desarrollo son dos realidades que se han generado hasta el presente en una forma totalmente diacrónica: primero fueron aquéllas y muy posteriores éstos, aunque la distancia pudiera parecer reducida en el caso de las «nuevas naciones»; aún hoy, sin embargo, luce como válida la reflexión de Cobban de que cuando una nación busca autonomizarse no lo hace a base de un balance de calificaciones positivas y negativas. (1) A una u otra altura histórica, entonces, la entidad nacional aparece como el contorno primario inexorable de todo sistema de acción de crecimiento o desarrollo: el práctico consenso que sobre esto existe nos exime de abundar en ninguna otra reflexión sobre es-

(*) Artículo originariamente publicado en la Revista de la CEPAL, segundo semestre de 1977.

(1) Alfred Cobban, *The Nation-State and National Self-Determinations*, Thomas y Crowell Co., Nueva York, 1970, p. 137.

te punto. (2) Autosuficiente e independiente, o irremisiblemente menesterosa y dependiente, la realidad de la nación-Estado cuenta por mucho y no es indiferente que en la segunda de las alternativas —la de la condición más indigente— aun los más contundentes imperativos externos tengan que pasar por el refrendo de una estructura de adopción de decisiones formalmente «últimas» o «finales», entendidas a implementarse en condición monopólica en un ámbito dado.

En verdad, la nación-Estado, o la nación sin complementos sustantivos, aparece hoy contra todas las premoniciones de su decadencia —también contra todos los énfasis en su impecable fortaleza—, como un cuadro organizativo humano y especial caracterizado por una serie de adjetivos muy contradictorios: numéricamente crecientes (cerca de cincuenta nuevas naciones en las últimas tres décadas), tremendamente durable y persistente contra todos los meteoros susceptibles de atacarlo, inesquivable o imprescindible en toda acción de promoción aunque también, al mismo tiempo, frágil y precario, históricamente condicionado, insuficiente e inadecuado a un buen número de funciones y requerimientos; (3) en una última lontananza, asimismo, superable en formas más amplias o ambiciosas de organización humana y espacial. (4)

Pero irreal o peligroso, sobre todo, sería para el uso práctico descontar el dato de cualquier nación como una realidad de todo-o-nada y no como una de más-o-menos: una nación, como alguien ha observado, puede estar tan firmemente integrada como una corporación privada o puede estarlo tan poco que sea inútil (casi inútil,

(2) Vg. Helio Jaguaribe, "Los modelos políticos y el desarrollo nacional en América Latina", en *Aportes*, No.6, París, octubre de 1967, pp. 8—9; Marshall Wolfe, "Desarrollo: Imágenes, conceptos, criterios, agentes, opciones", en *Boletín económico de América Latina*, vol. XVIII, No. 1—2, 1973, p.5; Marshall Wolfe, *Informe sobre un enfoque unificado para el análisis y la planificación del desarrollo* (Informe preliminar del Secretario General), CEPAL, División de Desarrollo Social, octubre de 1973, p.11; Marshall Wolfe, *Enfoques del desarrollo: De quién y hacia qué*, CEPAL/Borrador/DS/105/Rev.1, p. 17.

(3) Difícil hubiera sido pensar, por ejemplo, en los años en que William T. Fox teorizaba sobre las "superpotencias" y Carl Schmitt sobre "la jerarquización de los sujetos internacionales" (1939, 1944) que un tercio de siglo más tarde una de ellas iba a necesitar tan premiosamente del gas natural de la otra y ésta de la tecnología intermedia de la anterior.

(4) Sobre estas características, especialmente Karl W. Deutsch, *Nationalism and Social Communication*, The M.I.T. Press, 1966, pp.3 y ss.

maticemos) tratarla como tal. (5) De cualquier manera, creemos, vale la pena un planteo que «como tal», en uno de sus trazos —el de la dimensión— la examine en función del desarrollo y de sus estilos, y desglose para otro planteo posible el muy recorrido tema de formas de amalgamación o integración que amorticen o cancelen sus deficiencias.

De todos modos los problemas que la realidad nacional plantea a la programática del desarrollo y de sus estilos aquí nos tocará acometer ese único y sin embargo tan complejo recién referido. Y se se supone que las amplias magnitudes espaciales y demográficas no constituyen obstáculo a las políticas de promoción, uno solo de los extremos de las eventualidades de dimensión —el de la pequeñez— será el examinado.

Tal vez haya sido "el hecho nuevo de tantas pequeñas naciones participando en un orden internacional como jurídicamente iguales" (6) el que haya atraído al problema de la dimensión nacional una atención menos esporádica e impresionista de la que muestra una historia temática que brevemente habremos de recapitular. "El mero tamaño —ha observado Apter— es un obvio factor organizativo a menudo descuidado". (7) Pero «las medidas de la nación» que el factor tamaño comporta, no pueden considerarse ucrónicamente: cada período histórico implica las suyas, y las que importaban en el siglo XIX en relación casi exclusiva con recursos financieros, defensa militar y estructuras políticas importan hoy en términos primordiales de posibilidades de industrialización y de dimensiones de mercado. (8) El tema de la «escala nacional óptima»

(5) Svennilson, "The Concept of Nation and its Relevance to Economics Analysis", en *The Economic Consequences of the Size of Nations*, publicado por The International Economic Association. Proceedings of a Conference held by..., Austin Robinson, Mac Millan-St. Martin Press Suc., Nueva York, 1960, pp. 1—2.

(6) Marshall Wolfe, *Informe sobre un enfoque unificado*, op. cit. p.8. Se pregunta Leslie Lipson: "¿Cuán grande es la unidad de gobierno más deseable y practicable? ¿Puede un Estado ser demasiado chico o demasiado grande para funcionar efectivamente? ¿Cuál es la lealtad que inspira a la gente dentro de los mismos límites políticos un sentimiento de lealtad y comunidad?", en *Los grandes problemas de la política*. Limusa-Wiley, México, 1964, p.343.

(7) "Sheer size is an obvius organizational factor that is often neglected", en D. Apter-H. Eckstein (ed.), *Comparative Politics*, The Free Press of Glencoe, 1964, p.647.

(8) Dankart A. Rustow, *A world of Nations*. The Brookings Institution, Washington D.C., 1971, p.247.

se plantea, de cualquier manera, en función del máximo rendimiento de las posibilidades de un espacio y de la mejor satisfacción de las necesidades de sus habitantes; de esta dualidad de criterios factibles se abre la posibilidad de apreciar los logros de la dimensión en dos diferentes niveles y aun de insumirlos bajo los rubros más amplios y no necesariamente coincidentes de la eficacia y de la legitimidad. (9)

2. *Una mirada a la historia*

Los dos puntos de vista aparecen, en realidad, asistemáticamente adoptados en la historia no muy nutrida del tema de la dimensión de la comunidad. Decimos genéricamente «comunidad», porque dos etapas conviene marcar en esa historia: la prenacional y la nacional, con la peculiaridad de que muchos argumentos y justificativos concebidos en la primera se reiteraron y se aplicaron en la segunda.

Platón, Aristóteles, Rousseau plantearon el problema en términos preferenciales de cohesión, consenso y posibilidades de autogobierno; en el segundo de los nombrados, empero, se articularon sintéticamente casi todos los razonamientos que dominaron durante esa etapa. (10) Junto, así, a la de las facilidades políticas que el estricto recorte de la «polis» (o el del círculo cantonal, en Rousseau) representaban, dióse entonces también la percepción de la cuantía de recursos que el área debería contener si había de alcanzar la tan deseada «autarquía»; una penetrante inducción en el dominio del «orden público» fue asimismo ganada. Las relaciones existentes entre las medidas del territorio y la población y las posibilidades de su más puntual control resultaron desde entonces advertidas. Y si la capacidad de control es una de las señas de toda organización que se halle en forma, hay que agregar que Aristóteles concibió la contingencia del molde nacional como tipo de organización espacial allí

(9) Lipson, *op. cit.* p. 104, observa que la diferenciación de los hombres por necesidades de gobierno y de defensa, y la que nace de vínculos de afinidad y cohesión son dos motivaciones que no coinciden necesariamente.

(10) *La política*, trad. de J. Marías y M. Araújo, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1951, libro VII, cap.IV, fls. 1325 b. y 1326 a. y b.

donde las magnitudes excedieran las idóneas y prudentes que para la tradicional «ciudad antigua» habían sido pensadas. (11)

"Un gran Estado y la ciudad más grande no es la de mayor extensión ni la más populosa", decía Aristóteles, lo que, junto con otros asertos, impone subrayar que el filósofo de Estagira fue capaz de llegar a la noción de magnitud o entidad calificadas como distintas a la del mero «tamaño» físico: eran las cualidades de los moradores en términos de valor, inteligencia y laboriosidad, su nivel de integración o —como él decía, «el mejor cumplimiento de las tareas que incumben»— los criterios diferenciales de una y de otro. (12)

Cuando dos milenios más tarde se replantearon estas determinaciones fue desde el ángulo prioritariamente político de «dimensión» y «régimen» que lo hicieron. Montesquieu asignaba a las pequeñas comunidades la posibilidad republicana en tanto creía en la mayor compatibilidad de las medias con la monarquía y de las muy extensas con el despotismo. Rousseau, con vistas a la cuantía poblacional, sostenía que "el número de jefes disminuye en razón del aumento del pueblo", proposición relacional correctísima siempre que se supongan como fijos (no conocemos análisis del postulado) los grados de centralización o de unitarismo (muy lógicos desde la perspectiva de Rousseau) y un número dado, invariable de gestores de decisiones con diferencia del tamaño del ámbito territorial en que éstas tengan que cumplirse. (13)

El predominio de un iusnaturalismo y un iluminismo acentuadamente universalistas cedió al correr de medio siglo, y el tema de la dimensión nacional y de las conveniencias e inconvenientes de la pequeñez se replanteó en forma coetánea a la ola de reivindicación nacionalista de principio y mitad del ochocientos. Casi siempre se hizo, empero, en la forma de un balance ubicuo y atemporal de ventajas y desventajas, características a las que no escapa un destacable y agudo pasaje de Tocqueville (14) y sólo parcialmente lo

(11) *Ibídem*, fl. 1326 a.

(12) *Ibídem*, 1325 a. También valdría la pena señalar que advirtió la posibilidad de logros compensatorios a las desventajas, en su reflexión de que "la ciudad más grande no es la más feliz". Véanse en otros pasajes consideraciones semejantes.

(13) *L'Esprit des lois*, lib. VIII; *Du contrat social*, lib. cap. II.

(14) Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, trad. de Carlos Cerillo Escobar, Daniel Jorro, Madrid, 1911, t.II, pp. 197—200.

hace la postura más bien ambigua que respecto a las pequeñas naciones asumieron los fundadores del marxismo. (15) En general, cuando estos balances argumentaban a favor de la reducida dimensión nacional, tendían a extrapolar descaradamente a su favor —también se hizo hasta nuestro tiempo (16)— las irrefutables calidades de Atenas, o de Florencia, o de Weimar, es decir, de pequeños centros prenacionales, socioculturalmente aristocráticos; con curso histórico cumplido en la etapa mundial del predesarrollo e inmersos en áreas culturales sustancialmente continuas y afines. Con tal jurisprudencia y un poco de imaginación el alegato es fácil, por lo menos para un criterio no excesivamente riguroso. (17)

Mucho más insidioso que estos alegatos mínima o maximalistas es el firme sistema de supuestos y asociaciones en el que su sugestión y aun su fuerza de convicción descansa. Tal conjunto de presunciones —así al menos lo pensamos— es harto capaz de asediar eficazmente cualquier reflexión sobre la dimensión nacional que se pretenda ajustada, una franquía que además incrementa la condición de escasez, de complejidad, de incomparabilidad y de escasa cuantificabilidad del material empírico accesible a un tipo de pensamiento que pretenda correr por otras vías.

Menor espacio y menor cuantía poblacional, digámoslo más llanamente, se asocian (imaginaria, intuitivamente) a ciertas características y a ciertas calidades, y correlativamente, desde los grandes procesos europeos de unificación nacional en el siglo pasado y su especial resonancia y analogía en algunas naciones de América (los Estados Unidos, la Argentina), también se tuvo la réplica precisa de esas posiciones en una especie de fe casi religiosa en las excelencias de escalas comunitarias máximas: sumar espacios y gentes pareció el método infalible de ir acrecentando, sin márgenes decrecientes posibles, poder y riqueza , libertad, felicidad, cultura. (18)

(15) Muy bien expuesta en Marx-Engels, *Materiales para la historia de América Latina*, Pasado y Presente, Buenos Aires, 1972, introducción de Pedro Scarón, pp. 8—11. También importantes observaciones en Edward Hallet-Carr, *The Bolshevik Revolution: 1917—1923*, Penguin Books, 1966. Dentro de las muchas y en ocasiones contradictorias afirmaciones de Marx y Engels sobre la dimensión nacional domina su estimación por las grandes unidades nacionales dotadas de auténticas posibilidades de desarrollo, tamaño de mercado, consistencia, «gran producción social» etc., y su general desprecio por las pequeñas, por más que sostuvieran calurosamente la causa de algunas de ellas avasalladas por el colonialismo, lo que bien lleva a pensar que lo hacían por «anticolonialismo» y no por otras razones.

(16) Es el caso de "Las pequeñas naciones" (Discurso en la Universidad de Puerto Rico), de Mariano Picón Salas, en *Europa-América*, Cuadernos Americanos, México, 1947, pp. 199—225.

(17) Se ha sostenido, por ejemplo, sobre el caso de Atenas, Florencia, y otros centros italianos, etc., que las pequeñas naciones ofrecen más interés e intensidad de vida, lo que es obvio, si se piensa en ciudades que profesan gran amor a la paz y a los valores universales, lo que no ofrece muchas alternativas si no se es capaz de empresas de poder exterior; que representan más posibilidades de proyección en lo universal y no, como pudiera alegarse, mucho mimetismo y alguna alienación, etc.

Digamos ahora que aunque en ocasiones se asocian y refuercen variable espacio y variable población, descansan esencialmente sobre mayor o menor espacio las asociaciones de mayor o menor cuantía de recursos materiales, de disponibilidades para la inversión, de atractivos para la atención y la participación exterior; diversificación productiva; dificultad para el control social y, en particular, para la prevención de autonomías sociales y locales; existencia de bloqueos en los canales de información; capacidad de defensa y aún invulnerabilidad a la agresión militar, política o económica proveniente del exterior del área; seriedad de tensiones interregionales; capacidad de retención de la población; enclaustración y dificultades de apertura al ámbito universal.

A su vez, sobre el mayor o menor volumen demográfico descansan principalmente las asociaciones de mayor o menor diversificación e integración sociales; al mismo tiempo que disenso, incontrolabilidad y eventualidades de desintegración; aptitud de prorrateo de los costos sociales; seguridad y orgullo colectivos; volumen de demanda para el consumo; rigidez, inflexibilidad y dificultades de adaptación a contingencias inesperadas. (19)

Aunque nada de esto pudiera cumplirse ahora, cada una de estas asociaciones, luego de ser verificada y ejemplarizada en múltiples dictámenes disponibles, valdría la pena de ser analizada a la luz de la evidencia empírica, indagada en sus orígenes socioculturales, tradicionales, filosóficos y, en ocasiones, hasta religiosos.

(18) Es muy perceptible, por ejemplo, esta sugestión derivada en buena parte del prestigio del «*Zollverein*» alemán recién logrado, en las polémicas del Río de la Plata en los años sesenta del siglo pasado en torno a la «patria grande» y la «patria chica», todo ello en especial en los alegatos de Juan Carlos Gómez.

(19) Algunas de estas asociaciones en Tocqueville, pasaje citado.

3. *Los posibles criterios de estimación*

Variadas resultan así las perspectivas teóricas desde las cuales la estimación de la pequeña dimensión nacional puede realizarse. Y sin ánimo de exhaustividad y a cuenta de una categorización más perceptiva, cabe presumir que ellas son:

a) Criterio de la irrelevancia radical; la dimensión no es variable decisiva ni siquiera importante, ni ser pequeña nación es desventaja ni representa beneficio asegurado serlo grande;

b) Criterio de las ventajas y las desventajas absolutas del tamaño, con fallo regularmente invariable a favor de las grandes unidades (''grandes Estados'' del siglo XIX);

c) Criterio de la proporcionalidad de las variables relativas a cada dimensión y análisis de las naciones ''construidas a pequeña escala'' a que más adelante se aludirá;

d) Criterio de las ventajas y desventajas compensatorias o «planteo clásico» habitualmente enfocado en el caso de las pequeñas naciones sobre la dimensión espacial o sobre la antítesis entre lo «cualitativo» :a favor de la pequeñez) y lo «cuantitativo» (a favor de la gran magnitud);

e) Criterio comparativo de ventajas y desventajas nacidas de la dimensión, pero sólo en relación comparativa con unidades de la misma área geográfica y/o de los mismos niveles de desarrollo; (20)

f) Criterio de la entidad comunitaria basada en una agregación de variables ponderadas (territorio, población, estructura y potencial económicos, educación, consumos, etc); (21)

(20) Simón Kuznets, "Economic Growth of Small Nations", en Robinson, *The Economic Consequences of the Size of Nations, op. cit.* en nota 73, p. 16.

(21) Vgr. Helio Jaguaribe, *Desarrollo económico y desarrollo político*, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1962, pp. 55—56. Importante esfuerzo en esta dirección nos parece la idea de «perfiles nacionales» (*national profiles*) de Karl W. Deutsch, aunque no alcance un indicador único (*The American Political Science Review*, 3—1960, vol. LIV No. 1) en Roy C. Macridis y Bernard E. Brown, *Comparative Politics*. The Dorsey Press, Illinois, 1964, pp. 108—112).

g) Criterio de la futilidad de un planteo inmanentista y aislacionista que prescinda de las continuidades y discontinuidades que entornan abrupta o gradualmente el marco nacional, (22) y se desglose de la eventualidad de las políticas de amalgamación e integración regionales, factibles y comunes a nivel mundial; (23)

h) Criterio que suma a cualquiera de los anteriores (desde b a f) la consideración de eventuales variables con valores de tipo fuertemente disyuntivo y capaces de decidir hacia ulterioridades muy diferentes el destino de una pequeña nación.

Siguiendo las reflexiones ya realizadas, este planteo supone que existen varios de estos criterios en condición de preliminar descarte. Tal es el caso, pensamos, de la «irrelevancia radical», por su fácil escepticismo y por su choque con múltiples evidencias; del de las «ventajas y desventajas absolutas»; por —a su vez— fácil dogmatismo e igualmente por su ostensible refutabilidad ante la prueba histórica; del de la «proporcionalidad», por la alegable razón de que hay decisivos elementos en la forma estatal-nacional que no admiten grandes reducciones de escala; del de las «ventajas y desventajas compensatorias» estimadas utópicas y ucrónicamente, por su «angelismo» y su imborrable raíz impresionista; del de la «entidad nacional» basada en una pluralidad de variables ponderadas por su extrema —y tal vez irremontable— complejidad; del de la «futilidad del planteo» que no contempla simultáneamente las posibilidades de integración de cada área nacional por considerar: primero, que esas integraciones no siempre son factibles a corto plazo, y segundo, no siempre son inmediata y ostensiblemente favorables a los componentes que en ellas ingresan. Pero harto mayor significación posee la evidencia de que la calidad y el destino de esas integraciones descansan en sustancial medida en las condiciones y características de unas partes que pueden y aún deben —por lo menos— ser analíticamente planteadas y generalizadas en una instancia previa a todo proceso integrador. (24) (De cualquier manera,

(22) Svennilson, *art. cit.* pp. 9—13.

(23) Véase el distingo de Helio Jaguaribe entre «viabilidad individual» y «viabilidad colectiva» en *Desarrollo económico, op. cit.* pp. 54—56; y *Los modelos, art. cit.* pp. 89—90.

(24) *América Latina: el pensamiento de la CEPAL*, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1970, p.170.

algunas de las continuidades y discontinuidades y, en especial, aquellas que generan las fuerzas que actúan a niveles supra, infra o extraestatal, como es el caso de grandes corporaciones productivas, centrales ideológico-políticas, sociales, religiosas, etc., no pueden ser soslayadas por ningún planteo que aspire a un mínimo de realismo). Unas palabras todavía para el criterio de los «variables de valores muy disyuntivos» y su factible incidencia. Los ejemplos alegados por quien ha subrayado su importancia (25) son de significación bastante desigual. La de «una gran presión de población» (El Salvador suele mencionarse como afectado por ella) no parecería de contundencia incontrastable. La de la existencia de productos de alta demanda y, en especial energéticos tiende —y es lugar común el dictamen— a tenerla, (26) lo que también quiere decir que cualquier planteo de las pequeñas naciones latinoamericanas tendría que moderar en el caso del Ecuador la firmeza de sus conclusiones. La tercera singularidad planteada por Kuznets que importan los procesos económicosociales de Escandinavia, Suiza, Australia y Canadá traslada el problema —pese a la laboriosa argumentación que la apoya— a niveles utópicos. Fue por haber quedado en uno de los lóbulos de esa dualización mundial que entre 1700 y 1900 deslindó zonas de desarrollo y subdesarrollo, de centro y de periferia, de independencia y dependencia que las naciones nombradas pudieron vencer ciertas desventajas de la baja población y en el caso de las dos primeras —¡no por cierto en el de las dos segundas!— de la reducida extensión. (27)

Queda entonces un criterio a seguir, y es el de la recapitulación precedente que implica el examen comparativo de ventajas y desventajas con naciones de la propia área geográfica y/o del mismo nivel económico.

Se ha realizado ya, en verdad, tentativas de circuir la categoría «países subdesarrollados muy pequeños», (28) conceptualizaciones del tipo «pequeña nación latinoamericana inocultablemente subdesarrollada», (29) enfoques más o menos impresionistas de situación para todo el lote de naciones de pequeña o mediana dimensión espacial. (30) También existen esfuerzos más sistemáticos que tuvieron como resultado categorizaciones más abstractas de situaciones basadas en más de dos docenas de indicadores que tienden a identificar una de aquéllas con el conjunto de las pequeñas naciones latinoamericanas. Incluye a la mayoría de ellas aunque algunas tiendan a desfasarse de su media en un número hoy oscilante de señas. (31)

Digamos que sin perjuicio de tomar en cuenta sus advertencias a los efectos que aquí nos importan, optaremos más económicamente por suponer enfocadas las consideraciones que siguen sobre la realidad de pequeñas naciones, espacial y demográficamente definibles por tales (un tope de 410.000 kilómetros cuadrados y de 6.1 millones de habitantes en 1970) (32) situadas en la zona latinoamericana del mundo subdesarrollado y marginal, con rotun-

(25) Simón Kuznets, *op. cit.* pp. 27—31.

(26) Sobre las consecuencias del hallazgo de petróleo véase CEPAL, *El desarrollo latinoamericano y la coyuntura económica internacional* (E/CEPAL/981) Vol. I, p.17.

(27) La razón de tales inclusiones se halla en el tope poblacional de veinte millones fijado por Simón Kuznets para las naciones de tamaño mediano.

(28) Helio Jaguaribe, *Desarrollo económico, op. cit.* pp. 54—56 y *Los modelos políticos op. cit.* pp. 89—90.

(29) Marshall Wolfe, *Enfoques del desarrollo, op. cit.* pp. 40—42, sostiene la posibilidad de circuir en el conjunto de pequeños países latinoamericanos un lote más reducido y caracterizado por la menor urbanización, tasas altas de crecimiento demográfico, menor avance por el camino del desarrollo polarizado, un crecimiento económico variable y, sobre todo, dependiente de la suerte que corran en el mercado mundial uno o dos productos, y menor capacidad, en suma, de cumplir con los requisitos convencionales del desarrollo. CEPAL, *El desarrollo latinoamericano y la coyuntura económica internacional, op. cit.* pp. 14—54.

(30) Helio Jaguaribe distingue entre las pequeñas naciones de Centroamérica y el Caribe por su situación geopolítica y por el mayor grado de dependencia respecto a los Estados Unidos de sus élites dominantes; Ecuador y Bolivia, por su precaria viabilidad; Paraguay, por su régimen y por la severa limitación de sus recursos; Uruguay, que "está acercándose visiblemente al límite de su resistencia como ámbito para mantener el desarrollo nacional". "La dependencia y autonomía en América Latina", trad. de E. González Rojo, p. 52, en H. Jaguaribe y otros *La dependencia político-económica de América Latina*, Siglo XXI, México. 5a. ed., 1973.

(31) CEPAL, *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina*, (Publicación de las Naciones Unidas, No. de venta: S.70.II.G3), p.37 caracteriza una IV Categoría identificable a *grosso modo* con buena parte de las pequeñas naciones latinoamericanas. La IV Categoría se define por la posición «baja» respecto a dieciséis indicadores, la posición «media alta» respecto a dos y la «media» respecto a uno. Los autores sostienen (p.39) que sólo uno o dos países latinoamericanos se inscriben plenamente en ella, pero que hay peligro para otros «de quedar atrapados» en ella, si hay estancamiento y se mantienen economías muy especializadas. Distingue del conjunto las posiciones de Panamá, Costa Rica y Uruguay y sus especiales características.

(32) El primero algo más que la extensión del Paraguay, el segundo algo más que la población del Ecuador en 1970. De esta manera quedan incluidas las seis repúblicas centroamericanas,

das discontinuidades con un medio exterior generalmente hostil, aunque también con posibilidades, ya incipientes, ya en curso, de integración o amalgamación zonal o regional.

4. *Trazos de las «pequeñas naciones»*

Difícil y tal vez teóricamente imposible, es concebir alguna característica de una pequeña nación que se origine totalmente en la condición de su pequeñez, que no se halle relativizada, calificada o amonestada por otra u otras de distinta naturaleza. Como es obvio, sin embargo, la fuerza de incidencia de estas últimas no es cuestión tampoco de todo-o-nada sino de más-o-menos, lo que permite presumir ya —esto es, deductivamente— que exista un lote de variables cuyos valores y conformaciones las hacen favorables o desfavorables a las necesidades de una entidad nacional de dimensión reducida, con una significación que estará, por ello, menos sujeta a niveles, criterios comparativos, factores tradicionales o «situaciones especiales». Menos, es clàro, no significa que no lo esté en absoluto, pero sería factible probar que, en cada uno de los casos, esos determinantes tienen que ser muy sustanciales para alterar considerablemente el signo que de la dimensión proviene.

Ensayemos en una mención yuxtapositiva los que parecen más importantes:

a) Pequeña magnitud o pequeña entidad representan generalmente menos recursos materiales y humanos a disposición de la comunidad, menos diversificación de ellos, mayor concentración de los realmente importante. Si hay —como suele haberlas regularmente— claras ventajas comparativas para producir algunas cosas en situación de limitación grande de recursos, tal producción tenderá a absorber todos los disponibles y dejará más estrecho margen

la República Dominicana, Ecuador, Paraguay y Uruguay. Digno es de destacar que ninguno de los restantes países latinoamericanos queda debajo de los topes por ninguno de los dos criterios. Como se hace habitualmente descartamos las comunidades no hispanoparlantes del norte latinoamericano. También Cuba, por su especial condición. El problema de la dimensión en las primeras ha sido estudiado por William G. Demas, *The Economics of Development in Small Countries with Special Reference to the Caribbean*, Capítulo II. "Underdevelopment and Self-sustained Growth in Small Countries", Mc. Gill University Press, Montreal, 1965.

para cualesquiera otros, (33) todo ello claro está, a un nivel dado de tecnología, lo que hace de ese mismo concepto de «escasez de recursos» concepto histórico, aún más «histórico» que todos los demás empleados en el tratamiento de la cuestión. (34)

b) La escasez de recursos y su concentración y especialización genera a su vez la pequeñez e inelasticidad del mercado económico doméstico, y hace depender demasiado todo crecimiento económico posible del mercado exterior, lo que, como dice Kuznets "no es una base de desarrollo demasiado saludable". (35)

Discutible es «desde dónde» esta estrictez del mercado afecta en forma realmente grave las perspectivas globales de una pequeña nación y desde dónde es más concreta limitación a un factible crecimiento industrial. Los umbrales que han solido fijarse para una «situación de no-afectación» por la magnitud son demasiado altos para cualquiera de las naciones pequeñas del Tercer Mundo, (36) y neutralizando ampliamente la relativa ventaja de su mayor unificación, (37) un mercado pequeño hará también menos apetecible toda inversión exterior concebida para producir para él. (38)

c) Aunque no haya naturalmente una óptima de magnitud para la industrialización, (39) también puede decirse que respecto a cualquier desarrollo industrial la nación pequeña, con su escasez de recursos y su angosto mercado, queda a demasiada distancia de aque-

(33) Simón Kuznets, *op. cit.*, pp. 15—16.

(34) Helio Jaguaribe, *Desarrollo Económico, op. cit.*, pp. 54—56; Helio Jaguaribe, *Los modelos políticos, op. cit.*, pp. 89—90.

(35) Simón Kuznets, *op. cit.*, p.16; W. Demas, *op. cit.*, P.91.

(36) K.W. Deutsch sostiene que "ha sido demostrado que el tamaño del mercado tiene poco o ningún efecto sobre el crecimiento económico", pero eso a partir de veinte millones de habitantes. Sólo a partir de ese umbral el coeficiente de correlación entre el tamaño del mercado y el crecimiento del ingreso sería tan bajo como 0.29 en *El nacionalismo y sus alternativas*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1971, p. 116.

(37) Demas, *op. cit.*, p.91.

(38) Karl W. Deutsch, *op. cit.*, p.52.

(39) Para algunas industrias, sostiene Simón Kuznets, *op. cit.*, p. 14, un mercado de cincuenta millones de habitantes es poco; para otras, uno de cinco millones, suficiente.

lla medida y aún puede ser incapaz en ocasiones de alcanzar la mínima. (40) En uno u otro caso le quedarán vedados los aumentos de productividad eventuales y, en especial, aquéllos que deriven de economías de escala. (41) Y aún la baja viabilidad del desarrollo industrial puede, incluso, superlativizarse a situaciones en las que éste sea casi inconcebible, por lo menos como arbitrio para el desarrollo. (42) Esto abre la vía polémica hacia el tema —que aquí se evitará por obvias razones— de si un sistema industrial es instrumento inexcusable de desarrollo, y si determinados logros y símbolos a veces harto aparatosos de independencia económica —caso de la industria pesada y de la de herramientas y maquinarias—, no son dables de implicar costos que se elevan astronómicamente, incentivaciones a otras ramas productivas que quedan nonatas, verdaderos frenos al proceso de formación de capital, (43) y aún obstáculo a la formación de un mercado fluido de éste, suma necesidad en una nación pequeña y de escasos recursos. (44)

d) Tampoco no ha faltado quien plantee que la misma onerosia que afecta a la industria en escala constreñida afecta a servicios que podría imaginarse servidos por economías dotadas de mayores ventajas comparativas. (45) El argumento, con todo, incide y muy débilmente, sobre el «quantum» de recursos disponibles para usos diferenciados, pues es difícil percibir qué efecto desarrollante pudiera tener el que la educación (nada menos) fuera servida totalmente desde el exterior —aún si no hubiera razones tradicionales y locales para rechazarlo—, o que la construcción edilicia lo fuera (si no resultase universal el fenómeno de su pequeña escala), o aún el servicio doméstico (si los costos del transporte (¿cotidiano?) no fuesen tan altos...).

(40) Se destaca el atraso relativo de las pequeñas naciones latinoamericanas en el proceso de sustitución de importaciones en *América Latina: el pensamiento de la CEPAL, op. cit.* p. 166.

(41) Demas, *op. cit.* p.91.

(42) Marshall Wolfe, *Informe sobre un enfoque, op. cit.*, p.36.

(43) Le Than Khoi, "El desarrollo pobre", en *Opinião*, No. 130, Río de Janeiro, 29 de abril de 1974, p.10. Curiosa resulta la aproximación de algunos argumentos entre economistas radicales del Tercer Mundo y economistas ortodoxos de países centrales.

(44) Helio Jaguaribe, *Desarrollo*, pp. 54 y ss.; Demas, *op. cit.* p. 91.

(45) Simón Kuznets, *op. cit.*, p.24.

e) La pequeñez del mercado interno y la endeblez de la industrialización normalmente alcanzable determinan a su vez la que muy bien puede considerarse desventaja máxima de una dimensión nacional reducida. (46) El mayor grado de dependencia de las corrientes de comercio exterior comporta no sólo la condición estable emergente de ello sino también, lo que es aún peor, la inestabilidad y vulnerabilidad de esa condición a todos los meteoros alcistas (para la importación) y bajistas (para la exportación) a los que está inflexiblemente sometido el comercio internacional. Con una exportación menos diversificada, o más concentrada, se hace claro que las fluctuaciones de los precios y los eventuales deterioros de la «relación de intercambio» han de golpear a la pequeña comunidad mucho más gravemente de lo que lo hacen sobre aquéllas donde exportación e importación juegan un papel sólo marginal y balanceador. (47)

f) Puede y aun debe individualizarse, por más que sea una consecuencia de lo precedente, el pesado impacto que sobre el circuito económico interno el problema de la balanza de pagos es capaz de ejercer. Y ello porque éste ha de tener muy directas e incoercibles consecuencias sobre la disponibilidad interna de capital, sobre el empleo, sobre la estabilidad monetaria exigible a un proceso sano de inversión y sobre otras variables todas muy relevantes a cualquier política económica de desarrollo.

g) Discutible resulta, en cambio, si la magnitud nacional reducida afecta en alguna forma específica el nivel de conocimiento y práctica tecnológicos en que una comunidad pueda encontrarse o si sus desventajas (tan probables) en este dominio derivan meramente de la limitación global de sus recursos. Razonable parece, en nuestra opinión, que no exista un "time-lag" especial en esta materia

(46) Svennilson, *op. cit.*, p.12.

(47) Demas, *op. cit.*, pp. 18—23.ñ; Deutsch, *op. cit.*, p. 117, quien sostiene que en un país de diez millones de habitantes el comercio exterior representa el 35 por ciento del producto bruto nacional, en uno de cien, el 15 por ciento y en uno de quinientos, el 5 por ciento. Claro sería, empero, que la situación se hace exorable cuando la nación dispone de un producto de alta demanda (oro, petróleo) pero ésta es la excepción de la regla.

para las pequeñas naciones y que sea la situación general de atraso la que demore el ingreso de tecnologías idóneas y obligue a exportar la producción "en condiciones materiales deterioradas". (48)

h) Cerrando esta lista de variables directamente económicas parecería, en cambio, más confirmable e importante la posible flexibilidad de maniobra, la destreza de movimientos asequible a una pequeña nación lo que se deriva de su propia condición inconspicua. Que esa condición pueda igualmente tener sus inconvenientes es casi seguro: hay en la nación pequeña —en tanto no esté dotada de un prestigio que en el plano económico no suele cotizarse fácilmente— una menor capacidad de tomar iniciativas en procesos de amalgamación o integración; (49) es muy probable que su voz llegue más débilmente que otras a los oídos o distraídos o muy asediados de los organismos internacionales de cooperación para el desarrollo. (50) Tiene en cambio ventajas y compensaciones el ser irrelevante. Puede resultar más fácil ajustarse a las presiones que sobre un proceso ya iniciado de crecimiento lleguen desde fuera del área y pueden tener más comodidades, más agilidad para infiltrarse entre las mallas o entre los intersticios (depende de la imagen) del comercio mundial, reconquistar en la frecuente borrasca algo de lo perdido y tener para ello aptitudes que nazcan de la habilidad para agilitar la propia estructura comercial doméstica. (51)

i) Parecería posible que estas dotes de flexibilidad y agilidad esencialmente pudieran ser extendidas a una noción más amplia de manejabilidad dotada de dos eventuales vertientes: una, capacidad de movilización que por ahora soslayaremos; y otra, de capacidad de control. Deben suponerse para estimarla —diríase— condiciones

(48) Svennilson, *op. cit.*, p.13.

(49) Puede pensarse que obrando las que aquí se han llamado asociaciones y sugestiones originarias de la dimensión, los otros socios eventuales ¿no sospecharán que es el iniciador el que irá a más sustancial ganancia? Claro está que la experiencia de ALALC y otras similares podrían haber amortizado el supuesto.

(50) Marshall Wolfe, *Informe sobre un enfoque, op. cit.*, p.11.

(51) Simón Kuznets, *op. cit.*, p.3:.

iguales y medias de asertividad y coherencia en el flujo de decisiones y en su cumplimiento, obstáculos físicos y distancias sociales no desmesuradas: en tales condiciones es de presumir que un control más completo del espacio y de la población será logrado a menores costos y en forma más cabal de lo que sería en ámbitos mayores. Ya en la etapa prenacional Aristóteles observaba que en la ciudad demasiado grande se entrometían fácilmente los extranjeros, lo que hacía más deficiente el control alcanzable. (52) Aun sin tan ilustre antecedente es bastante obvio que una misma disponibilidad represiva o de control —según lo muestra con gran fuerza algún ejemplo latinoamericano reciente— alcanza una eficacia comparativamente mayor cuando se ejerce sobre un contingente humano numéricamente reducido y en un espacio sin altas discontinuidades físicas. Como es fácil advertirlo, esta posibilidad, como tantas, es un arma de dos filos y, subrayando el logro, la eficacia no presume en forma alguna en qué sentido este control vaya a ser ejercido. Más en general, debe señalarse y aún enfatizarse que, como apunta Deutsch la «edificación nacional» (*nation-building*), incluyendo en ella la capacidad regulativa, puede deber ser «limitación nacional» (*nation-limiting*), (53) lección de modestia que las naciones europeas más antiguas prueban positivamente, el caso del Imperio Chino lo hace negativamente (54) y el de Roma también, aunque en forma algo más ambigua que los precedentes. (55) Para sintetizar un tema tan importante digamos que lo que se destaca en él es la desigual distribución del alcance y efectividad de los medios de coerción y de persuasión: (56) la dimensión nacional es probablemente la variable

(52) *La Política* lib. VI, cap. IV, fl. 1326 b.

(53) Karl. W. Deutsch y William J. Folz (ed.), *Nation-Building*, Aldine-Atherton Press, Chicago-Nueva York, 1963, pp. IX-X.

(54) Etienne Balazs, en *Civilización china y burocracia*, Sur, Buenos Aires, 1966, pp. 29—57, destaca la condición de un subcontinente indiferenciado y poco apto para la formación de naciones-Estados.

(55) León Homo, *El Imperio Romano*, Espasa-Calpe, Madrid, 1962, p.238, destaca la significación de la "diócesis" entre la "prefectura", demasiado amplia, y la "provincia", demasiado pequeña e intentando representar "ese elemento regional" vivo que siempre faltó al Imperio Romano.

(56) Karl W. Deutsch, *Nationalism and social, op. cit.* p. 177; Karl W. Deutsch, *Social Mobilization and Political Development* en Roy C. Macridis y Bernard E. Brown, *Comparative Politics, op. cit.*, p.648, observando que la movilización social tiende a aumentar el tamaño de los

que más tiene que ver con ella. Y aún cabe agregar que dentro de un espacio muy limitado es más probable (hay casos en contra, como Nicaragua y la rivalidad León-Managua) que las tensiones entre un centro y unos núcleos locales sean comparativamente más débiles de lo que han solido serlo en áreas nacionales más extensas.

j) Tocqueville mentaba "la mirada", —que en las colectividades pequeñas— "penetra en todas partes". (57) Atendido lo anterior se hace evidente que una crecida eficacia del control normativo o represivo se logra, en otros medios, por un «influjo» (inflow) —perdónese el anglicismo— extremadamente desembarazado de informaciones que van desde la sociedad al poder central, y aún un reflujo de ella desde este centro al ámbito societal entero. Esto puede tener gran importancia en las prácticas planificadoras aunque no sea en modo alguno una garantía de su éxito.

k) Este alto nivel de logro en el control interno tiene su reverso —siempre en el caso de sociedades en desarrollo— en esa misma gran vulnerabilidad a la incidencia de la acción externa que ya se apreció desde la perspectiva específica del circuito económico. Hasta dónde esta vulnerabilidad puede alcanzar hasta una instancia formal de dominación sólo puede despejarse desglosando los múltiples planos en los que un ejercicio del dominio está en el caso de concretarse. Afirmado como fácil eventualidad global por ciertas simplificaciones, parece prudente distinguir que en un mundo como el actual la mediatización de la soberanía a través de la agresión y la imposición militares no es mucho mayor para las pequeñas que el que arrostran las medianas y aún las grandes naciones, estando, como lo está, cautelada por ese *statu quo* de respeto a las formas nominalmente soberanas que es una de las condiciones de la paz mundial. (58) Pero hay otras modalidades distintas de dominación

Estados más allá de sus viejas áreas respondiendo a los resultados de la movilización pero también provocando que la movilización sea contrarrestada e inhibida por preocupaciones seccionales a medida que aumenta el tamaño.

(57) Tocqueville, *op. cit.*

(58) Karl. W. Deutsch, *Nationalism and social, op. cit.*, p. 79 sostiene que pese al débil poder de defensa de los Estados más pequeños su ataque por parte de una potencia arrastraría al conflicto con las otras, todo con indeseables e imprevisibles consecuencias.

mucho más difíciles de exorcizar y ante las cuales la nación pequeña resulta más indefensa de lo que estarían entidades nacionales de diferente volumen. Ello es especialmente atañedero a los fenómenos de influencia —y aún de bombardeo— cultural e informativo, (59) y a la misma capacidad de tomar decisiones auténticamente endogeneradas, es decir, de aquéllas en las que la «soberanía» (jurídica), traducida a potestad real, equivalga a algo más que a la necesidad de un refrendo formal (a la exigencia de que «algo tenga que pasar por») de opciones sustancialmente tomadas fuera del espacio nacional.

También existen condiciones que ciudadanos de naciones latinoamericanas pequeñas están en el caso de conocer muy bien y que se dan especialmente cuando esas naciones se hallan inscritas entre otras más grandes, y ello, sobre todo, en estricta continuidad ecológica y sociocultural. En tal tipo de enclave la comunidad pequeña puede ver raído cotidianamente su espacio físico y social por una especie de usura de intromisiones que casi no necesitarán decisiones estatales formales y que incluyen un contrabando prácticamente irreprimible, la infracción de su ámbito aéreo y otras muchas formas similares.

Habría todavía que agregar que esta vulnerabilidad a la incidencia externa no deja eventualmente de afectar la capacidad de control interno pero, por mucho que lo haga, las dos características conjuntadas dibujan una constelación bastante ominosa sobre la efectividad de los estilos de desarrollo que una nación pequeña puede estar en el caso de escoger o de soportar.

l) James Bryce, cientista británico del Estado, pasando hacia 1910 por el Uruguay, hablaba de las "naciones construidas en pequeña escala". (60) Pero lo a menudo infausto de la suerte de éstas es que existen costos inseparables de la existencia misma de un gobierno y de una administración central que no se imponen (piénsese en los gastos del servicio exterior) hasta cierto umbral en escala alguna y que por ello, hay que solventar o no ser Estado-nación.

(59) Marshal Wolfe, *Informe sobre un enfoque, op. cit.*, p. 10.

(60) En *South America: Observations and Impressions*, Mac. Millan, Nueva York, 1917, p. 351.

Una vieja reflexión asevera que las grandes unidades son muy costosas y que las muy pequeñas lo son igualmente, si es que se cotejan esos costos con los mucho menores recursos de los que deben extraerse. Elllo se valida, pese a todos los atenuantes, en los gastos de defensa; (61) con todo es de creer que en las últimas décadas se ha hecho mucho más ostensible en el caso de un utilaje científico y tecnológico cuyo costo mínimo está muy más allá de las posibilidades de un presupuesto nacional reducido y en general muy acuciado.

m) Pero los costos de la pequeña dimensión nacional no son sólo económicos y materiales. Al principio, empero, se hizo referencia a «recursos humanos», aunque no se haya vuelto a ellos. Ahora, si hemos de considerarlos, es posible comenzar postulando que existe una relación difícil de establecer y más de cuantificar entre la magnitud de los recursos totales de una sociedad y la diferenciación de roles que ella determina y a la vez habilita, a la vez que otra, más impregnante, genérica, entre el destino individual y la dimensión de la comunidad. (62) Tocqueville hacía referencia contrastante a "esos grandes centros", "en los que resplandece el espíritu", en los "que el pensamiento recibe mayor impulsión" y "las ideas circulan con mayor libertad" y "hay más inventividad" y "menos rutina" y todo un lote de otros en los cuales, faltando todo eso, hay tan poco "espacio a la ambición". (63) De modo menos inventivo e impresionista puede precisarse que la complexión de muchas de las actividades y vocaciones intelectuales más valiosas dependen en mucho de la participación en una comunidad intelectual de crecientemente exigible anchura, esa "comunidad mundial del conocimiento avanzado" a la que una sociedad de magnitud relativamente considerable, aún no plenamente desarrollada, tiene menos dificultades de alcanzar que otra de limitada entidad. O, por lo menos, de acercarse a ella con menores costos relativos y economías de

(61) Simón Kuznets, *op. cit.*, p.26.

(62) Dice el boliviano René Zavaleta Mercado: "Cada hombre es en cierta medida el tamaño de su país y (...) la nacionalidad es un elemento del yo (...). el yo individual no se realiza sino a través del yo nacional"; en *Bolivia, Estado nacional o pueblo de pastores*, La Paz, 1963, p.30.

(63) Tocqueville, *op. cit.*

escala que a una pequeña le están vedadas. (64)

n) Debe preverse, con todo, que aún con esos elevados costos y con un nivel social adecuado a favor se produzcan capacidades de alta cotización general, factores aquellos que serán reforzados por la existencia de excelencias naturales cuya estimación no dependa de un aprendizaje, o cuyo aprendizaje poco represente respecto a la excelencia del dote nativo. (65) Pueden producirse todavía con harto mayor regularidad gran cantidad de capacidades no eminentes pero si más que medianas y aún sustancialmente altas. Se configura así en cualquiera de estos casos la existencia de "productos de los cuales la sociedad" (una sociedad) "no tiene necesidad (...) o no puede emplear sin costos desproporcionados". (66) Carentes entonces de horizontes o constreñidos en el curso de vocaciones demasiado especiales para la escasa diferenciación de roles que el medio permite se incentivará por ello un fenómeno de emigración masiva de los elementos más inquietos y capaces de la comunidad. Mucho se ha señalado que por este arbitrio los ambientes que los reciben alivian en mucho el costo de formación de sus destrezas y el medio expelente dilapida los suyos. Desde el punto de vista de los modelos y estilos de desarrollo, en cambio, el efecto del fenómeno puede ser calificado de genéricamente ambiguo por cuanto, si esas ausencias hacen más seguro un proyecto autoritario y constrictivo aligerándolo de elementos de segura disidencia, por otra parte la sociedad se priva de un capital de capacidades que es probable que, aun en tal estilo, tenga en algún momento que requerir y buscar, entonces, con costos mucho más elevados.

o) No es, sin embargo, una gran diferencia de roles el único trámite posible para lograr una integración cuyo resultado sea un fuerte sentimiento de identidad: también ésta puede originarse de

(64) Simón Kuznets, *op. cit.*, p. 24.

(65) Es por ejemplo, el caso de las excelencias deportivas, para las cuales existe un mercado internacional en el que a las instituciones de las pequeñas naciones en subdesarrolladas les es imposible rivalizar. (Al fin y al cabo el deporte es un fenómeno económico-social de alta importancia).

(66) Marshall Wolfe, *Informe sobre un enfoque, op. cit.*, p.41.

vínculos que no resulten de la complementaridad. Una cohesión o una homogeneidad mayores que la media pueden ser diagnosticadas como trazos de la naturaleza si no de la esencia de la pequeña dimensión nacional (67). Desde Platón hasta Rousseau —vale la pena recordarlo— tal característica fue elemento clave en la preferencia por el tamaño reducido de las comunidades prenacionales. La meta implícita en toda esa etapa de planteos es la existencia de valores, creencias y sentimientos comunes —aun de esa «intimidad» que aseguraba la «polis» clásica y cuya pérdida, se ha dicho, (68) fue el problema político cimero de una Roma agrandada; aún de esa «*con-cordia*» cuya restallante raíz etimológica ha destacado Bertrand de Jouvenel. De ellos, de cualquier manera, resultaría factible la concreción del ideal de autogobierno y aun las formas simples y contundentes de la «democracia directa». Vuelta, incluso, al revés la excelencia; hecha condición de un sistema político estable, se ha sostenido que si uno de tal clase no admite extensión indefinida ello deriva justamente de su incapacidad de ganar, también indefinidamente sólido, cordial respaldo: ahí se marcaría la diferencia entre el sistema político y el sistema económico, indefinidamente extensible puesto que basado en una productividad que admite teóricamente crecimiento ilimitado (69). Cohesión y consenso se relacionan de este modo con el tópico de las pequeñas unidades locales y nacionales «cunas de libertad», según ya se ha visto de pasada; en términios de la problemática del desarrollo que aquí nos importa parece indudable que en tal clima político y social se hace más factible lograr el asentimiento de anchos sectores de la población para cualquier estilo que necesite contar con éste. Ello, tanto en el plano de los cambios imprescindibles y de las metas compartibles como, en especial, de los forzosos sacrificios que el proyecto haya de requerir y sobre los grupos e intereses que hayan de soportarlos. Todo esto implicaría igualmente una sustancial difusión y descentralización de los mecanismos de decisión planificadora, los cuales, si eventualmente no robustecerían su coherencia podrían compensar esta pérdida en términos de apoyo y de contribuciones en que ésta tendiera a traducirse.

(67) Demas, *op. cit.* p.91.
(68) Sheldon S. Wolin, *Politics and Vision*, Little, Brown & Co., Boston, 1960, p.72.
(69) En Hanna Arendt, *Imperialism*, Harcourt Brace, Nueva York, 1968, p.6.

Todo lo anterior no prejuzga, claro está sobre el contenido de las etapas y de los logros que en la empresa del desarrollo una pequeña nación pudiera lograr, lo que parece muy peligroso de hacer generalizando más allá de un muy preciso contexto. (70) Pero aun con conciencia del riesgo idealizador que tal presunción pueda implicar, es posible suponer que en determinadas temperaturas de cohesión e identificación que abarcan extensos sectores sociales (y naturalmente el bloque político-social hegemónico) en esta «*Gemeinschaft*» modernizada, en este «equipo» coherente que la pequeña nación así vendría a ser, las desventajas connaturales que en la entidad reducida implica podrían ser balanceadas por un sano orgullo compensatorio y sostenido en la propia calidad y excelencia de tal estado. Más aún, podría traducirse en una capacidad de invención, de iniciativa social capaz de ejercerse —como dice Kuznets, a quien seguimos aquí— no sólo en la modificación de las instituciones domésticas sino en las relaciones económicas internacionales (como la propia historia del Mercado Común Europeo lo mostraría) (71). Pues cohesión, concordia, comunidad auténtica no implicarían por sí una introversión que, como se ha observado, puede afectar mas a las grandes comunidades que a las pequeñas. (72)

p) En términos de movilización de la población, entendiendo por tal una activación básicamente espontánea y mínimamente compulsiva, hay que decir que su curso de manifestación en una unidad nacional pequeña puede tener efectos y tropezar con inconvenientes que se originan en una misma condición. O expresado en otros términos parece difícil negar que las grandes movilizaciones populares del tiempo presente se estimulan bajo un poderoso acicate ideológico, por mucho que ese acicate pueda investirse e integrarse con motivaciones emocionalmente nacionales y con tradiciones de lucha por la liberación común. Lo que es seguro afirmar, sí, es que tal tipo de movilizaciones no se realizan en torno a incentivos concreta, especialmente «patrióticos» en la acepción tradicional de este adje-

(70) Véanse observaciones a las ideas de Simón Kuznets sobre los casos de Escandinavia, Suiza, etc.
(71) Simón Kuznets, *op. cit.*, pp. 28—30.
(72) Karl W. Deutsch, *El nacionalismo, op. cit.*, p. 117.

tivo, y que es el estimulante y el coligante ideológico el que las pone en marcha y sella su estilo con la naturaleza formalmente «universal» de las ideologías. Ello determina, entre otras consecuencias, que los agentes representativos de movilización tiendan a desbordar los cuadros nacionales y muy raramente coincidan con ellos. Muy fácil es comprender que en tal situación puedan producirse numerosos cruces y conflictos de lealtades, los cuales, por lo menos desde el punto de vista de la movilización idónea al estilo de desarrollo de un país pequeño, no podrá dejar de tener algunas consecuencias disfuncionales para sus intereses. Esto es aun posible que se haga muy agudo en el caso de un continente como el americano donde los factores de identificación grupal desbordan tan claramente los contornos de los Estados y pasan con tanta facilidad sobre ellos. (73).

Hay más. En un mundo prácticamente unificado a tantos niveles parecería aun que existe determinada relación entre los ámbitos espaciales y toda empresa histórica capaz de dar a los implicados en ella un dinamizador sentido de participación en un proceso universal que no se juega más en el área chica de unas «naciones redentoras». Si las grandes unidades territoriales podían antaño suscitarla, (74) hoy es dudoso que ello ocurra, pero más dudoso aún que de ocurrir sea en las pequeñas naciones donde lo haga.

q) Todo esto plantea problemas muy especiales a la estipulación de la fórmula representativa, expresiva y justificativa con que cualquier estilo ha de flanquearse. Tocqueville (74) sostenía que en las pequeñas naciones la ambición, templada por la debilidad, opta muy espontáneamente por los móviles de bienestar interior contra los de la gloria. (75) Pero esto ocurría en la etapa preideológica y premovilizadora del desarrollo social, y de la aún más especial manipulación de los complejos de inferioridad que en las colectividades desfavorecidas suelen predominar sobre cualquier narcisismo. Si a ello se suma todavía la contingencia de sacrificios importantes

(73) Marshall Wolfe, *Social and political structures, op. cit.*, p. 30.

(74) Tocqueville, op. cit., sostiene que el deseo de poder y el amor a la gloria es mayor en las grandes que en las pequeñas naciones; en las pequeñas habría más limitación de ambiciones y deseos.

(75) *Ibídem, op. cit.*

—más importantes cuanto sobre niveles más pobres se impongan— con el fin de alcanzar metas tangibles de desarrollo, se hace muy presumible (y aún más que presumible) la opción por ideologías misionales y transpersonalistas que tienden a postergar los objetivos humanistas de bien común más bien vacuos de arrogancia y preservación nacional. Los conflictos que pueden suscitarse entre la oficialización de metas e ideologías de tipo «sacro-colectivo» como se las ha designado, (76) y otras más concordes con los comportamientos económicos que se desea promover no puede detenernos ahora.

r) En las pequeñas naciones donde tal tipo de ideologías se hace así a la vez más coherente y más detonante, la mayor o menor presencia del estamento armado en las decisiones fundamentales del sistema político se da como un fenómeno regular. Sólo tiene aquí interés subrayar una constante de casi todos los procesos políticos latinoamericanos por la especial relevancia del modo con que en las pequeñas naciones el subsistema de coerción verá la vigencia de tales ideologías: la índole ligeramente perfunctoria de aquel estamento en un continente de paz tratará de cancelarse por una vía que en las naciones extensas de Latinoamérica (caso de Brasil o Perú) donde las fuerzas armadas han cumplido funciones efectivas de integración nacional pudiera no necesitarse tanto.

5. *Las pequeñas naciones y el desarrollo*

Relevadas las conformaciones de variables que en el caso de la pequeña dimensión nacional pueden afectar el desarrollo y sus posibles estilos, cabrían con ellas diferentes ejercicios.

Uno se puede dejar preliminarmente al margen; es el de la eventual deducción de estilos y modelos de las características de la pequeña nación latinoamericana. Y ello es así porque —a cuenta de una refutación convincente— creemos que imágenes, metas, estructuras de poder, son los elementos realmente decisivos en la configuración de los estilos, lo que quiere decir también que estos se modulan previa o cuando más correlativamente a todo tipo de consideraciones sobre contexto, viabilidad y recursos, aptas, en todo caso, para reajustarlas aunque muy difícilmente para decidirlas.

(76) David Apter, en *The Politics of Modernization, et. passim.*

Es realista, en cambio, un intento de distinción entre qué rasgos de una pequeña nación de nuestra área, entendida en la máxima abstracción factible y prudente, facilitan o dificultan, en condición de contextos y recursos, cualquier tipo de desarrollo. Y dejésenos agregar que si se considera "cualquier tipo de desarrollo", esas variables de repercusión inequívoca en un sentido desfavorable no habrán de ser muchas; es de presumir, de cualquier manera, que por grande que sea la diversidad de estilos, un «*quantum*» muy menguado de recursos disponibles, un mercado nacional extremadamente angosto, una extrema vulnerabilidad al comercio exterior, no sean capaces de afectar a cualquier desarrollo que sea algo más que el rótulo de tal.

Igualmente es realizable, por fin, y ello es tarea que aquí va a realizarse a modo de ensayo con un solo estilo, el examen de las características pequeño-nacionales capaces de afectar cada uno de los estilos que puedan ser identificados.

Breve cabe que sea la primera consideración que nos hemos fijado si, en especial, nos remitimos a las reflexiones antecedentes en cada uno de los dieciocho puntos —de «a» a «r»— distinguidos.

Todas las configuraciones estrictamente económicas de a) a g) (tamaño del mercado, recursos, vulnerabilidad al comercio exterior, importancia de la balanza de pagos, etc.) aparecen como desfavorables. Desfavorable también resulta el bajo nivel de autonomía disponible para la preservación del área de decisiones soberanas y para la aplicación más favorable de los recursos que de ellas resultaren. (k) En el mismo rubro se inscriben los mayores costos relativos emergentes de la existencia del aparato estatal, de una administración, de un sistema de defensa nacional (1). Idéntica entidad tienen las más bajas posibilidades de diversificación social, cultural y vocacional y la gran sangría emigratoria en el lote de lo en tal punto logrado (m, n). Adversas son, por fin y también, las condiciones de movilización en cuanto al orden de los alicientes necesarios y de las contrafidelidades que puedan obstaculizarlas. (p)

Benéficas, en general, serán en cambio la mayor inconspicuidad y esa flexibilidad para los ajustes que se destacó como contrapeso a la deficiencia de recursos (h). También lo será la mejor manejabilidad y control interno de comportamientos y aplicación de recursos que la pequeña dimensión nacional supone (i, j), y las no imaginarias capacidades de cohesión, apoyo, fluidez e inventiva en las decisiones, movilización y otras conductas que la pequeña dimensión supone. (o)

Por último, y como ya lo fundamos, luce como altamente ambigua la función de una seguramente infaltable «ideología nacional» y asimismo la de las fuerzas de coerción (q, r).

6. *Pequeña nación y estilo de desarrollo «constrictivo»*

En condición de prueba de lo que identificamos como segunda tarea factible veamos qué posibilidades y resistencias ofrece un marco nacional reducido para un estilo de desarrollo «constrictivo». (77)

Parece obvio, para comenzar, que un extremo productivista a todo trapo no tendrá muy largo aliento, por lo menos en los términos cuantitativos que habitualmente importan si es que el cuadro es de una forzosa limitación y escasa variedad de recursos. Ello puede hacer irreal la secuencia de modelos similares adoptados en medios más idóneos a ellos, una irrealidad que puede producir efectos de muy variada laya (reajustes, sustituciones, búsqueda de «chivos emisarios» externos o internos y aún persistentes esfuerzos de tipo integracionistas).

También esa parquedad de recursos y mercado puede significar escaso atractivo para la concurrencia masiva de inversión privada extranjera, la cual, sin sustanciales alicientes estaría en el caso de sentirse inhibida ante las posibilidades de futuro si es muy oscura la imagen internacional del estilo y muy alto el nivel de represión ejercido. Todo ello tendería a pesar, salvo muy concretas eventualidades de integración del área en otras previsiblemente más fructuosas. Esto salvo igualmente especiales coyunturas —que no debieran considerarse aquí— de convulsión e inseguridad en las

(77) Los estilos de desarrollo latinoamericanos pueden dividirse en cuatro tipos básicos que he denominado 'constrictivo', 'integrador', 'compatibilizador' y 'reestructurador'. El estilo 'constrictivo' se asemeja al que Graciarena llama 'elitario moderno'. Véase Jorge Graciarena, "Tipos de concentración del ingreso y estilos políticos en América Latina", *Revista de la CEPAL*, No.2. segundo semestre de 1976, pp. 229 y ss.

naciones vecinas, circunstancias que, por lo menos en los malos tiempos, son dables de transformar un espacio pequeño y bien controlado en un santuario del lucro-no-cesante, o por lo menos del daño-no-emergente, para emplear términos del derecho civil. Excepto estas dos muy especiales condiciones es probable que las más generosas leyes sobre inversión de capital extranjero sólo consigan la elevación del *status* jurídico y financiero de las empreass foráneas afincadas que obtendrán de esta manera un lucro de coyuntura bastante inesperado. Puede agregarse todavía que ese esfuerzo productivo se concentra, como es muy probable, sobre la exportación y el mejoramiento de la balanza de pagos, ello hará muy vulnerable el estilo a dos variables tan inseguras en su conformación como lo son el tamaño del mercado interno y el carácter de la industrialización. Puede añadirse igualmente que si se busca un espoleo industrializador inicial del tipo ensayado en otras partes, es casi seguro que en el área no existirá la capacidad ociosa necesaria para una inmediata activación. También el énfasis en la actividad exportadora y en la posición subordinada del consumo puede llegar a significar un proceso de «re-enclavización» capaz de generar abruptas diferencias entre los sectores preferidos y los otros, todo con los efectos sociales correspondientes.

Todas las consideraciones precedentes, salvo la excepción ya admitida para las perspectivas del capital foráneo, suponen a la pequeña nación en el vacío. Es probable, no obstante, que más bien se busque funcionar como «modelo adscripto» a otro mayor, especialmente en la provisión de materias primas y capacidad laboral superflua y aún en la obtención de energía, productos industrializados y tecnología más adecuada y barata que la que de otras partes pudiera adquirirse.

Como en todos los casos, el estilo constrictivo deberá enjugar los mayores costos relativos del aparato público cuando son sufragados por una nación pequeña, pero es probable que en un clima de firme represión de demandas esos gastos —salvo los de seguridad que pudieran tender a crecer siempre, absoluta y proporcionalmente— puedan ser, inflación mediante, sustancialmente comprimidos.

Mejores que las medias, y aún máximas, serán las posibilidades de control e influjo de informaciones comunes a las pequeñas áreas y, en especial, la manejabilidad que un sistema autoritario

pueda lograr en la estrategia exterior de la comunidad pequeña. Esto tanto en términos económicos —en que es factible que se hagan efectivas— como en términos políticos. En éstos, empero, es concebible que por efectos del «horror teológico» sea mucho menor la capacidad de maniobra, por lo menos en una primera etapa y hasta que se esté en el caso de pasar a puntos de vista más pragmáticos y menos «comprometidos». Lo que quiere decir igualmente que durante esa primera etapa la rigidez de manejo político puede dañar mucho la flexibilidad aspirada de manejo económico.

En cuanto a las posibilidades de obtener apoyo calificado y activo de la población y de aprovechar creativamente las latencias de cohesión e inventiva que pueden caracterizar preferentemente las pequeñas unidades es concebible que la índole normalmente impuesta del estilo y su misma dirección ideológico-social no favorezca el respaldo de aquellos sectores de edad y actividad (juventud, «*intelligentsia*», técnicos) más proclives a brindarlo sin tasa a una dirección alternativa más consensual y compatibilizadora. Pero el estilo no requiere mucha movilización sino más bien lo contrario, lo que tiende a amortizar la significación adversa del fenómeno y, en el mismo sentido, se hace posible que el disenso latente representado por las extra y las contralealtades (ideológicas, universales, continentales), pueda ser reprimido a poco costo, por lo menos inmediato.

En ese cuadro de desmovilización y de escasa apelación a posibilidades de innovar, la menor diferenciación de roles que señala a los países pequeños, beneficiará igualmente a un estilo conservador, en especial en tanto y cuanto ese bajo grado de diferenciación se traduzca psicosocialmente en un abanico de aspiraciones más modestas, conformistas y rutinarias. Para todas aquellas que no sean la emigración, será un arbitrio eficaz que sólo puede hacerse disfuncional cuando desangre las reservas y diezme los cuadros de capacidad técnica más imprescindibles. También —y a largo plazo— cuando sumado al desmantelamiento cultural que la represión comporta el nivel intelectual medio de la comunidad haya bajado irremediablemente. Pero la lucidez, la alta información y la autodeterminación puntual de una ciudadanía no están entre las metas del estilo constrictivo, y esos efectos actúan regularmente a ritmo pausado; los canales de comunicación informan de ellos con lenti-

tud y los mensajes más alarmantes llegan a gentes que no están en condiciones de pesar o siquiera de ser oídas, o cuando llegan algugunas que lo están es seguro que serán diversamente descifrados.

También el estilo constrictivo requiere menos capacidad de decisión autónoma que todos los otros alternativos respecto a los meteoros de poder dominantes en el área, lo que quiere decir que los riesgos externos se amortiguan mucho y en todo caso lo que no pertenezca a este rubro, esto es, hostilidad de la opinión pública internacional, peligros latentes en ella, etc., la tentativa habitual será la busca de asociaciones internacionales con otros Estados de similar postura. Estas asociaciones, sobre deteriorar aún más la imagen externa del sistema, pueden ser incurablemente simbólicas y representar muy magras ventajas materiales.

Marquemos aún dos trazos probables. En naciones pequeñas y pacíficas, en las que por ello debe suponerse que las fuerzas de coerción no han librado por muchas generaciones guerras internacionales no realizado —por obvias razones de tamaño—, tareas de integración física y social que otras han cumplido, esas fuerzas tenderán a subrayar de modo muy persistente su valor simbólico de custodios de un orden social bastante rígido, de un «estilo de vida», y de una entidad nacional prácticamente inseparables del primero. Esta pretensión será muy coherente con la característica «sacro-colectiva» que —como decíamos— la inevitable «doctrina nacional» tenderá a impregnarse, y aún se percibirá una sustancial afinidad entre esa doctrina y las tradiciones y valores estamentales que formalizan poderosamente el subsistema de coerción. Sin embargo, tal sesgo ideológico podrá llegar a chocar frontalmente con los valores secular-libertarios que un modelo económico neocapitalista lleva implícitos, lo que hace posible que ambos puedan llegar a dañarse recíprocamente o aún más verosímilmente a contribuir a no ser tomados muy en serio.

CONOCIMIENTO Y GOCE

El fragmento siguiente inicia un manuscrito inédito, sin fecha, redactado presumiblemente en los primeros años de la década del 60 y que aparece bajo el título "Conocimiento y goce" *—tal vez provisorio— como parte de un trabajo mayor del que existen indicios pero que, hasta ahora, solo puede ser conjeturado. Real de Azúa atiende críticamente algunas de las antinomias más transitadas de la teoría literaria: historicismo y estética, conceptualización e inefabilidad, lo auténtico y lo falso, insularidad de la obra y subordinación al género, abordaje externo e inmanentismo, crítica y creación, entre otras. A pesar de todas las elaboraciones que se vienen desarrollando en los últimos años a propósito del denominado "discurso repetido", todavía puede sorprender la profusión de citas que articulan "polifónicamente" un discurso personal donde leer y escribir se funden en una sola instancia. Más modestia que alarde erudito, la transcripción (re)conoce la noción ya formulada, concertando el encuentro literal en una "biblioteca imaginaria" desde la que el pensador americano, latinoamericano, rioplatense, naturaliza por contexto y penetración los documentos de un tema universal.*

1. *Planteo General*

La primera gran antinomia del estudio crítico es —seguramente— aquella que enjuicia su propia existencia. ¿A qué estudiar la obra, a qué calar en sus elementos, tratar de desentrañarlos, recomponerlos, si lo que importa —lo que importa supremamente— es la lectura libre y desprejuiciada, el contacto "ingenuo" con la obra, con la pura fruición que nos provoque? ¿Lo que se nos diga después —si hay un "después"— modificará en algo, variará, enriquecerá esta radical experiencia?

Se enfrentan así por un lado un tipo de experiencia intelectualmente borrosa, hedonística, radicalmente sensorial, gozosamente y confesadamente irracional. Por el otro reclaman sus fueros la lucidez, la inteligencia, la aspiración a un pleno calibrar lo que gustamos.

El conflicto no es nuevo pero creo que sólo en los umbrales de esta centuria se planteó con alguna precisión. Croce recuerda que el debate entre *"voluptuosidad"* y *"conciencia histórica"* —como forma específica de conocimiento— subyacía en el enfrentamiento francés de 1900 entre *Jules Lemaître y Ferdinand Brunetière* (Benedetto Croce: *La poésie. Introduction a la Critique et a l'histoire de la poésie et de la littérature*. P.U.F. París, 1950, Pág. 239). Otros han dado más tarde diferente formulación verbal a la antítesis. *A.C. Bradley* ha desarrollado el dilema entre "erudición y lectura" (*research vs. imaginative vision,* s.e. Hyman: *The armed vision. A study in the methods of modern literary criticism.* Vintage Books. N.Y. 1955 Pág. 191), *William Empson* el de "análisis" y "valoración global" (*Analitical critic and appreciative critic*; Id. 244-245), *John Dewey*, con clara atinencia a este tema, distinguió en la experiencia estética las dos etapas de la *percepción* y la *observación* —o comprobación de reglas (John Dewey: *El arte como experiencia*. Fondo de cultura económica. México, 1949). Oponiendo tipos de lector, se ha distinguido entre *lectores fluídos y lectores filológicos* (Alfonso Lopes Vieira: *Cartas de Sor Mariana.* Lisboa, 1941, Pág. 14). Y contrastando métodos críticos, *Helmut Hatzfeld* resumió la memorable polémica entre Spitzer y Lovejoy bajo la muy emparentada antítesis de *estilística* contra *método histórico* (H. Hatzfeld: *Bibliografía crítica de la nueva estilística. Gredos, Madrid*, 1955, Pág. 27-28).

Calando a todo lo largo y lo ancho del contraste, *T.S. Eliot* (*Las fronteras de la crítica*, Sur, Bs. As., 1944, Págs. 14-15) desarrollaba no hace mucho tiempo: "Comprender un poema es gozar de él por buenas razones. Podríamos decir: obtener todo el goce que sea capaz de darnos, porque gozar de un poema desvirtuando su sentido es gozar de una mera proyección de nuestra mente (...) Y, en verdad hasta el propio significado de goce varía con el objeto que lo inspira. Diferentes poemas, incluso, proporcionan satisfacciones diferentes. Es cierto que no gozamos completamente de un poema a menos que lo entendamos y, por otro lado, es igualmente cierto que no lo entendemos completamente si no gozamos de él." (*)

La distinción, la imbricación, la última inescindibilidad de fruición y conocimiento quedan bien marcados en este pasaje.

2. El conocimiento enemigo

Que existe la posibilidad de un conocimiento de las obras literarias capaz de agostar simultánea o posteriormente toda libre fruición de la obra es una posibilidad que tiene lejano abolengo.

Giuseppe Toffanin recordaba, a propósito de la crítica del Post-Renacimiento:

"En el modo de leer posthumanista, entender significa descubrir al autor, no en su sustancia inmutable y eterna (en la cual se cree en cuanto es posible creer en un tiempo que no cree en cosas inmutables y eternas), sino en sus relaciones terrenas (a algunas de las cuales puede convenir también el nombre de influjos y plagios) con otros autores o ambientes; significa acariciar serenamente las barbas de los númenes desvelados, en probar con los nudillos si la madera de uno da el mismo sonido que la madera de otro, en apagar alguna vela sobre cada altar, y en alguno apagarlas todas". (*Historia del Humanismo*, Bs.As. 1953, Pág. 389).

Dámaso Alonso ha hablado de un estudio filológico agostante del "spiritus occidit" (*Poesía española*. Gredos, Madrid, 1950, Págs. 33-34) y tiene innumerables versiones esta creencia de que toda obra de arte, toda obra literaria es como una flor que se cierra —y muere— ante la mirada demasiado inquisidora. *Gaëtan Picon:* (*L'écrivain et son ombre*. Gallimard, París, 1953, Págs. 11-14) examinando esta resistencia de la creación al examen crítico y mondando el problema del inevitable orgullo del creador ante el analista, sostiene que todo yace en cierta inconsciente resistencia al conocimiento y su "violación". *A.E. Housman* ha afirmado también que, a veces, "la perfecta comprensión llega casi a apagar el placer" (En *Name and nature of poetry* citado por Krisen en "Psicoanálisis y arte" Bs. As. 1955, Pág. 277). Un experto hombre de teatro, el chileno Pedro Orthous, examinando *El Burgués Gentil-*

(*) No se transcribe la cita completa.

hombre de Molière, cree también que la obra de arte es "un juguete que se puede destrozar irremediablemente si hurgamos mucho dentro de él" (*El País. Montevideo, 11/8/1960*). Y desarrollando el tema de los peligros de la crítica, de la actitud científica, en su extraña y sugestiva *Introduction à une science de la literature* (Estambul, 1950, Pág. 85), *Guy Michaud* comienza por preguntarse: "peut-on valablement critiquer, c'ést-à-dire juger, sans comprendre, sans connaitre? Il faut donc tout d'abord envisager l'oeuvre et la littérature en général sur le mode cognitif, c'est-à-dire, en un mot, envisager envers elle una attitude scientifique? (...) Aussitôt les objections s'élévent. Peut-on parler de science dans un domain qui passe pour extra, sinon antiscientifique: l'art, et en particulier la littérature? N'est-ce pas méconnaître l'essence même de l' oeuvre, qui est d' être un fait particulier? N' est pas vouloir confondre la qualité et la quantité, mesurer ce qui n' est pas mesurable, saisir l'insaisissable? N'est-ce pas du même coup risquer d'en étouffer la vie, d'en suprimer l'âme?"

Inciando su reflexión con el problema de la ciencia literaria Michaud concluye así, tras retrazar la raíz de la interrogación, en plantear la misma posibilidad que los anteriores, más dogmáticamente han afirmado.

3. Consecuencias y móviles

El resultado extremo de esta actitud no es difícil de otear. El conocimiento es una calamidad, la crítica una insolencia, el crítico un parásito. Y si se acepta, como tan frecuentemente ocurre, que la recreación, la experiencia estética del lector se pariguala a la creación —y es la tesis de Croce— crítica y críticos no solo viven dolosamente de lo que el autor realiza sino también de lo que el receptor recrea. (Ver APENDICE A: La crítica parásita de la creación).

Bajo esta posición subyace, sostiene *I.A. Richards*, la idea fundamental de que "explanation is derogatory", la tendencia a "to say that a mental activity is unique, or "sui generis", in some way gives a more exalted standing thath if it were recognised as merely too complicated or too inaccesible to experiment to be at present explained" (I.A. Richard: *Principles of literary criticism*. Routledge

and Kegan, Paul. Londres, 1958. Pág. 170). Todo su método crítico está enderezado contra esta postura y aún podría decirse que toda crítica, toda tentativa de conocimiento literario por informal que ella sea tiende tácitamente a negarla. En el capítulo dedicado a la crítica biográfica se verá —se tratará de ver— algunos de los motivos más erizados de la posición negativa, "inefabilista". Pero ya aquí puede colacionarse la posición de algún muy fino psicoanalista, quien sostiene que es "la culpa", en el sentido psicótico la que mueve a ver en el conocimiento un peligro insalvable para la creación, para la productividad artística, ejemplificándolo también y abonándolo con adecuadas razones. (*Edmund Bergler: Psicoanálisis del escritor* Bs. As., 1954. Pág. 276).

4. Los bienes del conocimiento

Anima se esconde ante la mirada de Animo, según la famosa parábola de *Paul Claudel* (*Positions et Propositions I*). Pero, ¿no habrá una manera de que Animo no se prive de su amada? y, sobre todo, ¿será totalmente evitable de que "esto, alguna vez", no ocurra?

La poesía habla por sí —dice Croce en una página espléndida (Op. Cit. Pág. 66), pero para poder escuchar lo que ella dice— es necesario acercarse mucho a su voz: es la "filología" (el conocimiento literario en suma) la que nos proporciona los medios, la que nos pone en la puerta de la poesía, la que nos hace factible, y hasta cómoda, la comunicación. *Primera proposición* entonces: *el conocimiento es la condición, el supuesto previo de todo goce.* Pero la fruición puede ser engañosa y la obra hurtarnos su ser auténtico. Podemos equivocarnos, en suma, sobre nuestra experiencia y sobre la obra en que la realizamos.

Amado Alonso (en *Materia y forma en poesía,* Ed. Gredos, Madrid, 1955. Pág. 118) afirma que "analizar el goce estético —ese goce estético que entra constitutivamente en la misma obra de arte— es el único medio de no darlo erróneamente por supuesto (*)

(*) La afirmación de Alonso apunta, como es comprensible, a otra cuestión que después se examinará; la de si el goce estético es "inefable" (en todo su cumplimiento o en su reducto último) o es "analizable" (en parte de su cumplimiento o "hasta" su última instancia; hasta su culminación).

Pero engañarnos sobre el propio goce es un error inscrito en un error más vasto: engañarnos sobre la propia obra que experimentamos. Con lo que, en puridad, estamos en una *segunda proposición: el conocimiento es la condición del goce de una obra auténtica*. La obra de arte debe gozarse con naturalidad, pero para no amar un fantasma, el investigador y el erudito deben ser convocados. "Sans doute —cita Henri Marrou a Berenson (*De la connaissance historique*. París, Seuil, 1954. Pág. 255) le véritable amateur, l' artiste, est celui qui anime un tableau pour lui-même, comme on aime un amie, son enfant, une personne". Pero agrega Marrou por su cuenta: "Mais dés qu'il veut approfondir cet amour, il lui faut bien chercher à connaître son objet en lui même, tel qu' il est en realité, pour ne pas risquer d' aimer sous son nom un vrai fantôme".

Pero el conocimiento no solo evita (estas) gruesas confusiones. Nos hace más seguros de nuestros entusiasmos, de nuestros gustos, de nuestras devociones. En su *Historia de Sarmiento* (Bs. As., 1945, Pág. 10) decía *Lugones* a propósito de su designio de glorificar al sanjuanino: "Y ello no excluye el estudio, naturalmente. Conviene al metal noble la trituración y el metal de su ganga".

"Truth, dice Richards (Op. Cit. Pág. 264), "has claimed prior to all other considerations. Love not grounded upon knowledge would be described as worthless". Con lo que también, en este orden de meras proposiciones podríamos llegar a *la tercera: El conocimiento es la condición de un goce seguro, de un goce valioso.* En una nota reveladora, *Spitzer* (*Lingüística e historia literaria*. Gredos, Madrid, 1960. Pg.8) habla de "bellezas ocultas que no se dejan descubrir a los primeros intentos de exploración" y sostiene que "aquellos que se oponen al análisis estético de las obras poéticas parecen afectar a veces la sensibilidad de una mimosa. Yo por mi parte —agrega— me atrevo a sostener que la formulación de observaciones por medio de la palabra, no es parte para que la belleza artística se evapore en vanas sutilezas intelectuales:antes al contrario, contribuye a la formación de un gusto estético más amplio y más profundo. El amor, ya sea a Dios, a los hombres o al arte, no puede sino salir ganando con el esfuerzo del entendimiento humano por descubrir la causa de las emociones más sublimes y reducirlas a fórmulas. Un amor frívolo: ese es el que no puede sobrevivir a la

definición intelectual: que el amor grande se engrandece más al ser comprendido".

Kayser (W. Kayser: Interpretación y análisis de la obra literaria. Gredos. Madrid, 1961. Pág. 15—17) afirma en la misma línea que el estudio técnico *parece* que mata el placer; sólo después se ve que va haciendo más profunda la receptividad y la comprensión. Una explicación que ahonda el goce, que nos acerca a la intimidad de la obra postula, también repetidamente *Hatzfeld* (H. Hatzfeld: *Bibliografía crítica de la nueva estilística*. Gredos. Madrid, 1955. Pág. 46) y este es en puridad el lema de todas las tentativas europeas, continentales, de la estilística. (*) Un análisis que "greatly heigthen and inform enjoyment" es también el señuelo de la "New Critic" (S.E. Hyman Op. Cit. Pág. 137). y uno de sus precursores, Ivor A. Richards sostiene que "an outline or scheme of the mental events wich make up the experience of "looking at" a picture or reading a poem can be of a great assistance" (Op. Cit. Pág. 114).

Richards apunta aquí a un hecho que puede dar pie a *una cuarta proposición* posible de enunciar. *El conocimiento literario en todo lo que implica de abstracción de lo individual, generalización de experiencias singulares es la única vía de enseñanza*, el único medio con que es posible poner al sujeto no entrenado en el camino de realizar por sí mismo una serie ilimitada de "informadas" experiencias literarias. En suma: que el enseñar es en cierto modo poner al enseñado en unos *andadores* que son la formación de criterios de dilucidación y valoración, la posesión de unos esquemas de esos *mental events* de que habla Richards que se harán después connaturales a sus futuras experiencias. Que esos andadores deban después abandonarse es tan cierto como que, prologalmente, son imprescindibles.

La intuición valorativa, la fruición lectora o contempladora es, en cierto modo, "compartible"; puede, hasta un cierto grado, ser realizada en grupo por un guía y unos guiados. Pero lo único estrictamente comunicable, totalmente explicable, es el conocimiento de base racional, de forma conceptual. ¿Qué otros medios están a nuestro alcance, por ejemplo, para una ilustración del proceso crea-

(*) Con esta expresión pretendo excluir la actividad de la crítica inglesa y norteamericana, que sigue otras líneas.

dor, para una teoría del valor y la función del arte, para una técnica de la comprensión, para una normativa de la práctica lectora, para un despliegue razonado de los valores que puede portar la obra literaria que puedan ser válidas para el que estudia más allá de la obra concreta que se examina, que pueda ser *extensible* a experiencias futuras literarias a realizar?

Pero esto no solo rige para lo que puede llamarse "enseñanza" sino también para lo que cabe denominar "crítica militante". *Carloni y Filloux* (*La critique littéraire*. París, 1955. Págs. 104—105) señalan a propósito de *Las Sandalias de Empédocles*, de Claude-Edmond Magny estas virtudes que implica un *clarificar* cognoscitivo que también es un *enriquecer* y que es el que consigue darle a las obras: a) su mejor fuerza persuasiva. b) su filosofía implícita que no es "en general ni clara ni coherente" y c) su mejor público posible ("le meilleur public que son oeuvre postule".) Racionalizar, explicar, conocer, en suma, es lo que debe hacer la crítica en cuanto se dirige a iluminar a un público lector, a señalar "existencias". Al manejar valores y patrones de juicio que importan una concepción de la literatura, un sistema general de preferencias, al trabajar con un método que, con cierto margen de particularización, es válido para otras obras y que intenta, por lo general tácitamente, prestigiarse ante el lector, la crítica militante trabaja con "generalia", es decir, entidades conceptualizadas.

ALGUNAS PAGINAS DE HISTORIA

En otra parte de este volumen, Tulio Halperín ha trazado con admirable precisión el perfil humano e intelectual de Carlos Real de Azúa valorando también su aporte historiográfico. Sólo quisiéramos subrayar ahora la calidad excepcional de su trabajo, por el que perdurará como uno de los más representativos historiadores del Uruguay de la crisis.

Dotado de una formación sin duda excepcional para el medio, enriquecida por la perspectiva de otras ciencias sociales, en casi toda su obra alienta una reflexión sobre la problemática del pasado. Crítico penetrante de la realidad uruguaya y de su entorno, y a la vez testigo de los años revueltos en que se desenvuelven los últimos de su existencia, su labor intelectual fue un incesante navegar en aguas profundas. Ensayos, estudios, artículos breves o trabajos de investigación, nutridos por una erudición torrencial, incorporan asimismo el enfoque esclarecedor de la economía, la antropología, la sociología o la ciencia política. La dominante preocupación por la temática de los grupos y las relaciones sociales, confiere a la obra de Real de Azúa la dimensión de una historia global.

Resulta muy difícil seleccionar tan sólo algunos párrafos de esa producción histórica, plena de hipótesis, polémica siempre, incitando a la respuesta, a la discusión, a la reflexión, abriendo caminos a nuevas interpretaciones.

Los textos aquí reunidos pretenden aproximar una imagen representativa de su labor, reflejando tres puntos de vista diferenciados.

De "El patriciado uruguayo" *se ofrece parte sustancial del capítulo que hace referencia al ocaso del grupo patricio que, tras cambiantes vicisitudes, se extingue con la consolidación del Uruguay moderno. En estas páginas Real de Azúa resume las aristas más descollantes de los cambios operados en el país desde fines del siglo XIX.*

En la significación independentista del federalismo de Artigas, *se reproduce uno de los capítulos del trabajo inédito sobre los orígenes nacionales del Uruguay* (El Uruguay como "cuestión nacional") *donde analiza las principales tesis historiográficas en torno a la secesión de la Banda Oriental, tema que Real de Azúa reinterpreta en un vasto y documentado estudio de casi cuatrocientas páginas.*

Por último se transcribe la ejemplar introducción al fascículo inicial de la Enciclopedia Uruguaya *donde caracteriza en apretado trazo las principales líneas de fuerza que moldean la evolución política del país desde el poblamiento inicial hasta los umbrales mismos del Uruguay actual.*

Blanca Paris/Juan Oddone

PENUMBRA Y EPILOGO DEL PATRICIADO

En buena parte de lo que va del siglo XX, los viejos sectores de la sociedad siguieron marcando, con todo, su peso en las costumbres y en la cultura.

Los hombres de la llamada "generación del Ateneo" (1880-1885) habían sido, por lo menos en su gran mayoría de origen patricio. Los de la "generación del 900" (con excepciones de Viana y de Herrera y Reissig) pertenecen a la nueva burguesía inmigratoria, a la clase acomodada formada después de 1851 o a la clase estanciera (Carlos Reyles) nueva también.

Se ha dicho que para la formación de una clase alta con prestigio se requiere "dinero, más inclinación, más tiempo". La fórmula parece exacta y, lejos de ser peyorativa es estrictamente neutral: el segundo de los términos "inclinación" carga cualitativamente una serie de imponderables nada fáciles de explicar. Los tres ingredientes existen con relativa abundancia en la sociedad uruguaya de nuestro siglo y si en algunos casos el tiempo era corto la cuantía económica compensaba la brevedad del tercer término. Como sostiene Wright Mills: siempre hay una clase alta y siempre hay adiciones.

En el Montevideo de los diez, de los veinte, de los treinta, en sus casas de la Ciudad Vieja cada vez más amenazadas por la piqueta o la oficina pública, en sus quintas del Prado, en sus decrecientes estancias, todavía la vieja clase siguió marcando un melancólico magisterio de modales, un invisible cánon del gusto. El estilo del Patriciado remanente se fue refugiando en esporádicos bailes privados, en algunos centros, en algunas salas polvorientas que se abrían raramente, en una nostalgia de "matronas" expedida por cronistas de sociedad, en una literatura biográfica y genealógica aderezada por descendientes. Se derrumbaron, entre tanto, algu-

nos pequeños y orgullosos patriciados departamentales, que hasta no hace mucho todavía eran visibles en San José y en Salto, y todos sus aportes se nivelaron en la competencia montevideana.

Como una aristocracia o un Patriciado implican, para su plena vigencia, una aspirabilidad hacia ellos de los otros sectores sociales, un deseo de imitarlos y de entrar en contacto, todo ese mecanismo exige un rol canónico de importantes. No existió nunca entre nosotros una lista similar a la de "los cuatrocientos" de los Estados Unidos, puesto que nada similar podía haber representando la tarifada "guía social" de algún anuario.

Después de 1940 y de la Guerra Mundial No. II aún estas débiles presencias parecieron disiparse y el flaco hijo patricio arribó a un estuario donde se confundió con pantanosas formas altoburguesas y tendencias plutocráticas crecientemente desembozadas. Pues es ley general que en una sociedad dinámica (y constituímos una, aunque no se crea) la tendencia a fundar una selección en el nacimiento siempre fracasa. Mucho más discutible es que fracasen las que la fundan en otros títulos.

Políticamente, y con esto termina la historia, el Patriciado tuvo todavía arrestos para darle sus jefes a las dos variantes que adoptaron en nuestro siglo los dos partidos tradicionales. Condición de todos los patriciados es producir sus disidentes y tanto José Batlle y Ordóñez (1856-1929) como Luis Alberto de Herrera (1873-1959) tuvieron algo de ello. El primero llevó al poder a las clases medias y abrió vías de desarrollo a la clase obrera de la ciudad. Herrera, mucho más apegado que Batlle a su núcleo originario, le dio al nacionalismo la base popular que había perdido o dejado desorganizar desde el fin de las guerras civiles. A cierta altura de sus vidas los dos tuvieron que enfrentar, a su vez, la disidencia de aquellos grupos que en sus partidos resistían esta presencia de lo popular: Batlle después de 1910 y Herrera después de 1931. Pero toda esta nueva cuestión es medularmente ajena a la plenitud patricia y su destino no tiene dilucidación aquí.

El Patriciado uruguayo, Montevideo, Asir, 1961.
2a. edición: Montevideo, Banda Oriental, 1981.

LA SIGNIFICACION INDEPENDENTISTA DEL FEDERALISMO DE ARTIGAS.

Las numerosas y explícitas manifestaciones con que Artigas expidió su pertinaz voluntad de no romper los vínculos que ligaban la Banda Oriental con las restantes regiones de la zona platense han presentado siempre un denso punto de perplejidad para la apologética independentista usual. A veces se las ha pasado por alto, aunque ello tal vez no sea la norma general. Otras, y es sin duda postura más inteligente, se ha tendido a interpretarlas como la expresión, verbalmente inadecuada de otro querer diverso y aún literalmente antagónico. Fuera cual fuese ese querer, de cualquier manera la ambigüedad básica del federalismo permite insinuar que bajo la cobertura vistosa de las fórmulas federales y confederales pudiera esconderse un movimiento centrífugo, una fuerza insolidaria, que, aún presumida, no puede —aunque cueste creerlo— hurtarse a colaborar. ¿Por qué? Es claro que reafirma la tesis donde más falible y ostensiblemente luce.

No es inútil apuntar que una novedosa percepción de la ambigüedad de las ideologías y de la naturaleza dialéctica del desarrollo histórico late en las aseveraciones de un lote de historiógrafos y polemistas que tan privados han aparecido regularmente de ellas. Carlos María Ramírez incidiendo sobre el punto tal vez por primera vez dijo que "los orientales recibieron con inmenso júbilo el advenimiento de su independencia absoluta. ¿Por qué? Nadie podrá explicárselo sino comprendiendo que la soberanía federal proclamada y defendida por Artigas con exageración intransigente, encerraba el gérmen de la independencia absoluta cuando fuese necesario optar entre ella y el yugo exótico del Imperio o la supremacía unitaria de Buenos Aires".

Un tercio de siglo más tarde también Blanco Acevedo, formalizando mejor un argumento después muy repetido, vio, sin arredrarse al parecer por la contradicción, al artiguismo confederal, como primer paso hacia la independencia absoluta. En puridad, habría sido la íntima dialéctica de los hechos mismos la encargada de asegurar el tránsito. Importa entonces poco para ella que vínculos de federación o confederación sean de cualquier manera más contractuales, menos firmes, menos sobrentendidos que los que traban las

viejas unidades. Importan en el caso oriental, en cambio, que en una identidad inicial hubiera surgido primero la disidencia y después la ruptura política y militar entre Artigas y Buenos Aires decidiendo que desde este lado del río la revolución procediera autonómicamente. Variantes hay en la fecha de esta novedad, que es para algunos la del rompimiento entre Artigas y Sarratea a mediados de 1812, y para otros, por su índole más drástica y su amplitud el rechazo artiguista del acuerdo concluido por Durán y Giró con el Gobierno de Buenos Aires el 8 de diciembre de 1816. Sería en especial desde esa altura que la querencia independentista, aún enredada en los andadores de la fórmula federal se expidió abundosamente en decisiones de alto valor expresivo, desde nombres de barcos a fórmulas juratorias que poco tendrían que ver con alguna conciencia de una instancia política superior. Con visión más sociológica que mero registro de acontecimientos Beraza retrotrae la invención nacional y sostiene que el pueblo oriental se hizo "una nación" a raíz de los hechos posteriores al armisticio del 20 de octubre de 1811 y, en especial, en la gran experiencia de "la Redota" o el "Exodo". La emigración masiva habría comportado el "embrión de un Estado" y se habría fundado en los ejes doctrinarios de "la Revolución" —como retroversión de la soberanía al pueblo— y "la nacionalidad", fundada en la "soberanía particular" de cada pueblo del Virreinato. El ideal de confederación que plasma en 1812 en las notas a las juntas de Buenos Aires y del Paraguay completa —y no deforma— una nacionalidad ya perfilada, puesto que no se deseaba la unión en otra forma. Esa concepción combinaba y adecuaba "la vocación autonomista de los pueblos y la unidad política rioplatense".

Todas las franquicias verbales habrían sido factibles a través de la equivocidad radical del federalismo, especie de gran manto que encubría tanto a los partidarios de la cooperación y el entrelazamiento interprovincial como a los fanáticos de la autonomía local, además de cohonestar a los adherentes a las dos políticas permitiéndoles poner variados énfasis en los diversos elementos de su esquema doctrinal. Hacia donde se desplazaba el acento dominante —por lo menos hasta 1835— esto es, hacia el insularismo y la anarquía los hechos se encargarían muy pronto de develarlo y esto ha permitido trazar los cursos diversos del federalismo norteamericano y del federalismo rioplatense como una aceleración de fuerzas

centrípetas, en el primero, y centrífugas en el segundo. Del aislamiento a la coordinación en el primer caso y de la unidad a la diversificación recelosa en el segundo. Dentro de este proceso la modalidad artiguista es vista entonces como un mero momento de él y aún se señalará qué breve y qué inconsistente fue a la postre la Federación aupada por el Protector. Pivel ha precisado que la integración federativa cabal, con excepción de la indiada de Corrientes, tan pertinaz y fiel, sólo duró un año, extendiéndose sólo de 1815 a 1816. Ya antes que él, Falcao Espalter, en su desordenado alegato, había llamado la atención sobre el hecho de que cada provincia —y ello aún en el trecho cenital de la federación— tuviera sus fueros, su escudo y su bandera. En suma: que con federalismo teórico o no, la Provincia Oriental, en la práctica político-administrativa concreta, se organizó con plena, libérrima independencia.

Capítulo del trabajo inédito:
El Uruguay, como cuestión nacional

LA HISTORIA POLITICA. LAS IDEAS Y LAS FUERZAS

La historia política del Uruguay suele fijarse en la memoria de propios y extraños como una sucesión de imágenes esterotípicas. Es el Montevideo de las murallas pétreas y artilladas y su entorno rural cruzado por blandengues y contrabandistas. Es Artigas, el caudillo bueno, buscando implantar, entre los desvelos de un asedio de todos los frentes, una patria concreta, un hogar de tierra y dignidad para aquellos "infelices", aquellos "desheredados" con los que convivió y luchó. Es el Uruguay "tierra purpúrea", ruedo colorido y violento, pago clásico de las guerras civiles y de pasiones partidarias ancestrales. Es el país del 900 en adelante que realizó en el pequeño ámbito que le recortaron azares y tratados, la experiencia ejemplar de un Estado y una sociedad "modernas" en la más plena o (por lo menos) en la más visible de las acepciones. Y es, también, el Uruguay de nuestros días, el del lento, irremontable deterioro económico, el del sistema de partidos esclerosados y vacío, el de la emigración de sus elementos más dinámicos, el de las devaluaciones y el privilegio reptante e invulnerado, el del aferrarse, sin esperanza efectiva, al arquetipo de lo que fue, el de la convicción

desolada que "al mundo nada le importa" y no somos el "laboratorio" admirado e imitado por todos los pueblos del orbe. Pero vale la pena hurgar debajo de esas imágenes, ver qué las enhebra, cuánta verdad o deformación conllevan, cómo tejen, todas, una singular, no siempre dignificante, no siempre decepcionante, trayectoria histórica.

Enciclopedia Uruguaya. La historia política.
Montevideo, Arca 1968.

REAL DE AZUA Y LAS CIENCIAS SOCIALES

Hacia fines de la década del treinta Real de Azúa realizaba una actividad política militante, duramente criticada en los años sucesivos, que culminará con un apartamiento y una toma de distancia entre las posiciones ideológicas y los hechos. Su libro testimonial, España de cerca y de lejos *saldará las cuentas de su etapa militante y marcará el inicio de una nueva reflexión intelectual que lo alejará de los temas sociales y políticos por casi dos décadas. Hacia fines de los años cincuenta los temas históricos comienzan a preocuparlo y no abandonará el género hasta su muerte, y en los sesenta complementa el retorno al comenzar una etapa de reflexión en ciencia política. Estudia la literatura reciente sobre el tema, en 1967 gana por concurso la cátedra de Ciencia Política en la Facultad de Ciencias Económicas y en 1969 ingresa como Investigador asociado al Instituto de Economía de la misma Facultad. Retiene cargos hasta 1974 cuando la administración interventora no lo confirma. Las preocupaciones intelectuales lo llevaron a un campo muy amplio en la década de los 60' de modo que siguió escribiendo sobre temas literarios e históricos, agregando la reflexión en ciencia política y sociología. Luego de 1973 las nuevas condiciones del país motivaron la pérdida de cargos en la enseñanza superior, lo que le permitió disponer de más tiempo como investigador. Abordó nuevos proyectos y se vinculó a nuevas instituciones. Investigador asociado al Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay (CIESU), en su seno elaborará algunos trabajos que recién comienzan a difundirse como* El clivaje mundial euro-centro periferia *(Acali-CIESU 1983). Al mismo tiempo es reclamado por la prestigiosa Universidad de Columbia, de Nueva York, cuyo Departamento de Ciencia Política le encarga —con el apoyo de la Fundación Tinker— dictar cursos sobre los temas "Neoautoritarismo y cambio político en América Latina" y "Elites y cambio político en América Latina". En ese ámbito escribirá el aún inédito* Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora? *obra que CIESU editará en el correr de los próximos meses. (*) Al momento de su fallecimiento estaba trabajando en el tema "neoconservadorismo", para el que había obtenido una beca de la Social Science Research Council de Nueva York, en el marco de sus actividades dentro del CIESU. Lamentablemente no pudo culminar este proyecto. En el área de ciencias sociales, además de los trabajos citados su obra incluyó un manual en dos volúmenes sobre ciencia política publicado en 1971, un texto donde discute el tema* Legitimidad, apoyo y poder político (1969). La clase dirigente *publicado en la serie Nuestra Tierra en 1969, el trabajo acerca del* Ejército y la política en el Uruguay *publicado en marzo de 1969 en Cuadernos de Marcha y un muy recordado capítulo en el libro* Uruguay, hoy, *aparecido en 1971, titulado* Política, poder y partidos en el Uruguay, *citando sólo los más conocidos y sin tener en cuenta todo el enorme aporte realizado a la historia política y social fronterizo con su dedicación a la sociología y la ciencia política. Falta publicar casi todos los trabajos inéditos al tiempo de su muerte, entre ellos un desarrollo teórico sobre la clase dirigente y un estudio sobre el "tercerismo" como corriente ideológica. Para un Uruguay que prácticamente desconoce la obra de Real de Azúa no sólo hay que encarar la publicación de estos trabajos sino que también es necesario reeditar gran parte de su obra la que mantiene toda la frescura y vigencia renovadora de su primer día de aparición. Es un modo de afirmar algunos de los cimientos que Real de Azúa puso al desarrollo de las ciencias sociales en Uruguay y que tan duramente fueron castigadas en los últimos tiempos, tanto como él, desaparecido en el casi-anonimato en tiempos difíciles.*

Hemos seleccionado dos fragmentos de su obra relacionada con el tema ciencias sociales. El primero corresponde a "Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?" *El segundo es el Cap. 6 de "Las pequeñas naciones y el estilo de desarrollo «constrictivo», que el lector puede leer en las págs. 43 a 46 de este volumen.*

Carlos Filgueira/Juan Rial

(*) Se publicó con el No. 4 de la Serie "Estudios sobre la Sociedad Uruguaya" de CIESU/Banda Oriental en noviembre de 1984.

URUGUAY
¿una sociedad amortiguadora?

Una sinopsis de lo desarrollado hace muy factible subrayar la continuidad y permanencia de ciertas características. Y esa continuidad abre el camino a la presunción lógica de que en la muy estable configuración de un limitado número de variables ha descansado la índole amortiguadora (también "amortizada") de los períodos

socio-políticos uruguayos respecto a los tipos que llamaríamos "máximos" o "puros" que pueden construirse deducidos del curso histórico latinoamericano y, sobre todo, del de los países vecinos. Esa presencia de "constantes" o "invariables" se despliega a veces con total ostensibilidad mientras en otras se esboza de modo diverso; en ambos casos, empero, esa misma continuidad les da, por su fuerza acumulada y ya entonces "tradicional" —un poder de incidencia mucho mayor que el que en cada período, aisladamente ponderadas, hubieran sido capaces de mostrar.

Creo, en suma, que si se busca la identificación de esas constantes son seis las que emergen, las que resaltan de una operación de cortes verticales a lo largo de los períodos marcados ("colonial", "desarrollo hacia afuera", "modernizador-radical", "populista", "neoautoritario conservador" y de "ascenso militar") y de los dos intermedios ("insurrección regional y guerra civil-internacional" y "reajuste dictatorial").

PRIMERA: la relativa debilidad (desunión, floja cohesión, flaqueza de la base económica) de una clase dominante y/o dirigente y, en especial, de su sector terrateniente, así como la de la estructura social en que ambas constelaciones —la más amplia, la más reducida— hubieron de sustentar su poder.

Ella habría estado determinada: durante el primer período, por la inestabilidad y la conflictualidad de la atribución de la propiedad de la tierra, por la carencia de manos sometibles a servidumbre como las que hicieron posible la extracción minera o la agricultura de la plantación en otras zonas de América española; por la índole administrativa subordinada de Montevideo respecto a Buenos Aires y por su dominante carácter militar naval y, más en general, por la demora de la implantación social en la región con todas sus variadas consecuencias. *Durante el intermedio de "independencia y anarquía"* asumen significación especial: la devastación rural originada en la propia guerra de liberación, en el proceso de ocupación portugo-brasileño (1816-1828) y en la guerra civil-internacional que corrió de 1838 a 1851; la marginalización de los sectores sociales dominantes respecto al proceso revolucionario global y la correlativa intensa y semiautónoma movilización de los sectores rurales medios y bajos; la condición de semidependencia del nivel superior en los séquitos partidario-caudillescos y el también correlativo carácter populista-prebendario del mismo sistema caudillesco en cuanto se sostenía en una corriente de asignaciones materiales a los grupos medios y bajos que era restada así a lo recibido por el nivel superior. También la división entre los diferentes polos de atracción externa (Buenos Aires, Brasil, provincias argentinas) y los proyectos políticos implícitos en ellos. *Durante el "período de desarrollo hacia afuera"*: la ambigüedad e indeterminación de la salida de 1851; las contínuas guerras civiles y su impacto sobre la prosperidad agropecuaria y la estabilidad de la propiedad; la continuidad de la atracción entre los diversos polos externos de poder con sus consecuencias en la división de la clase superior, un factor variable cada vez más dependiente ahora de la insuficiencia de la base de recursos materiales y sociales de la entidad soberana consagrada por la Convención de Paz de 1828, es decir, de sus deficiencias para alcanzar la necesaria "autonomía para la dependencia". Agréguese todavía el carácter ya tradicional y autosostenido de las estructuras partidarias y sus efectos sobre la unidad de la clase dirigente; la debilidad del bloque de poder entre 1851 y 1890: clase terrateniente inarticulada, sector financiero extranjero o desmedidamente especulador, estrato mercantil semiautonomizado imponiendo políticas financieras propias ("orismo" versus papelismo"); disfuncionalidad del apoyo ideológico ("principismo") y semiostracismo político del nivel social más alto después de 1865. *Durante el período modernizador-radical* todo ello refluirá y se acentuará con la aceptación por parte de la clase alta del compromiso político-social con el Estado, la burocracia, las capas medias y la industria sin otra partida que la estabilidad social y una paz interna desde entonces firme. Y agréguese todavía que *durante el período populista* esta posible ya tradicional pérdida de la posición hegemónica hizo más débil el puntual ataque populista al sector y más débil también su réplica.

SEGUNDA: *los caracteres y la dimensión de la base física nacional y sus efectos en lo social, lo ideológico y lo económico,* marcada *durante el coloniaje,* en la índole fronteriza de la región; *durante la independencia y la anarquía y el período de "desarrollo hacia afuera"*, por la creación de una nacionalidad con escaso sustento de poder material, en continuidad social, ecológica e ideológica con las naciones vecinas y expuesta a las distintas afinidades

y atracciones que de ellas emanaban. *Durante el período de modernización radical* esa constante se marcó en la insuficiencia de un mercado adecuado para la expansión industrial (y la correlativa permanencia del esquema exportador-importador), la parcialización de la "motivación nacional" en un partido político no dominante y en una especie de "ideología nacional" identificada con contenidos políticos partidarios e ideológicos de "compromiso". *Durante el período populista* la misma se señalará por la menor ambición autonomista del "modelo desarrollista" correlativa a la inadecuación cada vez más ostensible del mercado para un crecimiento autosostenido pero también en la menor virulencia dinamizadora de una ideología de tipo nacionalista y antimperialista..

TERCERA: *La importancia de un sistema bipartidario estable, de las estructuras jurídicas que más tarde lo consolidan y de la emergencia de un elenco o personal político unificado.* Todos estos conexos determinantes se marcaron *desde el período de independencia y anarquía* por su alto poder de socialización y movilización de la masa nativa, por su flexibilidad para acoger diversos contenidos, intereses e ideologías así como también para albergar bajo la cúpula caudillesco-partidaria y a distintos niveles diferentes grupos sociales. *Durante la etapa de "desarrollo hacia afuera"*, manteniéndose estas capacidades (aunque algo debilitada la última respecto a los sectores sociales más altos) se pronunciará, en cambio, muy claramente la aptitud para una socialización política efectiva de los sectores extranjeros (que ya tenía sus antecedentes en los años 1838 a 1851). Igual aptitud para la socialización política del sector armado —y cancelándolo así como fuerza independiente— mostró una de las dos alas del sistema partidario, la colorada, desde el tercer tercio del siglo pasado. *En el período de modernización-radical* habrá que agregar sólo a los invariados datos anteriores el compromiso partidario y social involucrado en el proceso de transformación institucional que se cumplió entre 1925 y 1931 así como la función estabilizadora de esas nuevas estructuras. También su probada flexibilidad para acoger sin quebrarse contenidos y tendencias supervinientes —caso, sobre todo, de las radicales que se pronunciaron en el batllismo. Y aún podría agregarse: una legitimación del "gobierno de partido" que hasta entonces había sido muy discutible y que se obtuvo a través de la constitucionalización o legalización de arbitrios que hacían de la oposición —normalmente medio país en términos políticos— una condición respetada y retribuida en posiciones de valor muy sustancial. Esa misma consistencia de las estructuras político-partidarias así como la del compromiso que forzosamente comportaban se mostrará en toda su saliencia *durante el intervalo dictatorial (1933-1938)*, un estilo de acción estatal más bien propicio a arrasarlas o, por lo menos, a dañarlas. *Durante el período populista* se pueden registrar las mismas permanencias: estructuras político-partidarias exteriormente firmes, compromiso social y político, personal o elenco común y estable. Pero en el tipo de acción gubernamental que el populismo representó o en el desenlace que en otros países tuvo, hay que destacar dos invariantes de alto poder de atenuación: 1) la previa y considerable movilización y participación políticas que explica la posterior inexistencia de sectores sociales en violento ritmo de incorporación al sistema; 2) la marginalidad del sector militar como grupo social con puntos de vista específicos, un fenómeno al que ya se hizo referencia. Y los mismos rasgos, por fin, permanecieron y atenuaron la factible máxima intensidad de *la etapa neoautoritaria.*

CUARTA: *La relativa debilidad de las estructuras de dependencia (o interdependencia asimétrica).* Para todos los *períodos, a partir de las guerras de secesión y civiles* actuaron como determinantes un tipo de economía con base de propiedad "nacionalmente controlada" (es decir, no "economías de enclave") y el eminente valor estratégico —en términos militares pero sobre todo navales— más que económico del área oriental. A ello habría que sumar, *a partir del período de modernización-radical* la existencia de un importante sector nacionalizado *y al hacerlo de la etapa populista* la magra y poco atractiva dimensión del mercado desde el punto de vista de una inversión extranjera masiva, sustancial. Todo esto no excluye, como es obvio, múltiples y aún poco visibles corrientes de regimentación y copamiento: el término "relativo" y su raíz comparativa deja suficiente espacio para ellas.

QUINTA: *La relevancia motivadora y sustentadora de una firme línea modernizante*, de sesgo "iluminista" primero, liberal después, democrático-radical más tarde, con su corolario de legitimación "racional-legal" en el sentido weberiano de la expresión. *Durante el período colonial* tuvo alta correlación con la tardanza de

la implantación religiosa-administrativa española; *durante el período de independencia y anarquía* hizo más fácil (y se hizo más fácil) con las influencias "ilustradas" dentro de la Iglesia uruguaya, la acción temprana de la Masonería y el republicanismo-radical de algunos grupos inmigratorios artesanos (franceses, italianos); *en la etapa del "desarrollo hacia afuera"* se robusteció con la rigidez constitucionalista y formalista del "principismo" pero, más sustancialmente, con la cohonestación ideológica liberal-democrática a la que apeló el sector social superior políticamente "blanco" y desplazado desde la década del 70. *Durante el estadio de modernización-radical* los mismos contenidos, a un tiempo ahondados y extremados, se identificaron en cierta y considerable medida con el compromiso político-partidario alcanzado y ambos con una especie de "doctrina nacional" casi indiscutida. Y aquí es de nuevo que hay que hacer referencias al alto grado de integración del sector de la fuerza armada en el sistema, al que la ideología y la especial modulación solidarista que representó la Masonería dotó de fuerte consistencia. Todos estos determinantes, por fin, mostraron su acción amortiguadora *durante el intermedio dictatorial, la etapa populista y la redefinición neoautoritaria*, aunque, claro está, a lo largo de diferentes y aún contradictorios modos de inferencia.

SEXTA: Aunque no la menos decisiva, *la amortización del disenso social y de la marginalización de los sectores más desheredados*. Ya es tema reiterado en nuestra historiografía social el papel que en esto jugaron las a medio "conquistas" a medio "concesiones" de la *etapa de modernización radical* y su impacto amortiguador en las décadas que la siguieron. Ello tanto en el sentido de dotar de menor explosividad al *período de tono populista* y hacer menos estentóreo el tono de las demandas de los sectores con niveles fuertemente reprimidos de aspiraciones (menores en general los peligros que al "statu quo" social parecían amenazar) como en el sentido de generar un conformismo a cuyo significado y efectos ya se hizo reiterada referencia.

(Carlos Real de Azúa,
Uruguay ¿Una sociedad amortiguadora?)

Textos sobre Carlos Real de Azúa

CARLOS REAL DE AZUA

Lisa Block de Behar

Era previsible que alguien preguntara. "¿Cómo no se les ocurrió antes?", cuando le proponía a Alejandro Bluth —también en nombre de Blanca Oddone— esta publicación sobre Carlos Real de Azúa, a siete años de su muerte. Pero como la pregunta parecía formularse menos en procura de una respuesta que por pura verbalización de asombro, más que iniciar la referencia a buenas intenciones y mejores proyectos —que hasta ahora no dejaron de ser tales— preferí omitir las explicaciones incontables del silencio y pasar así a participar en la contradictoria búsqueda de intemporalidad con fecha fija: la celebración determinada por el almanaque y la puntual fugacidad del aniversario.

Pero no es una participación fácil. Toda evocación padece de más de una aprensión y esa pluralidad se justifica: reservas ante la indiscreción y abuso de un testimonio parcial que interrumpe un silencio contra otro silencio que no puede ser interrumpido; ante la solemnidad ritual, inconsecuente, de la paz requerida por el réquiem; ante la "idealización" necesaria, por forzosa; la "desrealización" de la ausencia; y todavía una inquietud mayor: el escalofrío ante la iniciación de otra aventura escatológica. También por esa evocación se arriesga repetir un tránsito tenebroso, el trance inútil de un Orfeo tanto más displicente que inconsolable. Porque la empresa que se propone, afectuosa, sin duda, no excluye ni la vanidad ni el desafío —la imprudencia doble que intenta rescatar algo de nada—, ni disminuye la irresponsabilidad soberbia de un gesto fatal que, entre la fidelidad y la traición, no se define: la mirada retrospectiva de quien no teme ni transgredir una arbitrariedad —ya aceptada—, ni le importa ceder a una impaciencia mundana: ambiguo y escaso querer es el de Orfeo, menos pasión que lealtad, su curiosidad atenúa el sentimiento, cuestiona el heroísmo o los suspende.

Cuando se requiere una evocación de Carlos Real de Azúa, estos escrúpulos contra privilegios de sobreviviente pesan más porque, como pocos, sentía una aversión severa, casi bíblica, contra la representación —verbal, visual— de su figura. Las contadas fotografías no escasean por indiferencia personal ni incuria familiar sino por la resistencia contra toda figuración, la más deliberada contra los excesos de la fijación, *el retrato*: la vuelta de la imagen, esa *superstición* —una sobrevivencia— la valoración por representación, superstición que la actualidad alienta más que cualquier otra forma irracional de la creencia, como siempre, como nunca.

La obstinación de estos recelos le impedía interesarse por referencias —o reverencias, no es demasiado diferente— a su persona. Un desinterés que no debería confundirse con desaires de altivez o de afectada modestia, ni con la ocultación de vicios y virtudes —la voluntad de proteger su privacidad—, sino algo así como todas las variantes de "Le moi est haissable"; un rechazo ascético el suyo, la convicción de la insignificancia individual y, en definitiva, la certeza irreparable —doblemente— de la ausencia. El rechazo se hace más evidente por contraste con reconocimientos y demostraciones por los que se desviven otros hombres que (se) necesitan públicos, tantos quienes confunden existir con éxito, saber con salir, notorios no siempre notables.

En otros años, cuando se multiplicaban los acontecimientos culturales, difícilmente se hacía presente en mesas redondas, conferencias, actos. Solía colaborar enviando escritos, los más extensos, los más eruditos, los más peculiares, pero apareciendo a destiempo o desapareciendo a último momento. No se trataba de timidez y menos, de golpes de efecto, solo la misma repulsión hacia una aparición que se confunde con figuración. Por eso, ahora, tantos escrúpulos.

Ya se dijo: aborrecía dejarse fotografiar tanto como detestaba ser objeto de mención propia o, incontrolablemente, ajena. Pero "On est quelquefois aussi différent, de soi-même que des autres" decía La Rochefoucauld, y en la intimidad contradecía esa aversión —abstención o abstinencia— con una exageración semejante: continuaba debatiéndose con la representación pero de manera diferente, opuesta (quizá por compensación más que por contradicción) registrando desaforadamente cuantos acontecimientos personales, los más cotidianos, los más generales, abrumadoramente triviales o,

sin discriminarlos, los más decisivos. Con una minuciosidad inverosímil por su precisión, manifestaba una "obsesión textual" —consonancia implícita— que vale asimilarla a las preferencias ambiguamente definidas por R. Barthes en *El placer del texto*. De la misma manera que Leonardo Woolf registraba las mínimas ocurrencias de la vida de Virginia, se sabían completos pero dispersos, en hojas sueltas, al dorso de otros escritos, en agendas y cuadernos interminables que difícilmente conservaría la familia, los detalles que cifran pequeñas compras diarias, cuentas, menús, gustos íntimos, reflexiones, recuerdos, conversaciones telefónicas, (a veces futiles pero igualmente transcritas), con hora, duración, tema, alternativas del diálogo, encuentros intrascendentes, diligencias menores, gestiones administrativas, distribución cuantificada de su tiempo en lecturas, las páginas leídas, numeradas, las preferencias literarias, los conflictos personales, sus preocupaciones más atormentadoras.

Anotaciones farragosas, impublicables por la atención disipada, por la rigurosa falta de selección: una trasposición, sin contextualizar, sin "diferencia" de la eventualidad al escrito, un inventario por una invención. Cuenta Borges que "los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él" y esta representación que por exacta y perfecta deja de serlo, recuerda las anotaciones descomedidas, infinitas —por inacabadas e innumerables—, imperfectas también por la carencia de elaboración: caos cotidiano e inconcebible, imitativo del otro caos primero y mayor, el nuestro, el de todos, esa realidad que padecía dolorosamente precaria, circunstancial. Aprieta impenetrablemente datos con el espesor de hechos, materia prima estratificada, descargas gráficas no libradas de su contingencia y aunque fugaces —por fugaces— no se soportan.

Cuando un editor, coordinando una publicación colectiva, le sugirió que redujera la redacción demasiado dilatada y digresiva de uno de esos párrafos que Rodríguez Monegal calificara como "arborescentes", le hizo gracia la ingenua pretensión de intentar simplificar la versión de un fenómeno real que, como tal, solo entendía vertiginosamente dialéctico.

Por eso también su intransigencia frente a comentarios que aunque irrelevantes no le pasaban inadvertidos. Al contrario, estimulado por la cortedad de reprobaciones apresuradas o estereoti-

padas, rechazaba las objeciones que se formulan desde lugares comunes, los repudios ad hoc y denuestos demasiado homogéneos, así como el encomio coral, sospechosamente sistemático y obediente de alabanzas tan reiterativas como acríticamente acomodadas. Pero y por sobre todo, sin que sus pronunciamientos se dirigieran nunca a conciliar una aleatoria posición de conveniencia que le preocupaba no adoptar: nada del equilibrio oportunista por oscilante, contemporizador, a prueba de riesgos radicales, a favor de protectoras prebendas o seguridades sectarias promisorias. Todo lo contrario: era el suyo un oyente agredido, generalmente colectivo, difusor potencial de sus enfadosas opiniones, el más indicado para no oírlas.

Sin embargo, estas frecuentes divergencias circunstanciales tampoco se formulaban como desafíos, ni provocaciones de polémicas, ni brillantes extravagancias de un dandismo arrogante, trasnochado o decadente "pour épater —surtout pas— le bourgeois", a contracorriente, sino como tentativas de una cruzada a favor de la lucidez, espontáneas y ponderativas al mismo tiempo. Era un antagonismo prevenido contra la adhesión condicionada y fluctuante de opiniones partidarias —y por partidarias, parciales— de omisiones selectivas y, en el mejor de los casos, obnubilismos involuntarios, divisas distinciones rotuladoras de verdades a corto plazo, poco comprensivas o demasiado ortodoxas, aptas sólo para servir de bandera monocromática a complacencias tendenciosas.

La extensión e irrefutabilidad de su respuesta alteraba la mecánica opositiva del diálogo: la respuesta —"contestación", la dicción— contradicción que define la intervención de un interlocutor que se encuentra, por situación, enfrentado pendularmente al hablante, se suspendía, concluía con su palabra porque decía tanto que más ya no se podía decir. Como el narrador Proust, la mención incidental de una circunstancia, de un nombre, derivaba a precisiones asociativas, referencias históricas imprevisibles, interminables, estrelladas en constelaciones temáticas, intercalando anécdotas que no atenuaban la gracia mayor ni la perplejidad de un oyente sorprendido por el genio. Ocurría que el comentario o la noticia recién mencionada disparaba subrepticiamente del plano de la contingencia, concreta, inmediata, particular, a un enfoque generalizador que se apartaba de la eventualidad fluctuante de la historia, desdibujándose en una incontrovertible permanencia filosófica. Si "Omnis determinatio est negatio", Real de Azúa (se) debatía

espinosamente en ese espectro de insondable variedad que toda afirmación excluye pero supone.

Así se explica la profusión exagerada —ya mítica— de ideas preambulatorias, introductorias e intermediarias que preceden a un desarrollo, que lo interceptan o lo derivan hacia una referencia aparentemente lateral, un desarrollo que se opone a cualquier reducción taxativa, lineal, por medio de precisas divergencias que distraen la reflexión en una refracción múltiple, poniendo al descubierto las distorsiones que resultan de advertir planos diferentes y eludir perspectivas estrechas.

La convergencia original de puntos de vista distintos que le impedía observar esquemáticamente cualquier fenómeno, condicionaba la complejidad de una elocuencia que desajustaba curiosamente algunas de las solidaridades más obvias del discurso. Su vocabulario de pasmosa propiedad desconcertaba en estructuras poco regulares donde la linealidad consecutiva de la sintaxis se desaforaba en haces de incisos, aclaraciones, digresiones que arduamente podían seguir el itinerario de un pensamiento mercurialmente especulativo. Así desarticulada su aparente incoherencia, se acercaba a una realidad que naturalmente no tiene lógica, apenas si soporta en forma discontinua la que desde siglos le viene construyendo el hombre.

No se trata de una "incorrección", desprestigiada por poco purista sino de la recurrencia a una figura (el anacoluto) que resulta especialmente apta para el "clivaje" (por usar una palabra que solía preferir) necesario a una exposición abundante pero nunca viciosa. Un hablante gozosamente locuaz que, sin embargo, cuestionaba sus propias apreciaciones por medio de una tartamudez imprevisible y expresiva: más recurso que falla, la escisión se extendía hasta un juego humorístico, sobre todo familiar, donde la certeza de sus afirmaciones se desajustaba por gestos que no venían al caso, a veces en colisión con el sentido enunciado, desamarrando todavía más un discurso ya de por sí elusivo y poco accesible. "Un desorden del discurso" que habría con-sentido Michel Foucault entendiendo por *ordenar* "disponer" tanto como "imponer", si el orden y la orden solo se diferenciaran accidentalmente.

Tanto la voz, el gesto, los súbitos neologismos, la sintaxis desarticulada, la erudición recurrente, divertían (por quiebra y esparcimiento) en una disociación de ideas sorprendentemente

imaginativa que se apartaba en un hablar con puntos sueltos, cabos arrojados en todas direcciones, por eso inasibles. Algo de esta restallante verbalidad se advierte en la ya legendaria fisonomía de sus escritos aunque la permanencia del texto hace posible la recuperación del desborde, la normalización de la fractura porque, espacializada la dicción, la lectura ancla tantas veces cuanto sea necesario. Así la coherencia queda asegurada por la consecutividad —lineal— de la escritura y las gestiones de un lector que cuenta con el estar ahí de la palabra escrita, conservada, con un tiempo propio que retiene la vertiginosidad del discurso ajeno.

Pero esa recuperación probable disminuía o ni se intentaba en la sucesión irreversible de la conversación, apenas interrumpida por la tímida, anonadada aquiescencia de un oyente solo insinuante, inevitablemente atento, nunca fascinado, que asistía atónito a la fiesta de saber. Porque la desbordante fluidez de su pensamiento —y no la consabida facilidad de palabra— no tendía al rapto oratorio ni a seducciones retóricas. Lejos de la persuasión incantatoria del orador, las dificultades de su exposición más las dislocaciones gestuales, conformaban una especie de "extrañamiento" involuntario, igualmente válido, un fenómeno estético y natural a la vez. Establecía una distancia diferente, una desemejanza que apartaba su palabra, como su figura, fugitiva, inquietante, siempre a punto de alejarse.

IMAGEN ESTEREOSCOPICA DE CARLITOS REAL

Emir Rodríguez Monegal

Primera

Antes de conocerlo personalmente, ya lo llamaba Carlitos Real porque ese era el nombre que todos usábamos. Hoy (1984) este detalle puede parecer insignificante pero no lo era hacia 1945, cuando la vieja formalidad criolla todavía dominaba en ciertos círculos y todos nos tratábamos de usted y por el apellido. (Creo que no tutee a Benedetti o a Martínez Moreno hasta pasados años de convivencia casi diaria).

Pero con Carlitos Real, todo era diferente. No sólo tuteaba a todo el mundo y se hacía tutear por todos (incluso por los estudiantes de Secundaria que entonces parecían vivir en otro planeta remoto del nuestro), sino que su nombre postulaba un imposible oxímoron: Carlitos era tan familiar que podía caer en la chacota: era, por otra parte, el nombre habitual de Charlie Chaplin entre nosotros; y el Real no sólo resultaba anacrónico en el democrático Uruguay de entonces sino que contrastaba violentamente con el nombre de pila. Sin embargo, la popularidad de ese oxímoron se extendía hasta los que como yo, sólo lo conocíamos de oídas.

Pero teníamos amigos comunes y gracias a ellos entré un día en contacto con otra zona del inmenso territorio que cubría el oxímoron. Yo estaba preparando uno de esos delirantes concursos de oposición para una modesta cátedra de literatura en Montevideo en que se complacía el sadismo burocrático de Enseñanza Secundaria. Todo el mundo entraba por la ventana entonces, no había Estatuto del Profesor ni Cristo que te valga, pero los que no éramos ni Blancos ni Colorados sólo teníamos acceso a la Enseñanza por la puerta estrecha y casi siempre cerrada del Concurso de Oposición. Me había presentado (con Domingo Luis Bordoli, José Pedro

Díaz, Idea Vilariño y hasta Mario Benedetti) para competir por una miseria de puesto en un liceo de la capital, y enfrentando una lista de cincuenta y tantos autores que algún enciclopedista había compilado, cuando descubrí que me faltaban algunos libros decisivos. Anduve por casas de amigos (en ese entonces la Biblioteca Nacional era un caos, las municipales se ocupaban sólo de libros corrientes y había que depender de las bibliotecas particulares) y terminé llegando a la conclusión que sólo Carlitos Real podía salvarme. Y así fue. Amigos comunes me consiguieron los libros, los usé, y gracias a ellos gané un puestito al sol en Secundaria.

Por los mismos amigos devolví los libros y Carlitos Real siguió siendo un oxímoron, bibliográfico ahora, por algún tiempo. Por esas fechas, y gracias a la generosidad de Juan Carlos Sábat Pebet, entré de adscripto en el Liceo Joaquín Suárez. Los adscriptos de entonces (aclaro, por las dudas) eran poco más que porteros alfabetos que debían cuidar a las fieras cuando faltaba un profesor y, si eran realmente valientes, hasta podían intentar dar la clase en lugar del faltante. También nos ocupábamos de la disciplina general del turno en que trabajábamos. Yo era entonces muy serio, muy callado, muy tímido. Pero me tomé las funciones de adscripto al pie de la letra. Daba clase de todo: francés, inglés, geografía, historia, hasta dibujo, además de mi especialidad en literatura. Esa versatilidad no me hizo popular con los estudiantes que preferían tomarse el tiempo libre cuando faltaba un profesor a tener que aguantar a un intruso. Por otra parte, como tenía a mi cargo durante el turno de la mañana la disciplina general, mi popularidad fue decreciendo hasta hacerse invisible a medida que aumentaban las reprimendas, las faltas disciplinarias y las incómodas conversaciones con padres y madres de los jóvenes vándalos.

En ese contexto tan académico conocí al fin a Carlitos Real. Es posible que lo haya encontrado antes en algún lado, o que lo haya visto pasar, rápido, elegante, seguro, con ese perfil de águila y la ropa mejor cortada que se usaba en Secundaria (todavía existían sastres que hacían trajes a medida), por los claustros del Vásquez Acevedo donde funcionaba entonces Preparatorios. Pero la imagen que me ha quedado grabada para siempre es la de Carlitos Real en el Liceo Joaquín Suárez de Avenida Brasil, entrando con su aire de caballero inglés de la época victoriana en el caos de-

mocrático en que yo (modestamente) hacía de agente de tránsito. Sé que nos hicimos amigos a pesar de que entonces la diferencia de edad (cinco años) parecía inmensa. Yo tenía veinticuatro contra sus veintinueve; él era abogado y profesor veterano, en tanto que yo era mero adscripto y profesor novelísimo. Pero nos unían su cordialidad y mi agresiva timidez, la compartida pasión por los libros y el culto desinteresado de la inteligencia. Sin embargo, yo estaba seguro de que Carlitos Real sabía tanto más que yo, que en nuestro intercambio yo iba a ser siempre deudor. Además, nuestros estilos eran tan distintos. Carlitos Real era un ejemplar perfecto del patriciado montevideano. Su elegancia, su inteligencia, su tono correspondían al apellido completo: Carlos Real de Azúa. (Años después, en Chile, 1954, habría de leer los dramas de un tal Gabriel Real de Azúa contemporáneo de Andrés Bello, para una investigación que estaba haciendo, y había de entender lo que significaba tener un antepasado dramaturgo en pleno siglo XIX. Yo, en cambio, descendía de modestos escritores de provincia, gente que había sido amiga de buenos escritores, y que tenía una gran devoción por la literatura pero que en Montevideo, la Atenas del Plata, siempre circulaba con cautela. Carlitos era clase alta en cada sílaba de su nombre; yo me sentía, y me siento, clase media de provincia. Pero para él esas distinciones no existían. Su generosidad, su capacidad de tratar a cada uno como una persona (en el sentido filosófico de la palabra), hacían saltar las barreras. Pronto empezamos a complotar literariamente. Pero ésto ya es parte de la imagen siguiente. Para completar ésta sólo me falta una anécdota.

Como profesor, Carlitos manejaba a las mil maravillas el estilo caótico de su mejor prosa. Los alumnos lo adoraban por ser tan campechano y porque los dejaba hablar a gritos en clase, interrumpirlo y tutearlo. Creo que su caos era fecundo. Yo, en cambio, no sólo era tímido sino que había sido educado en el Liceo Francés, era apasionado de los diagramas y en cada clase llenaba el pizarrón de llaves y flechas. Mis alumnos no tenían respiro. Los 45 minutos eran 45 minutos. Aunque no evitaba el diálogo y hasta lo fomentaba, odiaba la chacota en clase y no dejaba que los alumnos se distrajeran charlando. Mi reputación como policía de tránsito no me hacía más popular. De modo que mis clases y las de Carlitos eran como la medalla y su reverso. Esto se me hizo patente un día en que, en mi función de adscripto, entré en una clase de Carlitos para hacer

un anuncio general. Antes de abrir la puerta se oía un tumulto digno de las asambleas revolucionarias de Francia, 1789; tumulto dominado por su voz alta y alegre que imponía cierta orientación al ruido. Apenas entré, se produjo un silencio total. Pedí permiso para dar mi información, la dí y me retiré; cuando volví a cerrar la puerta, 1789 volvió a estallar con toda su alegre furia. Más tarde, durante el recreo, Carlitos me dijo que cuando yo entré, entró un iceberg que heló la clase. Nos reimos pero me quedé pensando.

Segunda

La amistad con Carlitos se consolidó por comunes intereses literarios. Yo había empezado a colaborar en la sección literaria de *Marcha* ya en 1943 y a partir de 1945, me hice cargo de la misma. (Con algún pequeño intervalo, la dirigí hasta fines de 1957; y colaboré en ella hasta 1960). Una de las primeras personas que busqué como colaborador fue precisamente Carlitos. Ya he contado en otra parte (*Literatura uruguaya del medio siglo*, pp. 393-405, Montevideo, Alfa, 1966) la importancia de la obra literaria y crítica de Carlitos Real y, sobre todo, de sus colaboraciones en *Marcha*. Ahora sólo quiero evocar esta otra imagen: no el profesor que estimula la indisciplina creadora de sus alumnos y que comparte con ellos un estilo deportivo y vitalista de manifestarse, sino la imagen de Carlitos escritor. Aunque escribía todos los días (no sólo ese diario minucioso que tal vez sea su obra más importante y que espero que no sea censurado por motivos personales), Carlitos no era un escritor fácil. Su pensamiento era tan complejo y sutil, tenía tantos pisos que la linealidad de la escritura le resultaba un obstáculo. Si se hubiera inventado un sistema estereoscópico, en que cada frase tuviera tres dimensiones y pudiera situarse en varios planos a la vez y dar vuelta sobre sí misma en volumen, Carlitos (tal vez) hubiera podido escribir lo que quería. Pero condenado a la sucesión y a una sintaxis castradora, sus textos aparecían encerrados en chalecos de fuerza. Carlitos usaba y abusaba de los paréntesis (curvos, rectos, lineales), ponía frases incidentales dentro de frases incidentales, citas dentro de citas, y notas al pie de las notas al pie, y aún así, no conseguía decir todo lo que tenía que decir en las tres dimensiones de su pensamiento exigente. Si existiera una escritura holográfica, Carlitos se habría salvado. Pero en esos años

(hablo de la mitad de los cuarenta), él estaba condenado a seguir una línea tortuosa y repetitiva, asfixiante, que incomodaba a sus lectores y lo incomodaba a él.

Como director de la página, no sólo era mi tarea seleccionar las colaboraciones. También hacía el trabajo de revisión que en inglés se llama *editing*. Con excepción de Manuel Claps (que ya es otra historia), sólo Carlitos me ha dado tanto trabajo, sobre todo en los años cuarenta y cinco. La pesadilla empezaba con la concepción misma del artículo. En algunas de las infinitas conversaciones que teníamos, yo le proponía o él me sugería un tema. Después que nos poníamos de acuerdo, empezaba la agonía. Carlitos siempre prometía una notita, un articulito, nada en fin. Pero cuando llegaba a casa, traía por lo menos unas veinte páginas de formato oficio, escritas avaramente de margen a margen, a un sólo espacio, sin pausa después del punto, sin posibilidad de interlineado alguno, sin aire en fin. Era inútil pedirle que entendiera que ese texto debía ser transcripto al plomo por linotipistas que no lo leían (en el sentido de entender lo que tenían bajo sus ojos) sino que lo transcribían mecánicamente signo por signo. Un original tan tupido era una invitación a saltearse líneas, a comerse párrafos enteros, al caos y a la locura. Pero eso no era todo. Después que yo cortaba y recortaba párrafos y a veces hasta pasaba a máquina los originales, Carlitos volvía a revisarlos para agregar algunos detalles. El nuevo original, aparentemente en limpio, volvía a cubrirse de tachaduras y enmiendas que hubieran hecho morir de envidia al Proust de *Le temps retrouvé* si no estuviera ya muerto hacía décadas.

Llegado el momento de poner punto final a las correcciones, le arrancaba el texto a Carlitos para llevarlo a la imprenta y parlamentar con los linotipistas, tipógrafos y el paciente jefe de taller. *Marcha* se hacía los jueves en la Imprenta 33 que era una reliquia de los tiempos merovingios. Pero la fidelidad de Quijano y los suyos hacía posible la colaboración amistosa de todos los obreros. El texto de Carlitos era compuesto y salían las pruebas de galera. Yo rogaba a mi Angel de la Guarda que Carlitos estuviese demasiado ocupado para venir a corregir personalmente las pruebas a la imprenta. Pero mi Angel debía haberse tomado vacaciones permanentes. A cierta hora de la mañana, Carlitos siempre llegaba, elegante y alegre, pidiendo las pruebas. Se metía en un rincón y emergía horas

después con un texto completamente reescrito. ¿Cómo explicarle que a esa altura ya era imposible reescribir, agregar líneas o párrafos enteros; es decir: volver de nuevo a punto cero? Impermeable a las realidades de la imprenta, Carlitos sólo pensaba en su texto. Con ayuda de todos, e incluso de Quijano que creía que estábamos locos (él era un profesional completo y sabía escribir a la medida exacta), terminábamos por arrancar las pruebas a Carlitos, lo persuadíamos que estaba bien así, y con la concesión de algunos cambios, lo resignábamos a que dejase publicar el artículo que él consideraba (honestamente) mutilado.

Durante años, esa fue mi lucha y esa mi agonía. Pero así conseguí que Carlitos publicase algunos de los mejores trabajos que salieron en *Marcha* entonces. Y conseguí (creo) que se entusiasmase a seguir publicando.

Cuando me quejaba con amigos comunes del trabajo que me daba Carlitos, me trataban de loco y de empecinado. ¿Por qué insistir? ¿Por qué no dejarlo que siguiese escribiendo, infinitamente, repetitivamente, sólo para la posteridad? Pero yo creía en Carlitos, y quería que *Marcha* se beneficiase de su talento, de su humor, de su enciclopedismo. Entonces yo sabía que ya Billy Wilder había descubierto la mejor respuesta a esos que me criticaban por insistir en tenerlo de estrella. Una vez que los productores de Hollywood criticaron a Wilder por su insistencia en hacer películas con Marilyn Monroe, él les dijo: "Sí, yo sé que ella no es de confiar, que llega al estudio sin saber el diálogo, que nunca está satisfecha con ninguna toma y exige que se hagan todas de nuevo, que desaparece del mapa por días, etc. Sé también que si le doy el papel a mi tía Gertrude, ella va a llegar puntualmente, va a saber el texto de memoria, y no me va a fallar una sola vez. Pero si pongo a mi tía Gertrude en una película, nadie va a ser tan loco de pagar por verla". Yo me arriesgaba a poner a Carlitos porque sabía que, como Marilyn, todos iban a pagar por leerlo.

Tercera

Sería interminable evocar todas las imágenes que tienen que ver con una colaboración activa que duró hasta mi viaje a Londres, a fines de 1957. No sólo en *Marcha*, sino también en *Número*, que fundé en 1949 con Idea Vilariño y Manuel Claps, y al que se incorporaron Mario Benedetti y Sarandy Cabrera casi desde el comienzo. La presencia de Carlitos Real en *Número* no es muy visible, aunque publicó uno de sus primeros ensayos capitales, *Ambiente espiritual del 900* en el volumen triple dedicado a analizar la Generación del 900 (1950). Pero su presencia constante en nuestras reuniones, la posibilidad de discutir con él temas y autores, fue un elemento decisivo para la empresa de orientar aquella revista literaria (de crítica y poesía) a un nivel más especializado que el que *Marcha* permitía. Por esos años (hablo ahora de los cincuenta) mi situación en Secundaria había mejorado algo. Pude abandonar las delicias de la adscripción y concentrarme en mis cursos del Vásquez Acevedo. Más tarde, gané por concurso la cátedra de literatura inglesa y norteamericana en el Instituto de Profesores, y allí volví a ser colega de Carlitos Real que enseñaba estética y crítica literaria. Como su conocimiento del inglés escrito era notable (no lo hablaba bien, en cambio) solíamos invitarlo a nuestra sección para que nos ayudase a seleccionar candidatos. El otro profesor era Ralph Cowling, inglés prototípico que escondía un humor muy estimulante detrás de la máscara de la impavidez. Recuerdo un día que habíamos citado a Carlitos para un examen a las ocho, y Carlitos no aparecía. Al fin, llegó, a las ocho y media, siempre nervioso y apurado, con docenas de excusas superpuestas, y una sonrisa que era difícil de resistir. Pero Cowling se atrincheró en su ética victoriana y comentó tajantemente: "How undignified to be late!" (Qué poco digno llegar tarde). La Reina Victoria habría aprobado la frase. Carlitos, en cambio, se puso hecho una hiena. Argüía que la puntualidad no es una de las virtudes teologales. Pero Cowling se envolvió en el manto del silencio y ahí quedó la cosa.

La verdad es que Carlitos era fabulosamente impuntual. Padecía la angustia (común en nuestros pagos) de no llegar a tiempo. Llevaba consigo largas listas de las cosas que tenía que hacer cada día, y hasta las consultaba metódicamente, pero un diablo en él le hacía llegar siempre tarde. A eso de las cinco de la tarde ya llevaba un retraso de hora y media; de noche, la impuntualidad se multiplicaba. Recuerdo una reunión amistosa que había sido marcada para las seis y a la que Carlitos llegó siete horas más tarde, extrañado de que todo estuviera silencioso. El mayordomo (había mayor-

domos entonces) se asomó a la puerta de calle en robe de chambre para informarle que la reunión había terminado a las once y que los señores ya estaban durmiendo. Carlitos me contaba esta aventura (yo había sido puntual, es claro) y quejándose de la falta de imaginación de esa gente que se va a dormir a las once de la noche. El era un noctámbulo, y de noche le gustaba vagabundear por todo Montevideo. No era extraño salir con él de una fiesta, y verlo irse solo por ahí, como si temiera volver a su departamento de soltero. Como yo tengo el trauma contrario, y soy patológicamente puntual, me he pasado horas y horas tratando de descubrir la manera de compensar por las impuntualidades de Carlitos. Era inútil citarlo con dos horas de anticipación a la hora verdadera, porque él era demasiado inteligente como para no darse cuenta, y (además) era tan impuntual que igual llegaría tarde. En los años sesenta, cuando yo vivía solo en un apartamento de la calle 18 de Julio (que había sido de Benedetti), solía invitarlo de tanto en tanto a almorzar conmigo. Pero era inútil, cuando él llegaba, yo ya estaba furioso y muerto de hambre; o roncaba después de haber tenido que almorzar solo. Se nos ocurrió que la mejor solución era que yo fuese a almorzar a su casa. Fijamos un día que nos convenía a los dos, y semana tras semana, yo me aparecía impecablemente a la hora señalada. Esos almuerzos eran para mí lo mejor de la semana porque tenerlo a Carlitos para mí solo durante dos horas era una fiesta. Todo marchó bien por un tiempo. Carlitos llegaba justo cuando yo estaba llegando, o apenas unos minutos después que la inefable Olivia (su secretaria, como él la llamaba) pero en realidad ama de casa, cocinera y factotum, me hacía pasar a uno de los escritorios abarrotados de libros y papeles en que se había convertido el cómodo departamento de los padres a la muerte de éstos. Pero un día, Carlitos no pudo más. Cuando llegué, Olivia me recibió con la información de que el niño Carlitos (literal) llegaría tarde y que yo podía ir almorzando solo si estaba apurado. Me negué a hacerlo aunque me pareció sublime el hallazgo.

Hay muchas otras imágenes de estos tiempos. Fiestas a las que íbamos, partidos de basket-ball que compartíamos, vacaciones en Punta del Este, almuerzos en el Golf Club: todo un mundo que yo apenas conocía y que era el mundo de Carlitos, más urbano y elegante que el que me había tocado en el reparto, pero que él me ofrecía con la sencillez y elegancia del que sabe dar. Lo notable en él

(y en esto se parecía al Profesor Higgins, de *Pygmalion*, aunque sin la insolencia británica) es que trata a todo el mundo igual, con el mismo respeto, el mismo afecto, la misma mirada crítica. A él le debo la amistad con gente como Einar Barfod, increíble noruego-uruguayo cuyo nombre parecía salido de un cuento de Borges y que era, naturalmente, especialista en ciencia-ficción. O la frecuentación de Rodolfo Fonseca que parecía una versión más católica de Carlitos Real (éste era católico también, pero no era proselitista como Rodó), y al que conseguí atraer a *Marcha*. Pero lo que sobre todo le debía yo a Carlitos era la experiencia de un Uruguay más antiguo pero todavía vivo y que no había perdido del todo algunas viejas virtudes a pesar de la aceleración del consumismo criollo. Y le debo, es claro, haber conocido a Magdalena Gerona.

Cuarta

Cuando me fui del Uruguay en 1968, después de varios viajes que eran siempre de regreso, ya no veía tanto a Carlitos Real. La política internacional nos había separado un poco. Creo que él confiaba más que yo en la viabilidad del modelo cubano en nuestra América. Fuese como fuese, no lo perdí de vista y cuando volvía al Uruguay, en viajes relámpago, Carlitos era, con Lisa e Isaac Behar, de los pocos amigos que seguía visitando entrañablemente. No es extraño que cuando al fin se decidió a venir a los Estados Unidos, aceptando una invitación de la Universidad de Columbia, me pusiese en campaña para traerlo a Yale. Aceptó encantado y para concretar detalles fui a verlo a Nueva York. Nos paseamos de día por las calles pintorescas que bordean a la Universidad y que son tan sórdidas y peligrosas de noche. Le hice mil recomendaciones, sabiendo como sabía lo que le gustaba andar vagando solo de noche; le dije que en Nueva York eso no se podía hacer. Me prometió ser prudente, pero no sé por qué nunca asocié la prudencia con él. Durante un tiempo, tuve imágenes de Carlitos asaltado y muerto en alguna callejuela. No le pasó nada. *Era* prudente, pero me tuvo en vilo.

Cuando le tocó venir a Yale, a dar una conferencia que fue como todo lo de él, brillante y proliferante, le había reservado una suite en uno de los mejores colegios (falsamente medievales, esas suites son nuestro orgullo). Pero Carlitos se negó a quedarse solo

en la suite y se vino a mi pequeño apartamento a pasar la noche en una cama estrecha en un escritorio abarrotado de libros. Para mi fue una fiesta. Maniático como él era del silencio, de sus horas de lectura y de sueño, temí que no estuviera cómodo. Pero durmió como un bendito y se levantó de mañana, lleno de entusiasmo y de proyectos. Llevaba siempre consigo una farmacopea de bolsillo, porque era adicto a toda clase de píldoras. Todos creíamos que eso era parte de sus manías. Y para no contradecirlo, le conté que yo también tomaba vitaminas. Se rió porque lo que él tomaba eran cosas más serias que vitaminas.

La noche anterior habíamos cenado en un restaurant chino, *Shanghai Village,* que quedaba al lado de casa. (Quedaba, ay; para mis males cerró). Aunque Carlitos era aficionado a la comida china no aceptaba comer sin pan. Firmemente le expliqué que el arroz era el pan chino. Y tuvo que aceptar. Pero al día siguiente cuando lo acompañé a Nueva York para seguir charlando y fuimos a cenar con Mauricio y Mecha Müller a un restaurant chino cerca de la casa de ellos, Carlitos se sintió protegido por la benevolencia amistosa de los Müller y exigió pan. Fue inútil que esgrimiera mi metáfora del arroz. Dijo que no comería si no había pan. Los mozos se pusieron nerviosos, vino el maitre, Mauricio salió a la calle a comprar pan en algún lado. Al fin, la mesa quedó cubierta de pan y Carlitos se pudo dar el gusto inédito de comer comida china con pan occidental.

De alguna manera, los exilados que éramos Mauricio, Mecha y yo tuvimos que ceder ante el uruguayo irredento que era Carlitos en cualquier lugar del planeta en que estuviera. Lo hicimos entre carcajadas porque con Carlitos no se podía.

La última vez que lo vi fue en Gainsville, Florida, en uno de esos tumultuosos Congresos que organiza el Instituto de Literatura Iberoamericana, bajo la infatigable dirección de Alfredo Roggiano. Carlitos había sido invitado especialmente para hablar en una mesa sobre el Modernismo que estaba organizando Angel Rama. Decir que su participación fue la mejor de la mesa, y del Congreso, es decir lo obvio. Lamentablemente, la mecánica de esas reuniones no permite intervenciones largas (todos quieren lucirse en la feria de vanidades) así que el trabajo de Carlitos sólo fue leído en parte, y no hubo tiempo para discutirlo. Fue publicado, más tarde, en la revista *Escritura* de Caracas, pero con tan mala suerte

que todo el final resultó empastelado, con frases enteras fuera de lugar y sin continuidad posible. Hasta el final, los colegas de aquellos linotipistas y tipógrafos que había torturado Carlitos en la imprenta 33, habrían de perseguirlo con éxito. En el clima de jolgorio de Gainsville, con el aire caliente de la Florida, piscinas al rayo del sol, playas no muy lejanas y tantos profesores jóvenes de ambos sexos (a veces simultáneamente), era difícil concentrarse en el lejano Modernismo. Conseguí, sin embargo, charlar más de una vez con Carlitos Real. Lo encontré espléndido: más sereno, más lúcido que nunca, más lleno de proyectos. En esa hora en que hasta los cubanos habían entendido que era suicida prohibir a los intelectuales de izquierda viajar a los Estados Unidos (al contrario, había que invadirlos, y saturarlos, llevar la lucha a este terreno), Carlitos no se sentía culpable de encontrar aquí un clima estimulante para su trabajo. Un poco tarde, parecía decidido a trabajar más en contacto con estas universidades independientes donde sus libros y sus artículos eran realmente leídos. Me despedí de él con la seguridad de que nos seguiríamos viendo mucho en el futuro inmediato.

Yo no sabía y él no me dijo, que estaba seriamente enfermo y que todas aquellas pastillas no eran fantasías sino necesidades. Cuando me llegó la noticia de su muerte atroz, pensé que lo había dejado irse de Gainsville como si fuéramos inmortales, y que esa distracción me iba a costar cara. Ahora que lo escribo me parece más injusto que nunca.

New Haven, 21 de junio de 1984

NOTAS SOBRE REAL DE AZUA Y LA CIENCIA POLITICA EN EL URUGUAY

César Aguiar

Estudiar la relación entre la obra de Real de Azúa y el desarrollo de las bases de la ciencia política en el Uruguay tiene un triple interés. El primero, porque claramente la obra de Real tiene un rol fundador en la constitución de esa disciplina en el país. El segundo, porque, luego de seguir una trayectoria variada y solvente en el campo de diversas preocupaciones de las "ciencias humanas", claramente Real de Azúa culmina su obra como "politicólogo". Y el tercero porque, en el campo de la "cultura" nacional, justamente la obra menos conocida de Real de Azúa es aquella que puede "clasificarse" precisamente en el terreno de la ciencia política. Por esa razón, parece de interés una presentación sumaria de esa obra, buscando estimular su relectura.

Los tres Real de Azúa

Admitido que toda clasificación es arbitraria, permítasenos agrupar la obra de Real de Azúa en tres categorías. Primera, aquella directamente relacionada con la ciencia política como disciplina específica. Segunda, aquella explícitamente ligada con la indagación del poder y la política en el país. Tercera, el resto (!).

Las tres categorías en cuestión tienen cierta ordenación en el tiempo. Claramente, la primera es la más nueva; operativamente podríamos ubicarla desde la publicación de *Legitimidad, apoyo y poder político* por Fundación de Cultura Universitaria en el año 1964, hasta el fin de la vida de Real de Azúa. La parte más relevante de la segunda se ubica con claridad entre 1961 —cuando se edita la primer edición de *El patriciado uruguayo*, por Ediciones Asir— y 1971 —cuando se publica su trabajo sobre *Política, poder y partidos en el Uruguay de hoy*, en la colección de trabajos sobre *Uruguay hoy* publicada por Editorial Siglo XXI Argentina—, pero seguramente incluye "momentos" antes de 1961 y posteriores a 1971. "El resto" atraviesa la vida de Real de Azúa, y adquiere su mayor visibilidad

entre la segunda mitad de los 50 y fines de los 60 , incluyendo obras muy diversas —en textura, intención, temática, alcance y género—, ocasionalmente "cargadas" de elementos de interés en una lectura "desde" la ciencia política.

Las tres categorías se relacionan, además, con ciertas perspectivas "metodológicas" diferentes en cada caso. La primera —aunque quizás el propio Real de Azúa resistiera esta afirmación— es centralmente coincidente con las perspectivas metodológicas hoy dominantes en las ciencias sociales occidentales: elaboración de teorías según modelos más o menos hipotético-deductivos construidos a partir de esquemas de variables, "escisión" entre "diseños sustantivos" y "diseños auxiliares", separación conceptual entre "contextos de validación" etc. La segunda es el resultado de una combinación libre de aproximaciones en torno a una preocupación sustantiva, donde es secundaria la atención a los problemas conceptuales implicados en el análisis del caso y donde ese caso se sitúa "en sí", sin relación a un marco comparativo más amplio. La tercera, finalmente, es la expresión de un Real de Azúa más claramente afiliado —o formado— al amparo de los enfoques "comprensivistas" difundidos en las diversas "ciencias de la cultura", en las que el rol organizador e interpretativo del autor —del investigador— aparece sin control y sólo es evaluable a partir de su potencia persuasiva.

Desde el ángulo de la ciencia política uruguaya, la obra más relevante de Real de Azúa incluye, enteras, la primera y la segunda categorías, y seguramente no se perdería tiempo si se entra a leer algunos títulos de la tercera. Pero concentrémonos aquí en repasar las dos primeras, comenzando por la segunda —porque es más antigua, conocida, y seguramente menor desde el ángulo de la ciencia política, aunque sea inexcusable para el historiador—.

Del patriciado al 71

En algún sentido, al obra de Real de Azúa se centra en el estudio de los procesos y mecanismos de influencia. De alguna forma, las tres categorías establecidas son variaciones sobre el mismo tema de la influencia social y cultural. Pero nuestra segunda categoría acota esos límites en forma precisa: se trata de determinar los mecanismos básicos de constitución del poder y los procesos políticos

—especie privilegiada de influencia, al fin— en el país.

El grupo incluye varias obras, de diverso género: libros, artículos periodísticos, fascículos. El grueso, sin embargo, se reúne en cuatro estudios *El patriciado...*, *El impulso y su freno* —publicado en 1964 por Ediciones de la Banda Oriental—, *La clase dirigente* —publicada en 1969 como número 34 de la colección "Nuestra Tierra" por la editorial del mismo nombre— y el ya mencionado trabajo *Política, poder y partidos*.

En su conjunto, los cuatro recorren tres puntos críticos del proceso histórico uruguayo —desde la fase fundacional hasta el agotamiento histórico del patriciado, desde el comienzo hasta el 'freno" del impulso batllista, el ciclo breve que va desde 1968 hasta julio de 1971— y permiten completar una visión global de los mecanismos "estructurantes" del sistema político, particularmente en términos de la constitución de los elencos dirigentes, su relación con el sistema político y el sistema social.

Como en toda obra, cada jalón es, a la par, redundante e innovador —que no es posible establecer cual es la proporción ideal en que una y otra cosa debieran combinarse en obra alguna—. Pero sin duda es a través de sus componentes redundantes —aplicados, en cada caso, a cuerpos empíricos diversos— donde puede identificarse la operación de un "paradigma" que permite dar cuenta de alguna forma de aquellos mecanismos "estructurantes" que dan cuenta —a su vez— de "lo que pasa". Como creemos que ese paradigma tiene, hoy por hoy, efectiva vigencia y validez, subrayemos tres componentes básicos, que, como se verá, alejan decisivamente a Real de Azúa de los modelos clasistas economicistas dominantes a partir de los 60' en buena parte de las ciencias sociales nacionales.

El primer componente se refiere a la identificación conceptual y empírica de los "actores sociales". Las clases, élites o elencos que influyen en el sistema político —y en el conjunto de la sociedad y la cultura— se constituyen como actores sociales y políticos sin referencia "biunívoca" ni directa a "la base", a la propiedad, más acá o más allá de ella: por cierto, ni la "propiedad —o no— de los medios de producción", ni su posesión directa —o no—, ni la contratación —o no— de trabajo asalariado ni la efectiva realización —o no— de trabajo productivo— los cuatro grandes criterios que permiten categorizar las clases sociales en los modelos clasistas economicistas— son condición necesaria o suficiente para definir a aquellos actores,

aún cuando en ocasiones —obviamente!— puedan contribuir a definirlos. El grado en el que los actores con influencia social son o no "clases" en el sentido de los modelos clasistas economicistas es un problema empírico, y no está definido a priori por la teoría.

El segundo componente se vincula a lo anterior y refiere a la densidad propia, a la irreductibilidad y a la especificidad de "lo político", "la política" y "las políticas", básicamente "emergentes" entre sí, y sobre todo, emergentes respecto al sistema social y cultural. (Algo así como lo que Althusser y Poulantzas, que probablemente producirían escalofríos al estilo y la envergadura intelectual de Real de Azúa, intentan explicar y no lo hacen al hablar de "autonomía relativa"). Para Real, claramente, el sistema político —la articulación de aquellas tres cosas— tiene reglas propias, y, lo que es más importante, es *desde* el sistema político como se constituyen actores, elencos y élites sociales y políticas cuyo rol es decisivo para comprender el dominio y la influencia movilizados en la sociedad. Y así, en *La clase dirigente*, junto a actores constituidos "en la base", a partir de los criterios clasistas tradicionales, aparecen actores como el "personal político", las "élites administrativas y técnicas", o las "élites armadas" cuya realidad no es mera apariencia ni mero factor residual en un conflicto social que se define "en la base" y aparece, más o menos escondido pero siempre activo —aunque sea "en última instancia"— determinando el conjunto del proceso político: propiamente, el sistema político tiene un rol *constitutivo* de los principales actores sociales, y aún en aquellos que se reclutan a partir de clivajes clasistas la densidad propia del nivel político impone su impronta indeleble.

Y así, dado lo anterior, el tercer componente es casi una resultante, y refiere al papel siempre modelador y, en muchos y principalísimos eventos, aún propiamente creador, que desde el sistema político puede asumir la política como aventura humana, como acción de los hombres. Si Real de Azúa llega a la ciencia política a partir de una trayectoria personal que —por así decirlo— comienza por el análisis de las influencias culturales o "del espíritu", en sus últimos años parece particularmente "cautivado" por las posibilidades modeladoras e innovadoras que el sistema político —emergente a "la base", pero *también* a la "cultura"— ofrece a la acción humana, para bien o para mal.

Y en esa perspectiva, Real de Azúa hará de *"la política como acción y como esfera"* el *"centro de interés y punto de partida"* de su quehacer político-lógico, en una perspectiva que muestra una creciente inquietud por trascender su etapa anterior —1961/1971— situándose en el campo de la teoría y del análisis comparativo, y alejándose de la mera consideración sustantiva de "cómo es la cosa, acá, en este país".

Quien lea con atención los principales trabajos de Real de Azúa en lo que hemos llamado "segunda categoría" o "segundo período", encontrará que en cada obra se registra una mayor preocupación por problemas propiamente teóricos. Esa preocupación, casi inexistente en *El patriciado...* —apenas una breve disquisición en el contexto de las teorías de las clases— realmente inexistente en *El impulso y su freno*, aparece primicialmente en *La clase dirigente* para poner en discusión la teoría de las clases, las diversas perspectivas de estratificación social, la teoría de las élites, las articulaciones entre esas teorías, las categorías de "dominio" y "dirección", etc. y se manifiesta ya plenamente en *Política, poder y partidos...*, al punto que el trabajo se abre como una discusión propiamente teórica *"sobre la idoneidad de un tipo político y su adecuación al caso uruguayo"*. Y desde allí en más, será la teoría en cuanto tal el campo privilegiado de preocupaciones, aún cuando no deje de "aplicarse" en forma "ilustrativa" y exploratoriamente "probatoria" al "caso uruguayo".

En la tercer fase de la obra de Real de Azúa, el cociente entre "redundancia" e "innovación" es bastante menor que en la fase anterior. Claro está, existe detrás del conjunto algo así como un "paradigma personal", propiamente rastreable y seguramente consistente, que continúa y reafirma los tres componentes que describimos brevemente en el punto anterior. Pero esta nueva etapa de Real de Azúa puede verse como un crecientemente acelerado proceso de incorporación temática, bibliográfica y metodológica, que culmina en una obra formidable: *El clivaje mundial eurocentro-periferia (1500—1900) y las áreas exceptuadas: (para una comparación con el caso latinoamericano)*, redactado a fines de 1974 y comienzos de 1975, editado en forma mimeográfica por el Centro de

Informaciones y Estudios del Uruguay (CIESU) en 1976, y recientemente publicado por CIESU-ACALI en 1983. Este último período requiere aún su inventario y balance, pero vayan algunas ideas en su torno, con el espíritu de volver al tema y buscando —sobre todo— estimular su lectura.

La tercer fase de la obra de Real de Azúa —como dijimos— se abre con la publicación de *Legitimidad, apoyo y poder político* y coincide bastante bien con el acceso del autor a la Cátedra de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Económicas y Administración. Y en esa obra Real entra de lleno al tema principal de la ciencia política —nadie es nunca tan fuerte como para conservar su dominio, si no logra transformar su mandato en derecho y la obediencia en deber, al decir de Rousseau—, al autor más importante del tema— Max Weber, por supuesto— y a un punto crítico del análisis del sistema político uruguayo —las bases, fuentes y tipo de legitimidad—. El desarrollo del tipo de "legitimidad retributiva" y su aplicación al caso de los caudillos tradicionales del Uruguay es, probablemente, la mayor originalidad y riqueza del trabajo. De hecho, el tipo de "legitimidad retributiva" —ni racional legal ni carismática ni tradicional, sino propiamente "retributiva", una suerte de pacto particularista en el que se obtienen beneficios mutuos para dominantes y dominados— se muestra como particularmente fecundo para explicar el rol del sistema de caudillos en el pasado nacional y avanzar hacia la comprensión de ciertas características estructurales del sistema político uruguayo: la política de "clientelas", la inconvertibilidad electoral de las adhesiones de base clasista, la importancia del clivaje urbano/rural en la determinación del comportamiento electoral, las características del sistema de poder local, etc.

La segunda obra de importancia de Real de Azúa en el campo teórico de la ciencia política es *La política como acción. El sistema político*, esbozo de un "manual" del tema publicado en dos volúmenes por la Oficina de Apuntes del Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas y Administración (CECEA) buen ejemplo del relevante rol cultural cumplido por los centros estudiantiles en otros tiempos. Y allí Real, aparte de ilustrar la rapidez con que se había "puesto al día" con la bibliografía mundial de ciencias políticas, desarrolla por primera y única vez su perspectiva teórica en el campo. No es posible dar cuenta aquí de esa perspectiva,

pero sí subrayar que la obra explicita e ilustra, esa elección de hacer de *"la política como acción y esfera"* el centro estructurante del análisis, descartando enfoques alternativos como los centrados en el poder, en el sistema político, en la decisión autoritaria, la estructura de autoridad o en el Estado, que congregan los aportes de los principales autores contemporáneos en ciencia política —desde Easton hasta Poulantzas, pasando por Freund, de Jouvenel, Mac Iver, Moore Jr., Apter, Almond, Coleman, Miliband y el grueso del aporte latinoamericano—. Allí Real de Azúa se afilia a cierta "mirada constructiva" en el campo de las ciencias sociales, que puede afirmarse en una lectura de Marx, en otra lectura de Parsons, en las lecturas de Lenin y Gramsci y que implica necesariamente el aporte decisivo —como enfoque y como estilo— de Weber.

En los tres o cuatro años que van desde la edición de *La política...* hasta la redacción de *El clivaje...* —probablemente, *la obra*—, Real de Azúa "devora" literalmente la bibliografía moderna en ciencia política, y verifica lo que indudablemente configura un giro insólito en una historia intelectual personal. Que, leído desde ahora, el giro era predictible, siempre podrá sostenerse; pero que su probabilidad en un intelectual "promedio" es extremadamente baja, parece claro. En su historia intelectual Real de Azúa pasó de una preocupación centrada en la literatura a una preocupación centrada en la ciencia política; de una preocupación basada en las influencias culturales a una preocupación centrada en la política como acción; de una preocupación viva y prioritaria por "qué pasó en este país" a una preocupación por la teoría; del pequeño marco fáctico de la comarca a una preocupación por la comparación "empírica" a escala mundial; de un quehacer intelectual marcado por la metodología y la perspectiva del idealismo alemán más culturalista a un enfoque cada vez más basado en la "prueba"; de una confianza en la propia capacidad de intuición y comprensión, al reclamo de la contrastación —al menos— intersubjetiva, y de un estilo preocupado por la aprehensión de "totalidades significativas" a un enfoque analítico que puede formalizarse como un "esquema de variables" —tal como anota, adecuadamente, Carlos Filgueira en su prólogo a la edición reciente de *El clivaje...*—. Algún día habrá que dar cuenta detallada de ese cambio y sus razones, y será de particular interés estudiar qué de lo viejo quedó impreso en lo nuevo, y en qué grado contribuyó a enriquecerlo en términos conceptuales, empíricos y aún humanos. Pero más allá del rastreo de esa evolución, la *mera consideración* de *"El clivaje..."* daría pie para un trabajo bastante más largo que éste. En tren de subrayar un rasgo para un balance, desde el ángulo de la ciencia política y de las ciencias sociales en general, *El clivaje...* muestra que el enfoque sustantivo, de "caso único", no alcanza para comprender ni siquiera ese caso, y que de la indagación "sustantiva" del caso debe avanzarse hacia la teoría, sólo validable en un marco comparativo, en que el "caso" —probablemente, motivo principal de nuestra preocupación, y aún pasión, teórica y práctica— sea "situable en campo de datos" a lo largo de un esquema de variables, que, en términos conceptuales, deben ser independientes entre sí. Esa aproximación —si es cierta— pone en radical cuestión todos los intentos tradicionales de una "sociología nacional", conceptualmente descartados hace tiempo, pero en definitiva reinantes en la práctica actual de las ciencias sociales académicas "de alternativa". Y así, la evolución intelectual de Real de Azúa es también un juicio sobre la situación actual de las ciencias sociales uruguayas.

En fin

No está hecho aún un inventario de la ciencia política en el Uruguay. (En rigor, tampoco hay mucho de qué hacer un inventario). Pero con justicia y seguridad puede afirmarse que la ciencia política en el Uruguay no existe *sin* Real de Azúa. Con apenas menos seguridad y el riesgo de alguna pequeña injusticia puede afirmarse también que no existe *hasta* Real de Azúa. (Con la excepción de la obra del Dr. Alfredo M. Errandonea, orientada a la investigación empírica, puede considerarse inexistente la obra original de la Cátedra de Ciencia Política de la Facultad de Derecho). Y deplorablemente, tendemos a pensar que con iguales riesgos de seguridad y justicia podría afirmarse que casi no existe, tampoco, *desde* Real de Azúa. Los que —después de él— hemos intentado algo, nos nutrimos de él, en forma consciente o inconsciente, pero sobre todo, no hemos alcanzado el nivel de la tercera etapa de Real: los estudios desarrollados estos años —por Filgueira, González Ferrer, Martorelli, De Sierra, Cosse, Rial o nosotros mismos— son estudios "sustantivos", centrados en ver "qué pasa acá", despreo-

cupados —aún— de la teoría y del marco comparativo. El aporte de Real de Azúa a la ciencia política en el Uruguay muestra que, sin ese salto, ni siquiera llega a haber "explicación del caso" y sólo hay, ilusoriamente, una ciencia política "en estado práctico" —esto es, digamos francamente, no como ciencia—. Pero también, además de juicio, la obra de Real y su itinerario intelectual es invitación al avance y víspera de su efectiva consolidación.

DE GIGANTES Y DE PIGMEOS

Mariano Arana

Hace pocas semanas atrás, Manuel Flores Mora, en uno de sus atrapantes escritos, nos hacía saber que el uruguayo Guillermo Caprario podría haber aprendido el idioma de los pigmeos en procura del apaciguamiento de una tribu salvaje.

¿De qué habríamos de sorprendernos ya los orientales, ante las reiteradas hazañas de que han dado prueba —y por cierto que la siguen dando— tantos compatriotas en los más diversos ámbitos de actuación?

Nos hemos habituado en efecto a integrar sin sobresaltos, pericias, realizaciones y talentos avalados por la consagración externa. Pero hemos ido perdiendo, en lo interno, capacidad de sorpresa y sensibilidad crítica para descubrir y ponderar la real significación de algunos de nuestros creadores de estatura mayor.

¿Cómo determinar, para el caso concreto, la "real significación" de Carlos Real de Azúa? ¿Cómo evaluar la amplitud y profundidad de su legado?

Ciertamente, no me corresponde a mi la valoración global de una personalidad de tan variados perfiles. Sencillamente, no está a mi alcance hacerlo. Creo sí, poder dar testimonio circunscrito a un área específica. La mía propia. La vinculada al entorno construido y al espacio urbano.

Real de Azúa tenía por el país un entrañable cariño. Cariño que se nutría con el conocimiento esencial, el estudio permanente, la discusión lúcida sobre sus potencialidades, sus limitaciones, sus peculiares facetas. Sobre su viabilidad misma. Y tenía igualmente, un entrañable cariño por su ciudad. La conocía palmo a palmo. Caminador incansable, anclaba su legendario y modestísimo Morris en una esquina cualquiera y salía a deambular por las calles de la Comercial, el Prado, la Unión, la Aguada, el Reducto, el Cerrito, Atahualpa, Arroyo Seco, Peñarol, o el Pocitos menos transitado y ostentoso.

Innúmeras veces, Montevideo fue para él objeto de un itinerario obstinado y permanente. Siempre diferenciado y en el fondo sin embargo, siempre el mismo. Porque la ciudad es, simultáneamente, instante y proceso; unicidad y pluralismo. Para quien sabe interpretarla, se constituye, más allá de un andamiaje material, en metáfora de su gente y de su historia. Su lección no se manifiesta en bloque, sino a través de la pluridimensionalidad de sus lecturas posibles y la dilatada diversificación de vertientes cognoscitivas.

En verdad, pocos, quizás nadie capacitado como él para una aproximación comprensiva al fenómeno urbano. Un barrio, un espacio público, un edificio, una modalidad arquitectónico-expresiva, fueron para Real de Azúa, otros tantos referentes de un momento histórico dado, de una concreta capacidad económica y productiva, de una precisa relación de las fuerzas sociales en juego, de las pautas de confort dominantes, de una particular percepción estética y cultural, de una determinada concepción de la vida y el prestigio social. Encaró a la ciudad —como al país todo— con visión analítica y a la vez integradora: regional y a la vez ecuménica; documentada y a la vez emotiva.

Entendió a la ciudad —y al país todo— como gesta colectiva. Creyó firmemente que sólo en la justicia podría cimentarse un proyecto de nación legitimado por amplio consenso.

"Cuántos sacrificios estaríamos dispuestos a admitir los uruguayos, si creyésemos cabalmente que con ellos se beneficia la comunidad", me confiaba Real de Azúa poco antes del golpe militar.

Para el logro de aquella justicia, buscó sin descanso la obtención de la verdad. La buscó tenazmente, procurando abarcarla en su complejidad, en sus contradicciones, en la multiplicidad de sus matices. La buscó sin rehuir la densidad conceptual y reflexiva; sin rehuir el rigor sistemático. Sin rehuir tampoco, el compromiso personal y la preocupación sensible. La buscó con libertad de criterio e independencia de juicio. Y en ello reside, probablemente la razón de su ostracismo. Libertad e independencia no son valores confiables en época de subordinación y censura.

Real de Azúa vivió sus últimos años como exiliado en su propio suelo. Su desaparición se produjo, para oprobio de todos, en medio de un casi absoluto silencio. Silencio que se prolonga, inconmovible, durante los siete años que nos separan de su ya lejana muerte. Es que en esta última década, la arquitectura, como la ciudad, como el país, como la población y sus relaciones de convivencia, se han degradado. Individual y colectivamente, el sistema imperante nos ha empobrecido. Económica y culturalmente nos empujó a la indigencia.

Fue propósito visible trabar la información, limitar el pensamiento, minimizar las mentes, ensayando el insensato suicidio de un "jibarismo" ilustrado.

Pero el reduccionismo obcecado toca a su fin. Su suerte está echada.

A la hora de re-crear, de re-componer, de re-construir, nos cabe la responsabilidad de recobrar para la comunidad, obras y autores relevantes y sin embargo acallados. Real de Azúa, a no dudarlo, se cuenta entre ellos. Su rescate resulta impostergable, para que no se perpetúe como gigante solitario en país de pigmeos.

LA AVIDA CURIOSIDAD POR EL MUNDO

Tulio Halperin Donghi

La trayectoria intelectual y vital de Carlos Real de Azúa lo muestra en una relación peculiarísima con su tiempo y su Uruguay: en éste era sin duda una figura excéntrica, y sin embargo su mundo de referencia no podía ser más uruguayo, ni estar más marcado por la crisis de un tiempo convulsionado, desde que se asomó a él en la década del treinta, cuando la marea ascendente de los fascismos ocupaba el primer plano, hasta su muerte misma, luego de haber asistido —como espectador apasionado y participante nunca libre de reticencias— a tantos otros flujos y reflujos de tantas otras mareas.

Esa trayectoria problemática es lo que más eficazmente trasunta a sus escritos de una vida no marcada por otra parte por transiciones bruscas. Esta no podría haber avanzado de modo más lineal: nacido en Montevideo, iba a abandonar su casa natal junto con sus padres, en 1942 por el apartamento que iba a ocupar hasta el fin, en compañía de una riquísima biblioteca, y de una fidelísima doméstica. Abogado poco entusiasta, sólo muy tarde abandonaría del todo el foro por la enseñanza, que ya había comenzado a ejercer mucho antes y que iba a seguir ejerciendo hasta no mucho antes de su muerte. Sus viajes —salvo los de Buenos Aires, que no podía contar como el extranjero— fueron poco frecuentes hasta sus últimos años, pero (acaso por eso mismo) dejaron fuerte huella en una vida marcada con igual intensidad por otros incidentes exteriores, desde el de España, que en 1941 inspiró una inflexión decisiva en la marcha de sus ideas.

Esas experiencias tan influyentes son en suma las de un observador, así fuese él apasionadamente participante: es ocioso buscar en la obra o en otros testimonios la huella de otras de las que hubiese sido menos vicariamente protagonista, en parte porque un recato invencible le hacía impensable el cultivo de cualquier literatura confesional, así adoptase ella el modo alusivo, en parte también porque —por lo que puede adivinarse— su vida no conoció crisis resolutivas (salvo la que se columbra poco antes de su muerte). No podía quizá conocerlas: en el plano más personal estuvo ella encerrada en un *impasse* por definición insoluble entre exigencias y aspiraciones vividas como intrínsecamente contradictorias, y ello desde su temprana conversión que, en una brevísima cronología de su trayectoria ideológico-política, fechó en 1934, es decir a los dieciocho años.

Una versión atendible quiere que haya influido en ella la lectura de Julien Green, cuyo *Pamphlet contre les catholiques de France* ofrecía en prosa neopascaliana una requisitoria cerrada contra quienes habían reducido a una fe a la vez esperanzadora y terrible a las dimensiones de la más rutinaria cotidianeidad. Frente a ellos el reciente converso yankee-francés evocaba la admirable intolerancia de la España del Siglo de Oro, para quien la fe había sido asunto de vida o muerte, y no el amable trasfondo sentimental para la misa que antecede al almuerzo en familia de los domingos. Para Carlos Real de Azúa se trataba, como para Green, de una conversión; entre la fe que había recibido en la infancia —de una madre a la que adoraba— y abandonado luego, y la que ahora se apoderaba de él como de una presa parecía no haber medida común. Y la que ahora proclamaba suya se revestía de la radical intransigencia que Green quería para la propia: su identificación aún más precisa con el catolicismo a la antigua española —que pronto iba a seguir— parecía confirmarlo aún más.

La confianza en la conciliación e integración que subtendía aún su apasionada exaltación de la intolerancia, se apoyaba además en otro rasgo que figuraba entre los más hondos de su personalidad intelectual: una incansable curiosidad por la variada, ambigua, inagotable riqueza del mundo en torno. Mientras su mundo interior se le daba bajo el signo de la contradicción, entre alternativas insuperables, el que le ofrecía su experiencia exterior se ubicaba bajo el de esa pululante multiplicidad y su reacción instintiva frente a ella era tratar de entenderla en toda su riqueza, más bien que oponerle a fuerza de aceptaciones y negaciones, una versión depurada pero también empobrecida.

Sobre todo por esa curiosidad se iba a dejar guiar en esa exploración tan libre y a la vez tan disciplinada que es el tema de toda

su obra. Como nota muy finamente Lisa Block, en su despego por la literatura confesional había algo más que un rasgo de pudor: él se apoyaba en la convicción de que, si los desgarramientos del mundo interior son sin duda importantes (cómo podría no creerlo si creía que del modo en que los resolviese dependía su salvación o perdición eternas) eso no los hace necesariamente interesantes: interesante es el mundo en su rica, desconcertante variedad.

La curiosidad por la varia riqueza del mundo —siempre tan poderosa— madura por fin en interés autónomo por la realidad histórica. En 1950 *Ambiente espiritual del 900* lo muestra capaz de definir con pulcra precisión el nivel de realidad que se propone someter a análisis, que designa en lenguaje orteguiano como el de "ideas y creencias". Bajo ese signo coloca una breve exploración del *outillage mental* de que disponían los hispanoamericanos entre 1895 y 1905. El cuadro que nos ofrece no sólo es admirable por su concisa precisión, su justa seguridad de tono. Es admirable todavía porque no es propiamente hablando un cuadro; Real de Azúa no olvida ni por un instante que la realidad que examina es dinámica; esa "aguja de navegar diversidades" en la que confía debe permitirle también, en consecuencia, distinguir "la muy diferente vitalidad de lo retardado, de lo germinal, de lo vigente y lo minoritario". Así el análisis de las ideas se transforma en auténtica historia de las ideas, con clara vocación de volcarse en una historia sin adjetivos limitativos.

Esa historia se apoya en un saber muy seguro acerca de realidades pasadas cuya relevancia para las que habían sido sus angustiosas preocupaciones dominantes no es nada evidente; hay que concluir que aún en la etapa en que éstas lo habían obsesionado su aproximación al mundo de las ideas y de la cultura tuvo una dimensión más hedónica y desinteresada de lo que retrospectivamente se le aparecía: su nativa agudeza no podía sino haberle revelado bien pronto que en toda esa mediocre literatura y mediocre prosa de pensamiento de las que ahora mostraba tener un conocimiento tan seguro, no podía esperar hallar la clave para las preguntas que lo habían atenazado; habían sido entonces otros estímulos los que lo habían atraído hacia ella.

Esos estímulos no eran sólo los de una golosa curiosidad ante la variedad del mundo exterior; venían también del respeto hacia la

maciza realidad de ese mundo exterior. El contacto con la España de Franco no lo había llevado a disminuir su comprensión simpática por la figura de José Antonio, pero sí a admitir que las virtudes que la hacían atractiva no la hacían menos irrelevante a la sombría y sórdida realidad española. Frente a Martínez Estrada y su pensamiento desesperado, le bastaba ahora evocar la figura física de la Argentina de 1946. Su vivo interés por las ideas y su historia se combina así con una desconfianza igualmente viva por las ideologías, como enmascaradoras de la realidad, que sobrevive en perpetua lucha con una tendencia igualmente profunda a la adhesión afectiva a ciertos complejos de ideas.

Es esta una de las tantas tensiones que caracterizarán para siempre a su estilo intelectual, que tendrá su paralelo en la que se da entre su visión de la realidad como "diversidad", como variedad pululante, y su convicción de que su tarea era no sólo evocarla en esa riqueza inagotable, sino descubrir un modo de orientarse en ese laberinto sin traicionar esa contradictoria variedad de su objeto. El instrumento que buscaba para superar esa tensión era un efecto una "aguja de navegar diversidades", no un enrejado de categorías que las reduce a artificial homogeneidad, y su búsqueda subtiende su exploración de la historia, primero centrada en la de las ideas, y luego volcada hacia áreas temáticas cada vez más amplias. Ella va a imponer a esa exploración una estrategia que será característica de los trabajos de Real de Azúa, marcada por constantes zigzagueos y retornos al punto de partida, necesarios para hacer justicia a una realidad cuyos caminos parecen bifurcarse a cada paso. La tendencia no hará sino acentuarse, [*como lo demuestra*] la comparación entre este escrito de 1950 y *El modernismo y las ideologías*, publicado póstumamente, que cubre sustancialmente el mismo territorio, y en la cual la límpida línea de análisis se apoya en unas desmesuradas notas desbordantes de cosas y de rápidos escorzos, de realidades más aludidas que propiamente evocadas, notas en conjunto bastante más extensas que el texto al que sirven de sostén y glosa.

Esa abrumadora acumulación de hechos y argumentos ceñidos a los datos de la realidad empírica podía parecer quizá fruto del ensañamiento polémico: era sobre todo desconfianza frente a las construcciones de ideas, a las ajenas no más que a las propias. Y

es frente a estas últimas donde esa desconfianza cumple su función correctiva con máxima eficacia. Es en ese sentido ejemplar su obstinado combate contra quienes postulan un "arielismo" latinoamericano, inspirado en Rodó. Pese a que Real de Azúa se identifica afectivamente con más de un aspecto de ese vilipendiado arielismo, no se propone en absoluto reivindicarlo, sino sobre todo señalar todo lo que apartaba de él a Rodó; éste era demasiado ecléctico, demasiado moderado, en suma demasiado uruguayo, para identificarse por completo con un combate de retaguardia contra los avances de la nueva sociedad de masas.

Los artículos polémicos de Real de Azúa los publica sobre todo *Marcha*, y por una década larga, a partir de mediada la del cincuenta, en el público de *Marcha* va a encontrar el suyo propio. Es demasiado pronto para que se haya estudiado qué significó *Marcha* no sólo en el Uruguay, en esos años; es quizá demasiado tarde para que el recuerdo baste para saberlo, sino a unos pocos: un semanario que ofrecía del Uruguay del cada vez menos plácido otoño de la era batllista una imagen crítica, pero implícitamente enaltecedora, gracias al testimonio de su mera presencia en el que entre otras cosas el análisis y la crítica cultural alcanzaba una extrema riqueza y sutileza, y se ofrecía cada viernes en pasto a una masa de lectores inesperadamente vasta, sin que éstos se fatigaran al parecer jamás de todo ello. Un remedo democratizado del público letrado (de curiosidad más vasta que disciplinada, pero enormemente receptiva) que Hispanoamérica había conocido al filo del siglo, y que había dado el contorno necesario a una legión de ensayistas y cronistas capaces de estilizar en formas literariamente refinadas la experiencia inmediata de sus lectores, se ofrece así a Real de Azúa y le hace posible desarrollar su obra dando rienda suelta a tendencias que son desde el comienzo muy poderosas en él.

Sólo que, sin variar en nada esa actitud esencial, Real de Azúa iba a participar de modo cada vez más apasionado en el redescubrimiento de una quemante problemática político-social, que iba a agregar urgencia al debate cultural en la década del sesenta, antes de contribuir a desencadenar otros menos incruentos. En este aspecto su avance no iba a ser un absoluto lineal. Según el breve itinerario trazado por él mismo, tras de pasar "del antitotalitarismo al tercerismo y al ruralismo" entre 1942 y 1959, la etapa de 1959

a 1965 lo orientó "hacia la izquierda y la acción autónoma"; el punto de llegada fue su adhesión a la "izquierda balanceada" entre 1965 y 1970; desde 1970 se ve como "el abogado del diablo de la izquierda y el marxismo".

La crisis latinoamericana abierta por la revolución cubana no lo impulsa, como se ve, a modificar su sistema de referencia; lo persuaden más bien de que las disyuntivas irremediablemente inactuales que lo apasionan están recuperando una inesperada vigencia actual. La excelencia de las dos obras históricas que publica a comienzos de la década del sesenta nace de que en ambas ha logrado admirablemente disciplinar ese ambiguo estímulo sentimental poniéndolo al servicio de reconstrucciones magistralmente matizadas y equilibradas de dos etapas de la vida uruguaya.

De esas dos obras *El patriciado uruguayo* es la más feliz, en todos los sentidos del término: esta perfecta joya de la historiografía hispanoamericana es ante todo el fruto de una afinidad profunda entre el autor y su tema: aunque está lejos de ser la "payada inteligente" a la que la reduce privadamente en carta a su sobrino Santiago Real de Azúa, y se apoya por el contrario en un material excepcionalmente rico y admirablemente controlado, se ubica bajo el signo del gozo más bien que del esfuerzo.

Pero si esa afinidad le abre el camino a una comprensión prodigiosamente segura de la realidad que estudia, ella no le impide advertir con infatigable lucidez las muchas limitaciones de ese grupo que se quiere dirigente y sólo ocasionalmente se salva de ser marginal a un territorio bravío y una sociedad fragmentada contra sí misma. Su cariño por el patriciado lo impulsa a revivir desde dentro sus limitaciones como límites que le son impuestos, y por lo tanto con una perspectiva más fecunda para el análisis histórico que la de la diatriba póstuma, tan frecuentada por historiadores y ensayistas por esos años. Ese cariño no lo arrastra nunca a las deformaciones magnificadoras o embellecedoras que son la alternativa más habitual a esas diatribas. Sobre la moralidad colectiva del grupo patricio ofrece un balance sin ilusiones: es la que puede esperarse de quienes deben defender su autorrespeto, su patrimonio, su supervivencia social misma contra acechanzas casi cotidianas; la mezcla fascinante de noble candor y criollísima malicia de algunos de sus héroes la evoca con ánimo comprensivo y compasivo;

nunca la toma por lo que no es, y su escepticismo se hace zumbón frente a algunos ejemplos precoces de los "fiscales de la República", Catones aspirantes al catonato rentado, que ya aparecen ocasionalmente en esa etapa temprana.

Su escepticismo corroe también, e igualmente de modo nada militante, buena parte de las nociones aceptadas sobre el pasado uruguayo. Los caudillos y la *communio mystica* entre ellos y las masas rurales, misterio gozoso evocado entre transportes por sus admiradores póstumos, son sometidos al mismo examen sonrientemente desmitificador: las masas que se supone guiadas por instintos tan oscuros como certeros esperan de su caudillo servicios muy precisos. Y por otra parte esa masa no es todo el séquito caudillesco, y sería difícil interpretar las relaciones —tan importantes— entre por ejemplo Rivera y el clan de los Obes como fundadas en lealtades primarias, irrazonadas y pasionales. *El patriciado uruguayo* se inscribe así implícitamente en contra de las versiones fuertemente dicotómicas de la historia nacional; y no sólo la que se centraba en la oposición entre doctores y caudillos, sino la más reciente que la organiza alrededor de las luchas de los partidos históricos. Esas versiones no sólo centran la historia nacional en la historia política; más grave es que ofrezcan de los protagonistas de ésta una imagen a la vez simplificada y rígida que no respeta las ambigüedades de una realidad más indefinida e indiferenciada de lo que esas versiones quieren reconocer. Y a la vez más abierta a la contingencia; lejos de ofrecer el esqueleto de la historia nacional, los partidos tuvieron durante largas etapas significación muy disminuida; su desaparición, que estuvo en los votos de tantos hombres públicos en la segunda mitad del siglo, fue a juicio de Real de Azúa una posibilidad real en la etapa en que ella se dio en efecto en la Argentina. El mismo surgimiento de una nacionalidad en el Uruguay le parece colocado bajo el signo de esa contingencia hasta mucho más tarde de lo que generalmente se admite; ello le permite no sólo eludir las acrobacias interpretativas que hacen posible a algunos historiadores prolongar hacia el pasado la prehistoria del sentimiento nacional uruguayo, sino registrar sobriamente el consenso patricio que por un instante rodeó a la Cisplatina.

Si se niega a ordenar la historia del siglo XIX oriental en torno a una historia de corrientes políticas abusivamente reificadas,

es para rescatar no sólo la ambigüedad de la política de esa etapa, sino más aún la rica complejidad de una sociedad en proceso de autodefinición. Esta es, por detrás del patriciado, la protagonista de su libro y además sobre ella dirige una mirada a la vez afectuosa y desmitificadora.

Su mayor sobriedad frente a la problemática política es quizá facilitada por su ingreso a la enseñanza universitaria como profesor de Ciencia Política en la Facultad de Ciencias Económicas. Hasta entonces había profesado en liceos y en el Instituto Artigas historia y literatura, cuya enseñanza se adaptaba muy bien a la marcha espontánea de su pensamiento y a su modo también espontáneo de aproximarse a los problemas de la sociedad y la cultura. En la ciencia política ve la oportunidad para hacer suyo un modo alternativo de aproximación a éstos. Nótese que nada lo hacía necesario, en Francia Jouvenel o Duverger hacen ciencia política perfectamente respetable sobre la base de recursos análogos a los que Real de Azúa poseía de antiguo: un conocimiento sólido de los clásicos del siglo XVIII y XIX y la agudeza necesaria para percibir el mundo en torno. Pero a ese ejemplo prestigioso va a preferir el de la ciencia política norteamericana, con su indigencia cultural, pobreza especulativa y abstracto empirismo, y quizá más de uno encontrará levemente irritante que —tras de denunciar todo eso abundantemente— entrara a profesar a ratos viva devoción por Samuel Huntington, cuyo éxito se debe, quizá más aun que a su identificación con el orden político norteamericano, a que encarna quizá mejor que nadie esos rasgos dudosamente admirables de la tradición intelectual de su país. Ese interés por una actitud que le era radicalmente extraña surge quizá del descubrimiento de que otras a él más afines le servirían menos en el momento en que la actitud con que se ha aproximado siempre a la actividad política acaba de revelársele como radicalmente inadecuada.

Esa actitud debe ahora adaptarse a las necesidades de una disciplina que no puede ser estrictamente individual. No sólo la aproximación a un cierto estilo de ciencia política, sino otros estímulos externos, impulsan su estilo intelectual en la misma dirección. El Uruguay vive, en medio del cotidiano agravarse de su crisis, un efímero florecer de empresas editoriales: en ese nuevo contexto Real de Azúa va a ofrecer una serie de estudios breves, ordenados en torno a un tema más que a un problema, que tratan de combinar

lo informativo con lo crítico-analítico. Es este un esfuerzo que no es del todo nuevo en él, pero si hasta ahora había encontrado su terreno propio en el estudio literario y de historia ideológica, va a invadir el de la historia y el análisis político. A él debemos una breve historia del Uruguay, que marca sin estridencias, en un texto cuyo orden exterior refleja (por primera vez plenamente) la disciplina rigurosa del estilo intelectual de su autor, una imagen del pasado nacional alternativa a la dominante en la historiografía uruguaya; debemos también un escorzo admirablemente equilibrado de la trayectoria de los grupos de presión en el Uruguay, pero debemos sobre todo un muy lozano *Herrera*, que recupera la felicidad de tono del estudio sobre el Patriciado; de nuevo Real de Azúa no olvida ni por un instante las graves limitaciones de su personaje, pero no puede evitar encontrarlo invenciblemente simpático, a través de esas limitaciones mismas.

Esa tardía experiencia de acción colectiva se cerró —es bien sabido— con una derrota para él no inesperada. Ella tuvo consecuencias personales: la más directa fue el fin de su carrera docente, que ya se le había hecho cada vez menos grata debido al clima en que debía desenvolverse. Las menos directas lo afectan con mayor dureza: resuelta la larga *impasse* político-social, lo que muere no son sólo las contradictorias esperanzas de aquellos a quienes se había sumado. Muere también por fin, tras de su interminable, fiera agonía de más de una década, el Uruguay creado bajo el signo del batllismo, que había sido el marco para una existencia cotidiana marcada por algunas costumbres queridas. Culmina ahora, por ejemplo, la mutación de la ciudad, impuesta por la crisis de la sociedad urbana, que se ve intensificada por el desenlace de la crisis política. Montevideo no tiene ya un centro que es patrimonio de todas las clases; las prósperas construyen su propio espacio social al borde del mar, separado del resto por el espesor de los barrios ricos; mientras tanto, van cerrando uno tras otro los cavernosos cafés de la ciudad vieja y la nueva, que fueron la sede verdadera de la vida intelectual durante tres cuartos de siglo. El andamiaje institucional de ésta no resiste mejor los embates del cambio: es todo un estilo de convivencia intelectual el que está terminando de morir junto con la sociedad que lo había hecho posible.

En sus escritos más tardíos adopta un estilo de indagación y

presentación más sistemático: el modelo para éste lo encuentra en las disciplinas que han tomado por tarea estudiar sistemáticamente los temas por él frecuentados: cree desde ahora vedadas las excursiones antes tan libres en las fronteras entre los territorios de la ciencia política, la histórica o la literaria, y el contraste con el paso más vivo y la marcha aparentemente más caprichosa de sus escritos anteriores es lo primero que salta a la vista.

Como en casos anteriores, esa evolución, dictada por necesidades interiores, es facilitada por cambios en sus circunstancias. El ensayo, y la polémica los había cultivado en el marco de una relación con el público que no había sobrevivido a la crisis de su Uruguay. Sin duda, aún luego de ella iba a reunir en *Historia visible e historia esotérica* algunos de esos textos, que superan airosamente el compromiso implícito en la publicación en libro, pero hubieran sido indudablemente distintos si hubiesen sido escritos con ese destino. Los que ahora escribe verán la luz en publicaciones más especializadas y profesionales; no ignora que los más extensos corren riesgo de permanecer inéditos por largo tiempo, debido entre otras cosas a la disminuida actividad de la industria editorial uruguaya.

En estos escritos tardíos renueva más el estilo de aproximación a temas y problemas que el elenco de estos. El más extenso de los consagrados a temas de ciencia política. *El clivaje mundial centro-periferia (1500-1900) y las áreas exceptuadas (para una comparación con el caso latinoamericano)*, aborda uno cuya importancia había anotado al pasar en su conmemoración de Paysandú. La pregunta es qué por el Japón y por su parte Estados Unidos y los *Dominions* blancos, incorporados primero a la periferia del mundo capitalista, escaparon a esa condición periférica sin salir de la esfera capitalista, y por qué Hispanoamérica no lo logró. La marcha de la exploración es algo titubeante, decidido a acatar la metodología de la ciencia política, Real de Azúa no parece muy seguro de dominarla; ello hace que no siempre subraye con la nitidez necesaria las conclusiones que ha alcanzado, y prefiera presentarlas con modestia infundada como sugerencias para futuras exploraciones.

Una de las que así anuncia fructifica en el artículo que publica la revista de la CEPAL sobre la dimensión del estado-nación y el estilo de desarrollo constrictivo. También aquí retoma una vieja preocupación: en más de uno de sus escritos se revelaba hasta qué

punto se había resignado mal a la frustración de destinos históricos alternativos que hubiesen podido deparar a su Montevideo un contorno nacional más vasto que el Uruguay de 1830. Pero ahora se vuelve sobre todo al presente: tras de una introducción que rastrea el tema de la dimensión del estado desde Aristóteles hasta Tocqueville, ofrece un examen ceñido de las facilidades que un país pequeño de territorio y de población homogénea, acotado por vecinos más grandes, ofrece a un "estilo de desarrollo constreñido" (caracterizado por una minuciosa desmovilización política, social y económica y un muy lento progreso económico). Concluye que un orden así caracterizado puede implantarse establemente ya que no genera fuerzas capaces de desafiarlo con éxito. En tono sobrio y neutro, expresa así la convicción de que ese Uruguay irreconocible que acaba de emerger de la crisis le ofrecerá el marco para lo que le quede por vivir.

Por oposición a ese presente que anuncia un largo futuro, el entero pasado nacional se le presenta dotado de una homogeneidad nueva. Si, al ver avanzar la crisis, había proclamado la necesidad de reconciliar los legados de la Tierra Purpúrea y el Uruguay batllista esa tarea se le aparece como cada vez menos problemática, ya que ambos, vistos retrospectivamente, son menos antiestéticos de lo que le había parecido. La nostalgia del Uruguay premoderno se integra en la de la civilización liberal, cuyos blandos encantos había solido apreciar menos, y que ahora ve dominando con sus prestigios todo el pasado nacional, aún en medio de la dureza a ratos salvaje de la lucha facciosa.

La ausencia de esa dicotomía entre tradicionalismo y apertura al futuro, en que había reconocido una de las claves de la historia nacional, es un rasgo negativo pero esencial del punto de vista reflejado en otro vasto manuscrito, en que explora los orígenes del sentimiento nacional en el Uruguay, en fiera polémica contra quienes declaran descubrir su presencia en fechas muy anteriores a 1828. La hostilidad contra el uso de la historia como materia prima de mitos patrióticos se extrema contra quienes —dominando los requisitos artesanales de la reconstrucción histórica— traicionan deliberadamente su espíritu. ¿Algo más que la defensa de la honradez histórica contra algunos supuestos cultores desinteresados de la historia científica ha inspirado este torrencial esfuerzo erudito? Real de Azúa probablemente opinaría que no: que el intelectual busque la verdad le parecía a la vez un principio moral y un dato irrecusable de su experiencia; ver a algunos desertar de esa búsqueda era para él un espectáculo intolerable y expresar tan extensamente como es necesario hasta qué punto lo era podría parecerle justificación suficiente de cualquier empresa.

Pero no cabe duda de que cuando emprende esa exploración tan vasta del problema de los orígenes de la nacionalidad uruguaya, su modo de ver la dimensión problemática implícita en la existencia misma de esa nacionalidad ha sufrido un cambio quizá decisivo.

No comienza ahora a subrayar hasta qué punto el surgimiento de una nacionalidad separada en el territorio uruguayo fue un hecho contingente; su disidencia con la visión esencialista que domina en este aspecto a la historiografía nacional no es tampoco nueva. Pero, aunque contingente, el surgimiento de esa nacionalidad se le había aparecido siempre como intrínsecamente valioso; era una cosa sola con la definición de un peculiar estilo de convivencia en que se reflejaba la coincidencia en un implícito y original sistema de valores; su propia relación con éste, desde el comienzo ambigüa, había sido uno de los aspectos esenciales de su autodefinición. Ahora la vigencia de todo eso había caducado y ello le obligaba a redefinir su relación con una historia de la que se sabía criatura y parte, pero cuyo sentido era transformado por un desenlace que imponía a la nación una nueva figura. La desazón frente al descubrimiento de que en el estilo nacional de los uruguayos había aún más elementos contingentes de lo que había adivinado, contribuye quizá a agregar acritud a su discusión de una historiografía que sigue imperturbablemente practicando sus ritos celebratorios en medio de las ruinas.

Si en historia o en ciencia política estos escritos de su última etapa reflejan un esfuerzo disciplinado de adaptación a un estilo intelectual que no le es todavía propio, ese esfuerzo es desde luego innecesario en los de tema literario-cultural. Aquí el desvanecerse del núcleo obsesivo que había subtendido su obra previa, o bien no se refleja en escritos que continúan en la línea de otros muchos más tempranos y ya excepcionalmente libres de su imperio (como el ya mencionado *El modernismo y las ideologías*), o bien se traduce

en la conquista de una serenidad opuesta al paso nervioso tan característico de aquéllos.

Es ésta la que confiere al prólogo de *Ariel* en su edición de Rodó para la "Biblioteca Ayacucho" su inmediata justeza de tono, y una suerte de ingrávida armonía a la que sólo se había acercado en *El patriciado uruguayo*, sin alcanzarla ni aún allí plenamente. Ese breve escrito ubica para nosotros a *Ariel* en el contexto justo de un género hoy olvidado, vuelve a explorar las deudas y la originalidad de Rodó, examina lo que en él hay de derivativo y nuevo en el marco de una imagen global de su personalidad, y hace todo eso con sabia economía de recursos y una constante, infaliblemente feliz seguridad de toque.

Esa serenidad, nacida de un temple de alma en que la melancolía se parece a una sombra de la felicidad, corresponde muy bien a una etapa final signada por el disiparse de las esperanzas que, en cuanto a sí mismo, y en cuanto al mundo, habían agregado tensión a su vida; podía por fin aceptarse y también aceptar su condición de sobreviviente de un mundo que sólo ahora advertía hasta qué punto había sido el suyo.

Esto es sin duda verdad, pero es sólo parte de la verdad: basta recordar al Carlos Real de Azúa de esa última etapa, tan inagotablemente curioso de realidades como siempre, tan chispeantemente malicioso como siempre, para advertir hasta qué punto este rastreo de una trayectoria vital e intelectual, desde la radical insatisfacción consigo mismo y el mundo hasta la crepuscular serenidad de la aceptación de ambos no agota el sentido de su vida y su obra. Al principio como al final, la obra llena de la alegría de la exploración sugiere algo que el conocimiento personal confirmaba: que esa vida que avanza monótonamente en angosto teatro y tras de cuya rutinaria monotonía se adivinan devastadoras tormentas interiores, no estuvo sin embargo colocada bajo el signo de la infelicidad. Junto con los desgarradores dilemas del intelectual que vive con despiadada intensidad sus dramas y a la vez los de su siglo, reconocemos aquí una capacidad para construirse una vida en medio de la tormenta primero interior y luego externa, que era ya quizás el secreto último de un cierto estilo patricio y criollo del ochocientos, el secreto que Hudson exploró en *La Tierra Purpúrea*: como en esos héroes de una historia de sangre que paradójicamente

tolera los tonos del idilio, en Carlos Real de Azúa un desamparado candor se combinaba con una minuciosa sabiduría, una invencible fragilidad con una negativa tan discreta como obstinada a dejarse destruir por ella, para hacer posible ese milagro de energía indomable y sonriente que le permitió, al borde mismo de la muerte, conservar intacta la ávida curiosidad por un mundo que había sido hasta el fin tan duro con él.

Estas páginas forman parte del prólogo a la publicación "Escritos" de Carlos Real de Azúa, Selección y prólogo de Tulio Halperin Donghi, Arca, Montevideo, 1987, que acaba de aparecer estando en prensa el presente volumen.

LA ALEGRIA DE SER INTELIGENTE

Mercedes Ramírez

Me acerco al recuerdo de Carlitos de puntillas, con mucho respeto, con mucho cariño. No intento evocar al pensador, al crítico, al investigador que fue Carlos Real de Azúa. Quienes fueron sus pares en las disciplinas culturales a las que Carlos dedicó su pasión y su talento claro, ya han establecido la significación que tiene su obra en la historia de la cultura uruguaya e iberoamericana.

Pertenezco al grupo de personas a quienes Real de Azúa mostró su perfil más accesible: el perfil de Carlitos el bienhumorado, el ingenioso, l'enfant terrible, el distraído demoledor de vulgaridades, el del aire burlón pero cariñoso, aristocrático pero cálido.

Este grupo de personas del que formo parte estuvo integrado por sus discípulos de literatura del IAVA y de Estética en el IPA; sus colegas de ambos institutos y, supongo, por todas las personas que ocuparon un lugar muy fronterizo y episódico en su vida.

Para muchos de nosotros, sin embargo, fue posible adivinar en él una forma muy radical de la angustia, un sentido muy esencial de la soledad. La sospecha o premonición de ese hombre estrictamente severo se confirmó cuando vimos a Carlitos muerto, en su dormitorio penumbroso, el perfil aquilino alumbrado por un cirio solo.

Alguien habrá reconocido a ese Carlos Real de Azúa esencial que la muerte revelaba. Al resto nos fue dado disfrutar del compañero chispeante que armó para todos nosotros un personaje lleno de gracia y desplantes, mediante el cual le fue cómodo moverse, ir y venir sin ser molestado en su pudoroso señorío interior.

Recuerdo a Carlitos como compañero de tribunales de Literatura. Era un colega harto arbitrario, harto movedizo, harto huidizo. Cada mañana desaparecía por dos o tres horas. Siempre sospeché que se largaba hasta la playa, desde donde volvía aduciendo quehaceres confusos e impostergables.

Examinar Literatura o lo que fuera, era para él un convencionalismo y estaba dispuesto a desbaratarlo por todos sus flancos. Así, por ejemplo, un día en que tomábamos examen de un grupo suyo, proponía las preguntas e inmediatamente las contestaba, explicitando las respuestas con sutileza, vinculándolas con otros pasajes del texto literario, iluminándolas con citas y enriqueciéndolas de tal manera que terminaba por configurar una disertación ejemplar sobre toda la bolilla que suscitara la interrogación ordinaria. "¡Muy bien! ¡Tres sobresalientes! ¡Pase el que sigue!" Carlitos podía enlentecer un examen indefinidamente cuando emprendía rastreos genealógicos a partir de los apellidos del examinando. Y jamás dejaba de analizar previamente las performances del reo, anotadas en el carné de estudiante. Así en una ocasión descubrió que íbamos a examinar a un alumno japonés que había perdido todos sus exámenes anteriores. Real de Azúa y yo hicimos las preguntas más simples y claras en el tono más claro y más simple. Fue inútil: el japonés nos miró sonriendo en silencio todo el tiempo. "¡Aprobado!", dijo Carlitos, y dándonos una explicación como compañeros de tribunal, aclaró: "Yo no voy a llevar sobre mi conciencia el peso de haber bochado a un japonés que ya perdió seis exámenes".

Quise recordar a Carlitos en estas anécdotas muy menores de las que fui testigo, porque en cada una de ellas, más allá del profesor que pudiera parecer caprichoso o frívolo, había un maestro de maestros que estaba enseñándome a mí que no había por qué tomar enfáticamente una tarea que, como la de examinar, además de perniciosa es inútil.

Carlitos impartió esas lecciones, que no olvidé nunca, con displicencia lúdica, sin temor al veredicto de la moralina pedagógica, pero, por supuesto, sabiendo que la fuerza de su personalidad, la solidez de sus conocimientos, hacían de él la excepción de la regla de objetividad y justicia a que están sometidos el común de los profesores.

Disfrutó siempre de los sobreentendidos, los implícitos, las salidas desconcertantes y de todo aquello que padecía una leve distorsión o excepcionalidad. Unica fue esa manera de estar apenas llegando y ya yéndose que tuvieron todas sus presencias. Y único ese tartamudeo administrado con que precedía sus impeca-

bles definiciones o las graciosas y nunca crueles sentencias con que sepultó el engolamiento y la tontería de muchos coetáneos.

Parecía estar siempre divertido con el espectáculo del acontecer humano. Fue un hombre alegre y así quiero recordarlo. La suya era una alegría valiente: una alegría de la inteligencia.

Su obra de pensador y ensayista es tan original que no pudo generar una escuela. Y tampoco ha tenido ni tendrá igual su modo dispendioso y certero de repartir la sal del talento y el coraje de la alegría.

UNA SEMBLANZA

Carlos Martínez Moreno

Conocí a Carlos Real de Azúa en 1936. Y recuerdo el tema de la primera conversación importante que mantuve con él, en uno de los pasillos de la Facultad de Derecho: la guerra de España. Yo era un devoto de la causa de la República; él, con no menos fervor, sostenía la de los rebeldes. Me interpeló, casi sin conocerme, para referirse a un artículo mío, aparecido como colaboración en *El Día*, diario en el cual yo no trabajaba. El título de ese artículo era el de "La contradicción de don M. de Unamuno". "Muy bien" —me dijo Real de Azúa, como un extracto de su juicio—. "Muy bien, es decir muy mal". Y me detalló la paradoja: la contradicción de Unamuno, a tenor de sus recientes declaraciones y con respecto a viejas opiniones suyas de los tiempos de Primo de Rivera, era evidente. Pero, desde su punto de vista, era bienvenida. Discutimos un buen rato y de ese modo hicimos nuestra amistad.

En 1942 ingresamos ambos a *Marcha*. Carlos Quijano —muerto en estos mismos días en que escribo— nos reclutó del aula de Economía Política, por aquellos días a su cargo. Allí yo comencé a escribir mi crónica de teatros y Real de Azúa los ensayos que, en el tránsito hacia su madurez (más allá de la época española) harían de él a uno de los creadores críticos (Angel Rama habla, en término feliz, de su "imaginación sociológica") más importantes del Uruguay, sin amonestación de tiempo o delimitación generacional. Decir que fue el ensayista más eminente de la Generación del 45 es decir muy poco, puesto que fue casi el único en un proceso que —otros lo han anotado antes— derivó desde una inicial preferencia por el fenómeno literario a una central y definitiva pasión por las ideas sociales y políticas.

Los años de *Marcha* se cierran, tanto para mí como para él, cuando el semanario es clausurado por el régimen militar, en noviembre de 1974. Real de Azúa morirá tres años y meses más tarde, en plena madurez y asendereada posesión de su pensamiento crítico, rico y barroco como ninguno.

Sobre esos más de treinta años en que la escritura de Real de Azúa alienta en *Marcha* y la prestigia, hay toda una leyenda. Angel Rama escribe: "Un ejemplo paradigmático de su forma arborescente de trabajar, que hizo el padecimiento de linotipistas y correctores del semanario *Marcha* durante años (hasta el punto de hacerle una huelga a sus colaboraciones) pues las pruebas eran objeto de incesante reescritura y ampliación, lo que obligaba a rehacerlas íntegras a partir de un manuscrito escrito hasta los bordes y lleno de tachaduras y enmiendas..." No podría asegurar que la huelga referida haya pasado nunca de su anuncio o amenaza, pues Real de Azúa disfrutaba de cabal simpatía entre la gente de Talleres Gráficos 33 y sobornaba esa amistad con las comuniones compartidas, tales como las que se oficiaban en los altares de Peñarol. Pero me acuerdo muy bien de que Real de Azúa se quejaba por el hecho de que se le entregaran siempre sus galeras para la corrección de pruebas en bandas de papel más angostas que aquéllas que se usaban de sólito y nos llegaban a nosotros, a fin de evitar —en su caso— que escribiera a orillas del primero otro texto tan caudaloso como el inicial o más henchido todavía. Era una consecuencia de su forma arborescente de trabajar, como dice Angel Rama. La cual era a su vez —y él no lo dice— resultado del modo inacabable en que mentalmente ejercitaba y acataba en sí mismo el auge de los procesos asociativos. El Real de Azúa errabundo, espasmódicamente tartamudo y a veces inesperado en los fulgurantes trances de la creación de una frase verbal, que hacía a un tiempo las delicias, los sortilegios y las fatigas de su conversación, era el campeón imbatible de la asociación de ideas, una asociación de ideas incoercible, ocasionalmente brillante y a menudo laberíntica, tan legítima en los arbitrios de su estructura discursiva (si es que la había) como en otros podría ser el rigor austero de la concreción, pero innegablemente más iridiscente, enriquecedora y amena.

Angel Rama afirma, y es cierto, que la desembocadura de esa forma arborescente de trabajar y en buenas cuentas de pensar se dio, en los últimos ensayos de Real de Azúa, y en la praxis de su elocución, por el expediente de que proliferaran sus notas al pie, las cuales acababan por pergeñar un segundo ensayo, al margen y en addenda del ensayo inicial, complejizando y diversificando a la vez las estructuras del texto y las posibilidades y los alicientes

de sucesivas lecturas. Era además, en el generoso fluir del derrame de sus motivaciones, la forma acaso subconscientemente elegida por Real de Azúa para transgredir los mandatos de extensión máxima impartidos por los editores. Tengo muy presente, al respecto, la profusión excesiva, la largueza en páginas junto a la espesura de contenidos de su excelente ensayo para *Uruguay hoy*, de Siglo XXI Argentina, violando los límites preestablecidos por la cordura del compaginador Orfila Raynal y distorsionando, de algún modo, la armonía interna del volumen como un todo, en su composición a varias voces y en el equilibrio de su armazón plural.

En su condición de militante político, Real de Azúa frecuentó muchas tiendas y, en definitiva, no perduró en ninguna de ellas. Fue integrante y animador de *Nuevas bases*, un grupo de examen y crítica de la realidad sociopolítica del país, que acabó por empujar a gente valiosa a disímiles vertederos a izquierda y derecha, hacia el nacionalismo y hacia el socialismo, y terminó por desintegrarse sin dejar rastro, hasta el punto de que gente bien informada suele ignorar hoy su existencia y trayectoria. Figuró después, por un período, en las filas del *Ruralismo*, creyendo que fuese posible extraer una experiencia de acción fecunda y novedosa de las inspiraciones de Benito Nardone. Y asimismo prestó su adhesión a tentativas de izquierda como la de la *Unión Popular* entre Erro y los socialistas, cristalizada en la lista 4190 y en el chasco de su final destino de tan desparejas adjudicaciones electorales. Por último, en octubre de 1970, firmó con otras varias personas (entre quienes yo mismo) la convocatoria a un estilo distinto de coalición de fuerzas, la cual se encauzó en 1971 en el *Frente Amplio*. La fluencia torrentosa del pensamiento político de Real de Azúa y el versátil pero, más allá de las apariencias en contrario, coherente proceso de la inserción de su conducta en la invariable lealtad a ciertos fines, alientan —con cierta engañosa visualización proteiforme y camaleónica— en tales transformaciones, virajes y cambios. Criatura de filiación espiritualista y católica, en el bagaje de la cultura de las clases altas —así como otros hemos podido creer que representábamos el de las clases medias— y con una particular aleación de elementos de nacionalismo y progresismo en una *weltanschaaung* muy propia, compuesta e independiente, Real de Azúa debió ser cabalmente el fundador, por ser el más sabio y el mejor dotado de los posibles candidatos, de la cátedra de Política que se creó hace

algunos años en nuestra Facultad de Derecho. Y por razones accidentales, aleatorias y poco creíbles no lo fue, en uno de los varios azares de frustración de los que estuvo sembrada su existencia, por otros conceptos tan bizarra, estudiosa y plena.

La probidad escrupulosa, incomplaciente y severa fue uno de los mejores rasgos del espíritu creador y del intelecto de Real de Azúa. Parece oportuno que él cierre aquí una afectuosa evocación de su figura.

México D.F., junio de 1984

Bibliografía

El Centro de Documentación y Biblioteca del CIESU (Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay) se abocó desde la incorporación de la biblioteca personal de Carlos Real de Azúa a la recopilación de la obra del prestigioso académico.

Con el fin de elaborar una bibliografía exhaustiva y analítica la encargada del servicio, Bibga. Martha Sabelli de Louzao y el Bibgo. Ricardo Rodríguez Pereyra reunieron y confrontaron las obras monográficas, ensayos, antologías y artículos de publicaciones periódicas de nuestro país y Latinoamérica, donde se registrara a lo largo de tres décadas su fecunda labor intelectual.

Los autores brindan hoy un adelanto de dicha investigación, de próxima publicación, donde se estudiará, a través de una revisión de sus escritos, la evolución bibliográfica de Real de Azúa, en el amplio campo temático que abarcó la teoría y crítica literaria y diferentes aspectos de las ciencias sociales. En procura de llegar a los documentos originales, se recurrió al Archivo personal de Real de Azúa y se consultaron los catálogos y materiales de distintas bibliotecas. Los autores agradecen a quienes demostraron interés por la realización del presente trabajo, en especial a la Sección de Investigadores de la Biblioteca Nacional.

La descripción bibliográfica se realiza según normas ISBD y para la organización de la bibliografía se siguen las pautas utilizadas por el propio autor. Dentro de las áreas temáticas, las citas se ordenan cronológicamente, con el fin de facilitar el estudio evolutivo de la obra.

LIBROS, FASCICULOS Y FOLLETOS

Literatura y crítica

1. Conocimiento y goce. Montevideo, 196? - 85h.,/apéndices a determinar/. Inédito.

Literatura y cultura iberoamericana

2. José Vasconcelos: la revolución y sus bemoles. Universidad de la República. Facultad de Humanidades y Ciencias. Departamento de Literatura Hispanoamericana, 1966. 49p. Véase además item 80.

3. La "cuestión nacional" y la afirmación nacionalista en los textos escolares. México: Fundación Friedrich Ebert/UNAM, 1972. Ponencia.

4. Historia visible e historia esotérica: personajes y claves del debate latinoamericano. Montevideo; ARCA/CALICANTO, 1975 - 173 p.

Literatura y Cultura Uruguaya

5. Prólogo p. VII-CLIII. En: Motivos de Proteo/José Enrique Rodó. Montevideo. Ministerio de Instrucción Pública, 1953 -v. 1- (Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, 21).

6. Un siglo y medio de cultura uruguaya. Montevideo, Universidad de la República, 1958 - 50 p.- (Cursos internacionales de Verano de la Universidad de la República, 3).

7. Problemas de la cultura uruguaya. -p ?- En: Uruguay, sociedad, cultura. Montevideo, Centro de Estudiantes de Derecho, 1960.

8. Abadie-Santos, bibliógrafo p. 104-109. En: Anibal R. Abadie Santos: jurisconsulto y humanista (1893-1960): documentos escritos. Montevideo, s.n., 1961.

9. Antología del ensayo uruguayo contemporáneo. Montevideo. Universidad de la República. Departamento de Publicaciones, 1964. 2v.

10. Breve storia della letteratura p. 211-256. En Uruguay. Milano: SIPEC, 1964. (Collana Nazioni, 5).

11. Prólogo p. VII-CVI. En: El Mirador de Próspero/José Enrique Rodó. Montevideo. Ministerio de Instrucción Pública, 1965. (Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, 79).

12. El problema de la valoración de Rodó. p. 71-80. En: Rodó/por Roberto Ibáñez.../et al. Montevideo. MARCHA, 1967. (Cuadernos de MARCHA; 1).

13. Prólogo p. VII-XXIX. En: Crítica y arte: tierra española: visiones de Italia/ Gustavo Gallinal. Montevideo: Ministerio de Cultura, 1967. (Biblioteca Artigas; Colección de Clásicos Uruguayos; 124).

14. Prólogo P. VII-XXIII. En: Letras uruguayas/Gustavo Gallinal. Montevideo. Ministerio de Cultura, 1967. (Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos; 125).

15. De los orígenes al Novecientos. Montevideo. Centro Editor de América Latina, 1968. 11,/5/ p. (Capítulo Oriental;1).

16. Los clasicistas y los románticos. Montevideo: Centro Editor de América Latina, 1968. p. 65-80.

17. Pensamiento y literatura en el siglo XIX; las ideas y los debates. Montevideo: Centro Editor de América Latina, 1968. p. 113-128 - (Capítulo Oriental; 8).

18. Prosa de mirar y del vivir. Montevideo: Centro Editor de América Latina, 1968. p. 129-144 - (Capítulo Oriental, 9).

19. Prólogo p. 7-10.-En: Análisis de un lenguaje en crisis/Lisa Block de Behar. Montevideo: Nuestra Tierra, 1969.

20. El Uruguay como reflexión I. Montevideo: Centro Editor de América Latina, 1968. p. 561-576. (Capítulo Oriental, 36).

21. —— II. — Montevideo: Centro Editor de América Latina, 1969. -p. 577-592 - (Capítulo Oriental, 37).

22. Las biografías. Montevideo: Centro Editor de América Latina, 1969. p. 625-640. (Capítulo Oriental, 40).

23. Ambiente espiritual del novecientos. En: Novecientos y el modernismo /Real de Azúa, Rodríguez Monegal, Medina Vidal. Montevideo: FCU, 1973. Véase además items 25, 96, 97.

24. /Prólogos/ En: Ariel, Motivos de Proteo/José Enrique Rodó. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1976. (Biblioteca Ayacucho, 3).

25. Ambiente espiritual del Novecientos y Carlos Roxlo: un nacionalismo popular. Montevideo: Arca, 1984. 60 p. (Biblioteca del Autor Nacional; 2) Véase además items 23, 96,97.

26. /Universidad en el Uruguay/ Montevideo, s.f. -149h. Inédito.

Historia Política y Sociedad Uruguaya

27. Introducción p. 17-43. En: Problemas de la juventud uruguaya. Montevideo: MARCHA, 1954.

28. Reflexiones sobre el problema del azúcar. Observer. Montevideo, s.n., 1954. 36p.

29. El patriciado uruguayo. Montevideo: ASIR, 1961.

30. —— Montevideo: Banda Oriental, 1981. 132p. Véase además item 122.

31. El impulso y su freno: tres décadas de Batllismo y las raíces de la crisis uruguaya. Montevideo: Banda Oriental, 1964. 107p.

32. Bernardo Berro, el puritano en la tormenta. p. 3-24. En: Guerra y revolución en la Cuenca del Plata. Montevideo: MARCHA, 1967. (Cuadernos de MARCHA 5).

33. La historia política: las ideas y las fuerzas. Montevideo: ARCA, 1967. p. III-XVIII - (Enciclopedia Uruguaya; I).

34. Ejército y Política en el Uruguay. p. 5-29. En El Militarismo. Montevideo: MARCHA, 1969. (Cuadernos de MARCHA, 23).

35. La clase dirigente. Montevideo: Nuestra Tierra, 1969. 60p. (Nuestra Tierra; 34).

36. —— Montevideo: Instituto de Economía, 1969.

37. Herrera: el nacionalismo agrario. Montevideo: ARCA, 1969. p. 183-198. (Enciclopedia Uruguaya; 50).

38. Herrera: el colegiado en el Uruguay. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1972. p. 29-56. (Historia de América en el siglo XX;29).

Crítica historiográfica y social

39. Introducción, p. 5-16. En: Montevideo Antiguo: selección/Isidoro de María. Buenos Aires: EUDEBA, 1965.

Viajeros

40. Cómo nos vieron en setenta y cinco años (1889-1964). p. 26-31. En: Setenta y cinco años del Uruguay/Banco de Cobranzas. Montevideo, 1964. Véase además item 168.

41. Los recuerdos de "El Licenciado Peralta", p. 3-4. En: "Crónicas de un Montevideo Lejano: Domingo González "El Licenciado Peralta". Montevideo: MARCHA, 1968. (Cuadernos de MARCHA:2).

42. Viajeros observadores extranjeros del Uruguay: juicios e impresiones (1889-1964). Montevideo: Universidad de la República. Facultad de Humanidades y Ciencias, 1968.

Ciencias Políticas

43. España de cerca y de lejos. Montevideo: Ed. Ceibo, 1943. 329 p.

44. Tercera posición, nacionalismo revolucionario y Tercer Mundo. Montevideo, 1963. 430h. Inédito.

45. ¿Cúales son las causas de que los llamados partidos tradicionales reúnen un porcentaje tan aplastante del electorado? Montevideo: Instituto de Economía, 1967. Ponencia.

46. Legitimidad, apoyo y poder político: ensayo de tipología. Montevideo; FCU, 1969. 136p.

47. Elites y desarrollo en América Latina, p. 121-173. En: La sociología subdesarrollante/André Gunder Frank, Carlos Real de Azúa, Pablo González Casanova. Montevideo: Aportes, 1969. (Aportes;6-7).

48. El poder de la cúspide: elites, sectores dirigentes, clase dominante. Montevideo, 1970. 276h. Inéd.

49. Política, poder y partidos en el Uruguay de hoy, p. 145-321. En: Uruguay hoy. Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.

50. La política como acción: el sistema político:/Curso de Ciencia política. Montevideo. Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas y Administración, 1972. 2v.

51. Curso de política internacional. Montevideo. Ministerio de Relaciones Exteriores, Instituto "Artigas", 1973.

52. La teoría política latinoamericana: una actividad cuestionada. New York. Columbia University School of International Affairs, Institute of Latin American Studies, 1973. 42h. Ponencia.

53. Una sociedad amortiguadora. Montevideo, 1973. 97h. Inédito.

54. Los estilos de desarrollo y las pequeñas naciones. Santiago, Chile. CEPAL. División de Desarrollo Social, 1975. (DS/124. Borrador).

55. El clivaje mundial eurocentro-periferia (1500-1900) y las áreas exceptuadas (para una comparación con el caso latinoamericano). Montevideo. CIESU, 1976. 128p. (Cuadernos del CIESU, 9).

56. —— Montevideo. ACALI, 1983. 133p. (Economía y Sociedad. CIESU, 1).

57. Introducción. p. 7-2 4. En: Disyuntiva de la democracia cristiana/ Carlos Real de Azúa.../et al/ Montevideo. Ed. Sandino, s.f. 190p.

ARTICULOS DE PUBLICACIONES PERIODICAS Y SEPARATAS.

Literatura y Crítica

58. El "Kaputt" de Curzio Malaparte: un libro de la guerra. MARCHA 10(438). 14-15, 26 jul. 1948).

59. Biografía y crítica en las letras inglesas. MARCHA 10 (456): 14-15, 26 nov. 1948.

60. Eliot y sus "cuartetos". Tribuna Católica No. 3/77-80, 1949.

61. Un homenaje a Eliot. MARCHA 11 (473): 14-15, 8 abril 1949.

62. The school for scandal: ("La escuela del escándalo) Escritura No. 8: 136-137, dic. 1949.

63. Conversión, desilusión y dilema: en torno de la obra de Arthur Koestler. Entregas de la Licorne No. 1-2: 95-106, 1953.

64. Un profesor norteamericano: Morton Dauwer Zabel. MARCHA 15(688): 14-15, 18 set. 65. Drama y sátira de la iglesia. MARCHA 18 (829): 21-23 7 Set. 1956.

66. Drama y sátira de la iglesia de los curas a Peyrefitte. MARCHA 18 (830): 21-22, 14 set. 1956.

67. Drama y sátira de la iglesia: las llaves de Peyrefitte. MARCHA 18 (831): 23, 22set. 1956.

68. Problemas de la enseñanza literaria: la elección de autores. Anales del Instituto de Profesores "Artigas" No. 3: 33-55, 1958.

69. El entierro de los curas obreros: una experiencia concluída. MARCHA 21 (979), 24, 2 oct. 1959.

70. Los curas obreros: punto final. MARCHA 21 (984): 26, 6 nov. 1959.

Literatura y Cultura Iberoamericana

71. Sarmiento insepulto: Ezequiel Martínez Estrada: "Sarmiento". Escritura No. 1: 112-120, oct. 1947.

72. "Quevedo humanista" de Daniel Castellanos. Escritura No. 2: 94-96, nov. 1947.

73. La novela de José Lins Do Rego. MARCHA (545): 12, 23 set. 1950.

74. Crisis histórica y crisis literaria (Sábato y de Torres). El Bien Público, 10 oct. 1952. Suplemento p. 2.

75. El inventor del arielismo. MARCHA 14 (675): 14-15, 20 jun. 1953.

76. Una carrera literaria: Eduardo Mallea. Entregas de la Licorne, 5-6; 67-134, 1955.

77. La historia literaria de América como compromiso/sobre el índice de la ensayística de Zum Felde/ MARCHA 17 789): 20-22 nov. 1955.

78. Pasado inmediato/ sobre el libro Fin de Fiesta de Beatriz Guido/ MARCHA 20 (952): 23, 20 mar. 1959.

79. Memoria tardía de un gran americano: José Vasconcelos. MARCHA. 21 (975): 22-23, 4 set. 1959.

80. La revolución y sus bemoles: memoria de Vasconcelos MARCHA 21, 2a. sección (976): p. 8-10, 11 set. 1959. Véase además item 2.

81. El desarraigo rioplatense: Mafud y el martinezestradismo. MARCHA 21, 3a. sección (992): 1-6,31 dic. 1959.

82. Evasión y arraigo en Neruda y Borges (con Angel Rama, Emir Rodríguez Monegal) Revista Nacional 4 (202): 514-530, set.-dic. 1959.

83. Medio siglo de las letras mexicanas. El Debate p. 4, 16 set. 1960.

84. La novela hispanoamericana: un problema de caracterización. MARCHA 22(1041): 26, 27-31, 30 dic. 1960.

85. Un fundador: Manuel Galvez 1882-1962. MARCHA 2a. sección. 24 (1134): 26; 28, 23 nov. 1962.

86. En la muerte de Latcham. Marcha 26 (1241): 25, 29 en 1965.

87.—— Atenea 42 (408): 100-105, 1965.

88. —— En Ricardo A. Latchman 1903-1905. Montevideo: Ed. Revista Atenea, 1965. Separata.

89. Ciro Alegría (1909-1967) MARCHA (1342): 28, 24 feb. 1967.

90. El modernismo literario y las ideologías. Escritura (Venezuela) 2 (3): 41-75, en jun. 1967.

Literatura y Cultura Uruguaya

91. La "Biblioteca americana" y los autores uruguayos. Escritura No. 1: 120-121, oct. 1947.

92. Rodó en sus papeles: a propósito de la exposición. Escritura No. 3: 89-103, mar. 1948.

93. Cuatro libros sobre el este. Escritura 2(4): 82-85, 1948.

94. Mario Benedetti: Esta mañana. Escritura No. 8: 135-136, dic. 1949.

95. Rodó y Zorrilla de San Martín. Tribuna Católica No. 2: 15-21, 1950.

96. Ambiente espiritual del novecientos. Número No. 6,7,8 jun. 1950. Véase además items 23, 25.

97. —— Montevideo. Rosgal, 1950. 22p. Separata.

98. José Enrique Rodó. Almanaque del Banco de Seguros del Estado p. 61-67, 1952.

99. Rodó y su pensamiento. MARCHA 15(718): 13-15, 7 may. 1954.

100. Sobre Luis Alberto Menafra. MARCHA 16(755): 15, 11 mar. 1955.

101. Otro ismo autóctono. MARCHA 16(756):13, 18 mar. 1955.

102. Zorrilla no fue excluído. El País p. 5, 12 may. 1955.

103. Propaganda, nacionalidad y cultura: un planteo del consejero Zabala Muniz. MARCHA 16(760): 22-23, 22 abr. 1955.

104. Método y significado de una literatura hispanoamericana/ sobre el indice de la ensayística de Zum Felde/ MARCHA 17(787): 20-23, 28 oct. 1955.

105. La historia del ensayo: el juicio y el lenguaje: el último libro de Zum Felde. MARCHA 17(791): 20-22, 25 nov. 1955.

106. Julio Piquet, escritor. MARCHA 17(793): 22, 9 dic. 1955.

107. Crítica en quinta instancia. MARCHA 17(794): 22-23, 16 dic. 1955.

108. Los católicos y la cultura uruguaya. MARCHA 18(838): 20-21, 9 nov. 1956.

109. Uruguay: el ensayo y las ideas en 1957. Ficción (Buenos Aires) No. 5: 72-98, en feb. 1957.

110. ¿Adónde va la cultura uruguaya? MARCHA 19(885): 22-23, 25 oct. 1957.

111. —— El Comercio de Lima, 1957.

112. Partidos políticos y literatura en el Uruguay. Tribuna Universitaria. No. 5, 6:101-135, 7 nov. 1958.

113. Muerte de Raúl Montero Bustamante. MARCHA 20(925): 21-22, 22 ago. 1958.

114. Aleluyas de la Universidad Vieja. MARCHA 20(947): 22-23, 6 feb. 1959.

115. Los cien años de Carlos Roxlo. MARCHA 22(1051): 21-22, 24 mar. 1961.

116. Un bosquejo de nacionalismo: el centenario de Roxlo II. MARCHA 22 (1052): 2-3, 7 abr. 1961.

117. Bosquejo de un nacionalismo popular: centenario de Rodó (sic., léase Roxlo) III. MARCHA 22(1053): 22-23, 14 abr. 1961. Véase además item 25.

118. Horacio Arredondo. MARCHA 28(1347): 11, 7 abr. 1967.

119. Ariel, Libro argentino. La Nación. Suplemento literario (Buenos Aires) 18 jul. 1971.

120. —— 1-3, 25 jul. 1971.

Historia Política y Sociedad Uruguaya

121. Política internacional e ideologías en el Uruguay. MARCHA 21, 2a. Secc. (966): 7B14B, 3 jul. 1959.

122. El patriciado uruguayo. Tribuna Universitaria No. 10: 9-43, dic. 1960. Véase además items 29,30.

123. Plano electoral de Montevideo. MARCHA 24(1133): 40, 16 nov. 1962.

124. Vapuleada memoria del prócer nuestro: ante dos falsificaciones MARCHA 25(1209): 9, 12 jun. 1964.

125. Las dos dimensiones de la defensa de Paysandú. MARCHA 26, 2a. Sección (1238): 25-29, 31 dic. 1964.

126. El día de los cuchillos largos: el centenario de Berro y Flores. MARCHA 29(1392): 28-29, 23 feb. 1968.

127. Cuando los grandes abrían escuelas. MARCHA 30(1420): 29, 11 oct., 1968.

128. Ante la ley de elecciones universitarias: argumentos jurídicos y razones políticas. MARCHA 30(1425): 11, 15 nov. 1968.

129. El centenario inclemente. Herrera. MARCHA 35(1650): 13, 27 jul. 1973.

130. Maldoror Montevideo Lautréamont Ducasse. Maldoror: Revista de la ciudad de Montevideo No. 12:2-6, 1976.

Crítica historiográfica y social

131. La Rusia de Frugoni: "La esfinge roja" (Buenos Aires, 1948) Escritura 3(6): 113-119, 1949.

132. Segunda imagen de Monterroso, MARCHA 11(468): 14, 25 feb. 1949.

133. Los discursos del doctor Irureta Goyena. MARCHA 11(482): 14-15, 17 jun. 1949.

134. —— 11(483): 14, 24 Jun. 1949.

135. Política y cultura: Batlle y Ordóñez y el positivismo filosófico por Arturo Ardao. MARCHA 13(621): 14-15, 9 may. 1952.

136. "La civilización del Uruguay" por Horacio Arredondo. MARCHA 14(660)

15, 27 feb. 1953.

137. Sociología rural nacional. MARCHA 15(684): 14-15, 21 ag. 1953.

138. Una interpretación del país: blancos y colorados. MARCHA 15(703): 19-20, 1953.

139. —— 15(704): 8-9, 15 en. 1954.

140. —— Conclusión 15(705): 8-9; 12-22 en. 1954.

141. Letra y espíritu de la universidad/sobre Universidad oficial y universidad viva de Antonio M. Grompone/MARCHA 16(734): 14, 27 ag. 1954.

142. Ideales y realidades en la universidad. MARCHA 16(735): 14-15, 3 set. 1954.

143. Cultura, ciencia y humanidades en la Universidad. MARCHA 16(736): 14-15, 10 set. 1954.

144. La universidad y la reforma. MARCHA 16(737): 22-23, 17 set. 1954.

145. La sociología nacional: un tema verde: el "ensayo" de Carlos Rama. MARCHA 19(897): 20-23, 24 en. 1958.

146. Aclaración y descargo. MARCHA 19(899): 2223, 7 feb. 1958.

147. Fin de una polémica, MARCHA, 19(901): 22-23, 28 feb. 1958.

148. La crónica de Bonavita, o el colorcito del país. MARCHA 20(922): 22-23 1o. ag. 1958.

149. Tristezas de la Universidad Vieja: la significación de nuestro liberalismo; el libro de Oddone. MARCHA 20(948): 22-23 feb. 1959.

150. La rueda en el aire: liberalismo y principismo. MARCHA 20(949): 20; 22, 27 feb. 1959.

151. La Revista histórica de la Universidad. MARCHA 20(968): 21, 17 jul. 1959.

152. Artigas desde Cambridge. MARCHA 21 (1012): 22-23, 10 jun. 1960.

153. El batllismo, tema histórico. MARCHA 24(1125): 3-31, 20 set. 1962.

154. El revisionismo y sus enemigos. Nuevas Bases. No. 5 p. 4 ag. 1962.

155. El revisionismo histórico. Nuevas Bases, No. 6 p. 4 set. 1962.

156. El creador de su tiempo: Batlle y su época (I) MARCHA 24(1155): 30-31 10 may. 1963.

157. Las grietas en el muro: Batlle y su época (II). MARCHA 24(1156): 30-31, 17 may. 1963.

158. Anatomía del exclusivismo: Batlle y su época (III). MARCHA 24(1157): 28; 31, 24 mayo. 1963.

159. Pequeña historia mayor: el libro de Nahum y Barrán. MARCHA 25(1200): 30-31, 10 abr. 1964.

160. Nueva dimensión historiográfica. MARCHA 30(1441): 29, 21 mar. 1969.

161. Denuncia y esperanza: la peor crisis por Mario Dupont Aguiar. El Oriental 2(79): p. 14, 19 mar. 1971.

162. Evocaciones históricas: Mascimín y su destierro/Máximo Santos/ Ahora 1(162): p. 4 mar. 1972.

Viajeros

163. Dos visiones extranjeras del Uruguay. MARCHA 14 (640): 20-21, 26 set. 1952.

164. El último de los viajeros ingleses. MARCHA 17 (809): 20-23, 20 abr. 1956.

165. Sobre Hinchliff, el valor de los viajeros ingleses. MARCHA 17 (811): 20-23, 4 may. 1956.

166. Los lúcidos británicos: Parish y Mackinnon. MARCHA 20 (919): 22-23, 11 jun. 1958.

267. Un testigo inglés de la Cisplatina: L. Boutcher Halloran. Revista Histórica, 2a. época 33 (97-99): 54-208, 1962.

168. Como nos vieron en setenta y cinco años (1889-1964).—Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias. Instituto de Historia, 1965. Separata. Véase además item 40.

Ciencias Políticas

169. Las ideas políticas en América. Escritura No.2: 85-94, nov. 1947.

170. La revolución cubana y la iglesia. MARCHA 11 (1019): 12-13, 29 jul. 1960.

171. Rémora, culpa, conjura, condición: los males de América y su causa. MARCHA (1211): 16-17; 19-31, 26 jun. 1964.

172. Los dos ejes del plan reformista: neo-caudillaje y planificación. Epoca, 8 nov. 1964.

173. Varias hipótesis sobre el peonaje. Epoca, 10 set. 1965.

174. Uno o varios electorados. Epoca 29 dic., 1966.

175. Universidad: dos compañeros de ruta. MARCHA 26 (1253): 20, 7 may. 1965

176. Los tenedores de la riqueza son la amenaza del país. Ahora 1 (150): 2, 14 mar.1972.

177. Una actividad cuestionada: la teoría política latinoamericana. Víspera 8 (34): 9-18, 1974 Véase además item 52.

178. Filosofía de la historia e imperialismo. Latino América Anuario. 9: 191-210, 1976.

179. —— Separata — México: Centro de Estudios Latinoamericanos, 1976.

180. Las pequeñas naciones y el estilo de desarrollo "Constrictivo". Revista de la Cepal No.4: 153-173, segundo sem. 1977.

M.S.de L. R.R.P.

INDICE

Presentación 7
Introducción /Carlos H. Filgueira 9

TEXTOS DE CARLOS REAL DE AZUA 15

Las pequeñas naciones y el estilo de desarrollo "constrictivo" 17
Conocimiento y goce 47

Algunas páginas de Historia / Selec. B. Paris y J. Oddone 55
Penumbra y epílogo del patriciado 56
La significación independentista del Federalismo de Artigas 58
La historia política. Las ideas y las fuerzas 60

Real de Azúa y las Ciencias Sociales /Selec. H. Filgueira y J. Rial 62
Uruguay ¿una sociedad amortiguadora? 63

TEXTOS SOBRE CARLOS REAL DE AZUA 69

Carlos Real de Azúa /Lisa Block de Behar 71
Imagen estereoscópica de Carlitos Real /Emir Rodríguez Monegal 77
Notas sobre Real de Azúa y la ciencia política en el Uruguay /César Aguiar 88
De gigantes y de pigmeos /Mariano Arana 97
La ávida curiosidad por el mundo /Tulio Halperin Donghi 100
La alegría de ser inteligente /Mercedes Ramírez 114
Una semblanza /Carlos Martínez Moreno 117

Bibliografía
Martha Sabelli de Louzao y Ricardo Rodríguez Pereyra 121

Se terminó de imprimir
en PRISMA Ltda. Gaboto 1582, Montevideo
en el mes de octubre de 1987
Edición hecha al amparo del
art. 79 de la ley 13.349
(Comisión del Papel) D.L. 230.053